R- 427249

DNU
10220

445942
cb. 1608697

JOAQUÍN BELDA

LA COQUITO

NOVELA

(CUARTA EDICIÓN)

BIBLIOTEÇA HISPANIA
CID, 4.—MADRID

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Imprenta de V. Rico.—Paseo del Prado, 30.—MADRID

Hay en Madrid un barrio, centro y emporio de lo castizo, cuyas calles, si no las más tortuosas y típicas del viejo Madrid, son, sin disputa, las de más bullanga y holgorio. La calle del Duque de Alba le sirve de antesala, y lo limitan por uno y otro lado la de Embajadores —solar de Vicente Pastor y asiento de la Fábrica de Tabacos—y la del Mesón de Paredes, con sus veintiséis tupis, que son otros tantos altarillos de Baco. La Ronda de Valencia sírvele de contera, y en el cuadrilátero que acabamos de señalar, te juro, lector, que hay espacio sobrado para la inspiración de los poetas populares, y sitio para que los dolores y las alegrías del pueblo tengan su escenario y su público.

Por las calles de este barrio paseaban antaño D. Ramón de la Cruz y el ilustre Mesonero, y pasean hoy, y se soplan un quince con seltz en alguna de sus tascas, poetas y prosistas como López Silva, Pedro de Répide, Casero, Diego San José y Fernando Mora. Ellos os han dicho, en verso y prosa, cómo es la vida

de estas gentes del pueblo que vinieron al mundo para trabajar y tener hijos; sobre todo, para esto último. No hay punto en el planeta habitado por seres humanos donde se vean tantas criaturas como se ven aquí, jugando en medio del arroyo, en invierno de tres de la tarde en adelante, y en verano hasta muy cerca de la media noche.

Y fíjate, lector, en el nombre de algunas de sus calles: Encomienda, Dos Hermanas—¿quiénes eran estas dos hermanas, y qué hacían?—Abades—¡qué cerca de estos abades estaban las dos hermanas!—, Oso, Tribulete y Cabestreros. ¿Los que van con los cabestros?

A esta calle hay que dedicarle mayor atención que a sus compañeras del barrio. Un hombre de indudable talento alzó en ella un teatro y lo bautizó con el nombre de Salón Nuevo: tenía razón; acabado de hacer, no cabe duda que era nuevo; pero en la época a que nos-otros nos referimos, el local, como esas personas que envejecen en plena juventud, era ya una ruina con puntas y ribetes de cuadra. Se le seguía llamando Salón Nuevo, como se les sigue llamando a los diputados y senadores los padres de la patria: por cachondeo.

El vestíbulo era una pieza con el techo de madera y con las paredes rezumando humedad y cochambre; a un lado de él había un a modo de cajón grande, que era el retrete, en el cual había que entrar con zancos y con un pañuelo

atado a las narices. Al otro extremo del vestíbulo habia una rifa de botellas de licor a cinquito la papeleta; mientras el público esperaba el comienzo de las secciones, le atronaban el oído con grandes voces:

—¡Ocho me quedan!

—¡Siete me quedan, y se sortea!

—¡A cinco, a cinco el número!

—¡Gran botella de anís Gran Duque!

Cuando daban la entrada, la gente del paraíso, que ocupaba, apretujándose, los peldaños de una escalera desvencijada, para pescar mejor sitio, emprendía una verdadera lucha, como podría hacerlo una jauría hambrienta a la que enseñasen un trozo de carne fresca, en medio de la cual alguno caía al suelo y sufria los pisotones de los demás. Se oía una blasfemia espantosa y la gente de abajo se echaba a reir.

La sala era una especie de pasillo alargado, en cuyas paredes había pintados unos frescos más o menos alusivos; las tablas del piso, al andar sobre ellas, parecía que iban a hundirse bajo los pies del espectador, y para pasar por entre dos filas de butacas, había que reducir considerablemente el volumen de la persona, no faltando espectadores que, para evitar tamaña molestia, hiciesen el arribo a sus localidades respectivas dando saltos por encima de las filas de butacas, con lo cual la sala, a la entrada del público, tomaba un aspecto por de-

más extraño y pintoresco. En las butacas había mugre de cuatro generaciones, y los palcos eran cajoncitos con dos sillas, en donde el espectador no podía rascarse la cabeza porque hubiera tropezado con la mano en el techo.

En general, el teatro tenía un aspecto sórdido que apabullaba al que por primera vez entraba en él, y aparte de ello, tenía ese carácter de cosa provisional y de corta vida que ostentan las tiendas de campaña y los barracones de las ferias.

Bueno; pues aquel tinglado, cuya característica en materia de olores era el picante y grato olor a cuadra que se notaba en todo él, se llenaba de gente todas las noches hasta el techo, especialmente en la sección de las once. No sería por lo céntrico del local, pues distaba de la Puerta del Sol más de dos kilómetros, y tampoco debido a la baratura de los precios, ya que la sección costaba más cara que en cualquier teatro del centro.

El milagro, pues milagro era lograr que el público diera dinero por entrar en local tan inmundo, lo realizaba, con el solo prestigio de su cuerpo y de su cara de niño, *La Coquito*, la célebre e inconmensurable *Coquito*, reina de la rumba y emperatriz del cuplé.

Lector, ¿conoces a *La Coquito?* No digas que no, porque te pones en ridículo; ¿quién no la ha visto alguna vez bailar esa danza infernal que ella creó, y que llaman la rumba,

debiendo llamarla el motor eléctrico de la lujuria? ¿Quién no ha notado que se le caía la baba, al verla desnuda, y sacando por la parte alta de una miniatura de camisa los dos pichoncillos blancos con que se crían los hijos, mientras cantaba con picardia inimitable aquello de:

«... a aquél que me dé dinero
mis coquitos venderé.»?

¿Quién no ha soñado alguna vez con ella? ¿Quién por ella no se ha hecho alguna vez una ilusión engañosa, como todas las ilusiones?

Adela Portales, alias *La Coquito*, la muchacha de quien se contaban más cosas, como aquella historia de las rifas en la Habana, a duro la papeleta, repartiendo sus gracias entre los espectadores según la suerte los favorecía cada noche; la que había aplastado colchones y deshecho camas en compañía de casi todos los príncipes extranjeros que vinieron a ciertas bodas reales; la chica buena, muy buena en el fondo, que no se habia enamorado nunca, ni siquiera de uno de esos chulillos que son el único amor verdad de casi todas las cortesanas; la individua que no sabía lo que era amor y que podía recitar de memoria todas las porquerías de que son capaces los hombres, cuando se les eleva el imperativo categórico del vicio; la socia que no se habia acostado nunca, ¡nunca!—lo afirmaba la madre con calor—con

un individuo, si no era por dinero, o por cosa que lo valiese; la sujeta que se había prestado al capricho un poco raro de cierto periodista famosísimo, que se había empeñado en amar a la muy diabólica en pleno depósito de cadáveres, y se salió con la suya entre tres fiambres que dormían el último sueño en las cámaras frigoríficas del local; la pobre niña, que, después de hecho lo que antecede, rompió a llorar como un mamonzuelo, aterrorizada ante la idea de la muerte, y diciendo: «¡yo quiero ser buena! ¡yo quiero ser buena!», como si no lo fuese a su manera... Esa es *La Coquito;* y perdona, lector, que para presentártela nos hayamos puesto un poco oratorios; es que hablando de ciertas cosas, ¡caray!, descarrila uno en seguida.

Pues *La Coquito* ahora, después de tres viajes a América y seis o siete por toda España, se había hecho empresaria en Madrid y había tomado el barracón de la calle de Cabestreros, con un finísimo instinto que la acreditaba de psicóloga de las muchedumbres. ¿Que por qué decimos esto? Pues muy sencillo: la mayor parte de los hombres, en cuestiones de amor, son francamente anormales y no sienten el placer si no va acompañado del sufrimiento propio—masoquistas—o ajeno—sádicos.

Los masoquistas que hay en la capital de España, que, ¡vamos!, son legión, y si no que lo digan las pupilas de los falansterios de Meso-

nero Romanos y Jacometrezo, encontraban mayor placer en ver a *La Coquito* en un sitio inmundo, con olor a boñiga, que en verla en un local limpio, donde sólo el entrar fuera ya un deleite. ¿Que al entrar en el Salón Nuevo había que taparse las narices? Mejor. ¿Que en las butacas se estaba incómodo? Miel sobre hojuelas; los sacrificios llevados a cabo por contemplar a la mujer amada son siempre sabrosos; dígalo si no el novio que, por charlar un rato con la novia, pasa horas enteras al sol y a la lluvia de la calle.

Y *La Coquito* era amada, mejor dicho, deseada por muchisima gente; si en un momento dado hubieran caído sobre ella los muchos que la deseaban con deseo hambriento, la toma de Lieja por el ejército de Von Kluck sería un almuerzo en la Bombilla, comparado con lo que el cuerpo de la pobre chica tendría que aguantar.

Ella, con su público especial, como los grandes tenores y las grandes trágicas, reinaba en su teatro con soberanía indiscutible.

El año que *La Coquito* dejase de trabajar en Madrid, a la Corte de las Españas le faltaría algo; sería como un año en que no luciera el sol o en que *Joselito* no torease en nuestra plaza.

La Coquito compartía sus tareas artísticas con un elenco de su absoluta confianza: formaban parte de él las hermanas *Miralles*, una rubia y otra morena, sositas en su trabajo, pero de cierta malicia en el rostro. *La Monterito*, famélica y escuchimizada como una escoba, y que era un perro fiel para la empresaria, que la quería como a una hermana. *La Rigoleta*, gorda, gordísima hasta la fatiga, que cuando en los momentos culminantes del espectáculo se alzaba—para dar tono realista a su arte—el faldellín que cubría sus partes menos nobles, dejaba ver un promontorio carnoso tan desarrollado, que de él hubieran podido sacarse muy bien diez o doce kilos de filetes pesados a conciencia. Venía luego el estado llano, formado por *La Lucerito*, *La Geranio* y otras cuantas infelices más, que se renovaban cada quince días, en un eterno desfile de carne anémica y engañada para rellenar el espectáculo, que el público—mientras trabajaban ellas—entretenía leyendo el periódico o insultándolas con toda valentía.

Y entre todas ellas, feliz y dichoso como un sultán en su harem, estaba el primer actor Pepe Rodillo, único representante del sexo feo en la casa. Pero este verdadero héroe de Carlyle, merece párrafo aparte.

Quien le viera por la calle, y aun en el teatro cuando no se caracterizaba, le creyera un sacerdote vestido de paisano o un empleado metódico en sus costumbres. Hombre simpático, con simpatía natural, carecía de esa vitola picaresca que suele rodear a esta clase de artistas; había rodado mucho por esos pueblos de Dios en compañías del género chico y conocía la tristeza de acostarse sin cenar después de haber hecho de millonario yanqui sobre la escena, hasta que *La Coquito* le contrató, asegurándole el pan y el sosiego.

Tenía cinco hijos y una mujer, a los que quería con delirio, y con todos ellos vivía en una casita de Bellas Vistas—¡en la calle de Alcalá son tan caros los pisos!—, con mucho sol y algunas flores, desde donde diariamente tenía que venir al ensayo y a la función después de recorrer los diez kilómetros y medio que había entre su casa y la calle de Cabestreros. El público, que no sabía esto de los kilómetros y lo otro de los cinco hijos y de las flores, se metía con él en escena con harta frecuencia, de un modo injusto e indecoroso.

Rodillo, que era un hombre joven y que por tener cinco hijos tenía acreditada su acome-

tividad en ciertos terrenos, realizaba todas las noches en el escenario un milagro evidente: *La Coquito* se echaba sobre él, le acariciaba, le rozaba su piel por la cara en ciertos momentos, y las otras le abrumaban a caricias entre todas, porque así lo exigía el trabajo, y él, impasible, como si no fuera con él la cosa, ni siquiera alteraba en unos milímetros la línea de su pantalón, ni cambiaba de color su rostro.

Si a cualquiera de los que estaban en la sala le hubiera hecho *La Coquito* la centésima parte de cosas que le hacía al actor, a los nueve meses hubiera habido un proceso por estupro en la Audiencia de Madrid. Por menos, por muchísimo menos, aumenta diariamente la natalidad en muchos países y ganan dinero las comadronas.

Y Pepe Rodillo, después de aquel masaje, marchaba a su casa por la calle de Bravo Murillo, pensando en su mujer y en si al menor de sus chicos se le habría aliviado la tos con la que le dejó aquella tarde.

La Coquito, además de un teatro y una compañía, y una cara y un cuerpo divinos, tenía otra cosa: tenía una madre.

Todos la hemos tenido; pero tan original, tan simpática, tan famosa como doña Micaela, ni ha habido ni habrá muchas. Viuda no se sabía de quién, era lista como un perro galgo, y tenía una cualidad sobresaliente que la hacía altamente agradable, y era que, a pesar de que su hija había llegado a la cumbre y tenía mucho dinero y alhajas de valor, y automóvil, ella seguía vistiendo con la misma modestia que cuando era criada de no sé quién, y de su velustrín y su trajecito negro no salía ni por sopas.

No habría sido fea, ni muchísimo menos, y aunque el desfile de los años había marchitado las rosas de sus encantos, todavía estaba para un caso extremo, de lo que puede dar fe el episodio siguiente, tan verídico como el evangelio de San Mateo: llegó *La Coquito* a trabajar a cierta capital de provincias, y el mismo día de su llegada se presentó en su hospedaje un te-

norio de la localidad con intención de... adjudicársela. Como estos hombres de provincias son tan expeditos, planteó la cuestión sin ambages a la propia doña Micaela, que salió a recibirle, y en una forma tal, que claramente se veía que aquel hombre había tomado a la madre por la hija. La respetable dama, al pronto se alteró; pero acordándose de aquellos versos de Byron que dicen «que no hay fruta más sabrosa que la del secuestro...», quiso recordar sus años mozos y decidió aprovechar las circunstancias.

—De modo que usted, joven, deseaba...—le dijo al mozo con un aire de ingenuidad adorable.

—Amarla a usted, señorita.

—¡Ay! ¡Pero el caso es que yo... así de pronto!...

—¿Qué mal puede haber en ello? Usted, *Coquito,* es el capullo, y yo soy la mariposa que viene a libar en él.

Doña Micaela, al oir lo del capullo, se emocionó, y hasta se humedeció moralmente.

—¿Le corre a usted mucha prisa?

—Bastante, porque son las seis, y a las siete tengo que estar en *Los Luises,* que hay elección de Junta directiva.

—¿Y usted cree que en una hora tendremos tiempo de todo?

—Señorita, usted no tiene el honor de conocerme; en una hora soy yo capaz de libar en un jardín entero, y me falta jardín.

No hablaron más; una *chaise longue* de entretiempo les prestó blando acobijo, y el mancebo salió a la calle tan convencido de que acababa de yacer con la creadora de la rumba.

—¡Qué tía!—decía luego en el casino dándose importancia—, lo deja a uno como si lo vaciaran por dentro.

Aquella noche doña Micaela fué al teatro con una cara completamente transfigurada: estaba como esas plantas que en el rigor de un estío cruel están a punto de secarse y reciben de pronto la caricia de una lluvia benéfica que las restaura en su antigua lozanía. Ya lo decía su hija en uno de sus cuplés favoritos:

«Las mujeres, cual las plantas,
necesitan,
necesitan mucho riego;
pues precisan con frecuencia
la humedad,
la humedad para el sustento.»

Y dirigiéndose a la que en la obra figuraba ser su hermana, enferma no se sabía de qué, añadía:

«Este es, hermana,
mi parecer:
tú lo que necesitas
no es más que... correr.
Tú eres la planta
que está en retoño,
y te hace falta
regarte el c... uerpo.»

Y el conquistador de doña Micaela, que también fué aquella noche al teatro, ¡cómo iba a faltar él!, empeñado en que *La Coquito* no había trabajado aquella noche, pues él no la había visto en escena.

—¡Que no, hombres, que no! ¡Que no ha trabajado!... ¡Si la conoceré yo!—decía a sus amigos, que porfiaban con él.

Claro es que a la postre salió de su error, y se enteró de que, por unos minutos, había hecho de padre de *La Coquito*, yaciendo con su madre.

Fué a pedir a ésta explicaciones y a exigirle que le devolviera las cien pesetas que le había dado; pero doña Micaela, que tenía de tonta lo que nosotros de confiteros, le dijo entornando los ojos:

—Desengáñese usted, joven; *todo* lo que usted me ha dado esta tarde no se lo podría devolver aunque quisiera. ¡Dios sabe dónde estará ya!

—¿Podemos empezar?

—Cuando quieras... Oye, Celio: ¿hay mucha gente?

—De la preferencia quedará una fila por llenar. Lo demás, como siempre.

—Pues mándale recado al de la taquilla que no despache más.

Doña Micaela, que ayudaba a su hija a ponerse la malla por los muslos, intervino, rauda:

—¡Hija, por Dios! ¡Qué gana de tirar a la calle veinticuatro pesetas! ¡Hay que ver!

—¿Veinticuatro?

—¡Ya lo creo!

No tuvo que calcular mucho para decir la cifra: las diez y seis preferencias de la última fila, a seis reales cada..., justo: veinticuatro. Doña Micaela se sabía de memoria lo que hacía el teatro lleno, con media entrada, con dos terceras partes, como fuese. Como siguiese murmurando, *Coquito* le paró los humos:

—Déjeme usted, madre; no quiero escándalos. ¿No sabe usted que hay quien tiene interés en que los haya? Si se rompe una butaca,

como viene ocurriendo todas estas noches, y está todo lleno, ¿dónde se va a sentar el que ha pagado y se encuentra de pronto en el suelo?

¡Sabia precaución! Las butacas del Salón Nuevo de la calle de Cabestreros eran más viejas que el café de Pombo. Por estar la temporada muy avanzada, no quería la Empresa ponerlas nuevas; pero, por lo visto, una tras otra, no iba a tener más remedio; todas las noches cuando la sección de las once estaba en todo lo suyo, y *La Coquito*, semidesnuda y con un camisolín de gasa, se movía al compás de la rumba para enseñar al público—a su público—uno de los divinos meloncillos pectorales, se oía en la sala un estrépito formidable; al estrépito seguían unas carcajadas, y a veces unos ayes de dolor. El asiento de la butaca número tal, fila número tantos, había venido al suelo, arrastrando en su caída al espectador que la ocupaba, como la caída de los tiranos arrastra siempre la de los cortesanos venales que caminaban tan a gusto sobre los lomos procaces de la tiranía.

El caído reclamaba un asiento y había que dárselo; si por estar el teatro lleno no lo había disponible, el caído, ya levantado, armaba un escándalo de órdago a la grande:

—¡Esto es un abuso! ¡¡Yo he pagado una butaca y no un escotillón!! ¡¡Que me devuelvan mi dinero!!

La primera noche se resolvió el conflicto colocando al espectador en el único palco que quedaba vacío; pero la segunda, que estaban todos ocupados, tuvo que sentarse el hombre encima del piano del sexteto, con gran regocijo por su parte, pues desde allí las piernas y el resto del cuerpo de las artistas se veían en tamaño casi mayor que el natural, y hasta se podían cachear sin más que alargar la mano.

Pero como ello era absurdo y *La Coquito* no toleraba en su teatro más cosas absurdas que a su propia madre, tomó la sabia medida de que ya se ha hecho mención y que honraba la previsión de la artista.

Ya metida en la malla y sujeto al ombligo un fajín de goma, que se ponía para conservar en todo caso la pureza de la curva del anca, se asomó al espejo y comenzó el estuco de su carita de niña. No la seguiremos en la operación, entre otras razones, porque sería marchitar un poco el innegable encanto de aquel rostro todo purezas. No es que necesitase de la complicidad del afeite para disimular los estragos que el tiempo aún no había podido hacer en su persona; pero es que la propia Venus Calipigia, vista al saltar del lecho a las once de la mañana, perdería indudablemente el sesenta por ciento de su belleza; dos sitios hay, dice el sabio, en que la mujer hermosa no debe dejarse contemplar por sus adoradores: uno es el tocador; el otro... es ese camarote reservado donde es costumbre entrar solo y donde todas las grandezas humanas vienen a finar en una misma podredumbre.

Adela Portales, *La Coquito,* era una de esas mujeres en quienes la edad parece haber hecho un alto al llegar a los quince años. Su

cara de niña, y de niña inocente y encogida, era algo que no variaba con el tiempo, y seguramente cuando Adela llegase a los cincuenta años, seguiría teniendo igual aspecto de tobillera, incitante por su misma pureza: los ojos, de un mirar cándido, y el pelo, que procuraba llevar siempre muy recortado para seguir cultivando la ilusión, la ayudaban eficazmente a componer el conjunto.

El cuerpo era también de niña, sin más desarrollo en el pecho y caderas que el indispensable para acusar el sexo, y las piernas, que parecían hechas a torno, eran dos columnitas que estaban pidiendo a gritos la faldita corta y la cuerda para saltar en el Retiro por las mañanas.

Imagínese el atractivo que una hembra así había necesariamente de ejercer sobre todo hombre que, habiendo pasado de los cuarenta y cinco años, veía ya el amor como una iniciación cuyo principal encanto consiste en pervertir a un inocente. Nombrar a *La Coquito* en una tertulia de señores mayores—y aun de algunos menores cuyo temperamento no estaba de acuerdo con la edad—era como pasar un papel de lija por la medula de los concurrentes, cuyas lenguas iban a frotarse por los labios respectivos en un movimiento un poco atávico.

Esta noche, la muchacha, después de haberse atado una cinta de terciopelo negro alrede-

dor de la cabeza, resaltando así más el blanco lechoso de la cara, se miró por última vez al espejo, se agrandó con la punta de los dedos el cerco de los ojos y se dispuso a salir a escena, metiéndose de prisa en una bata suelta de encajes y de lazos.

La niña pura e inocente, el ángel de candor que parecía escapado de una pensión, hacía su entrada en escena pronunciando las siguientes frases: «¡Hola, chicas! ¿Le habéis cogido ya los huevos a ese?»

Bien es verdad que la obra se llamaba *El último pliegue,* y había que hacer honor al título desde la primera escena.

El repertorio del Salón Nuevo lo formaban obras de títulos ambiguos, que se prestaban a una interpretación maliciosa por parte de algún malpensado: *El hijo de Pura, Tres noches sin sacarla, Tomar por el atajo,* y el gran éxito de la temporada, la obra cumbre del género, la genial *Tortilla de almejas,* pieza en seis cuadros que se decía escrita por un oficial del Consejo de Estado, y en la cual había un personaje, banquero arruinado él, que en una escena de marcado sabor trágico decía a gritos, parándose en el centro de la escena:

«Me persigue la justicia.
Todas las gentes me escupen.
¿Quieren chuparme la sangre?
Pues bueno. ¡Que me la chupen!»

Claro que en el fondo de todo ello no había más que una dosis de moralidad muy grande. Por ejemplo: la obra titulada *Tres noches sin sacarla* era la historia de la capa de un estudiante, al cual sus vicios le habían obligado a empeñar toda la ropa, y que llevaba tres noches de un frío intenso sin poder sacarla del empeño: la una, porque no tenía dinero; la otra, porque habían cerrado la casa de préstamos por defunción del dueño, y la tercera, por haber perdido la papeleta.

La misma obra que esta noche se representaba, y cuyo título, *El último pliegue,* podía al principio alarmar un poco a ciertas conciencias timoratas, no era más que una poesía bucólica puesta en acción: un pastor y una pastora se encontraban sorprendidos por la noche en medio del campo, lejos de sus viviendas respectivas; él la cogía en sus brazos y la ayudaba a caminar, salvando los pliegues y repliegues del terreno, hasta que ya, exhausto, y cuando detrás del último pliegue se veían los tejados de la casa de ambos, caía al suelo con su preciosa carga, mientras los corderillos balaban a lo lejos.

Y la frase de salida de *La Coquito:* «¿Le habéis cogido ya los huevos a ese?», no era más que esto: un chico de una granja vecina llegaba con una cesta de huevos y esperaba en la puerta a que una de las zagalas saliera a ha-

cerse cargo de la mercancía. ¿Qué hay en ello de pecaminoso?

Lo que había que ver y que admirar era la manera que *La Coquito* tenía de decir todas aquellas atrocidades: era un encanto, y, desde luego, era la única manifestación verdaderamente artística que había en el espectáculo. Sin esfuerzo, sin estudio alguno, las palabras salían de los labios de la muchacha con una naturalidad y una sencillez casi inexplicable. No era la ingenuidad afectada con que algunas *diseuses* matizan las frases crudas, y que, a la larga, llega a empalagar: era el hablar corriente y llano de quien sabe que lo que dice no tiene importancia ni malicia alguna, y que toda la malicia está en el auditorio.

Se notaba ello mejor comparando la inflexión de voz de *La Coquito* con las desgarradas expresiones de las otras artistas (¡¡) que la acompañaban en la escena: infelices muchachas de una extracción por demás modesta, creían que la gracia de su trabajo consistía en subrayarlo todo, acompañando hasta con el gesto cualquier vocablo equívoco. ¡El extracto del asco y de la procacidad!

En el pasillo que llevaba al escenario, *La Rosalinda,* una rubia muy agradable que imitaba en todo a la empresaria, la detuvo para decirle.

—Ya tienes ahí a ese.

—¡Qué lata!

—Oye, y que está más triste que ninguna noche.

—Le habrá hecho daño la cena.

—Lo que tiene cara es de no haber cenado en una semana.

—¡Asqueroso!...

Por un agujero de la decoración miró a la sala, y, efectivamente, allí, en el primer palco de la derecha como siempre, estaba el hombre, casi ocultándose del público, con el brazo izquierdo sosteniendo la cabeza y la vista fija en la puerta de la decoración por donde había de aparecer *La Coquito.*

Era un hombre de unos cuarenta años, muy bien vestido, y con una palidez tan intensa en el rostro afeitado, que parecía un muñeco de marfil al que hubiesen puesto unos ojos muy

negros. No era un hombre vulgar: emanaba tal tristeza sepulcral de toda su persona, que en su rostro parecía imposible la sonrisa, y, cuando clavaba la vista en alguien o en algo, parecía un espectro que acabase de volver a este mundo desde las sombras del otro.

Llevaba quince días persiguiendo a Adela de un modo tenaz, implacable: apareció una noche en aquel palco de la derecha, completamente solo, y ella se fijó en él con no fingida curiosidad; desde entonces no faltaba una noche a la sección de las once, mandando comprar el palco en cuanto se abría por las tardes el despacho de billetes. Pero no era eso sólo: muchas veces durante el día, si Adela se asomaba a los balcones de su casa de la calle de Espoz y Mina, se lo encontraba plantado en la acera de enfrente, mirándola extático, con esa fijeza de ojos con que los mochuelos y los buhos miran a las personas cuya muerte profetizan.

Cuando Adela, a las siete, salía de su casa para el teatro, se lo encontraba parado junto a la rueda trasera del automóvil, como la estatua del Comendador ante la cena de don Juan.

A la salida del teatro, cerca ya de las dos de la madrugada, cuando la calle quedaba desierta, allí estaba el hombre esperándola, en un acecho febril, que, por la hora y por la soledad en que todo había quedado, le infundía a la chiquilla un miedo insuperable.

Llegó a cobrarle verdadero terror. A su madre—sabia maestra en el arte de facilitar aproximaciones—le prohibió muy seriamente que le hiciese caso, si aquel hombre se acercaba, ¡como hacian tantos otros!, para entablar cierta clase de negociaciones.

Claro es que doña Micaela empezó por protestar, como protestaba siempre, contra los que ella llamaba romanticismos de su hija:

—¡No sé qué tendrá ese hombre que no tengan los demás! Porque lo ves así tan serio... Pero *tratao* puede que gane mucho.

—Que no, madre, que me da mucho miedo. Si ese hombre me tocase nada más que al pelo de la ropa, creo que me moriría del susto.

Y no era sólo miedo, era otra cosa que ella no sabía si era asco o risa o desprecio, o las tres cosas a un tiempo. Durante la representación procuraba observarlo a hurtadillas, y así pudo notar una noche y otra que en ciertos momentos, y sobre todo al final, cuando ella bailaba la rumba y sacaba al aire durante un cuarto de segundo uno de los meloncillos del pecho, la mano derecha del hombre espectro desaparecía del barandal del palco e iba a esconderse no se sabía dónde...

Ella se lo figuraba, y el figurárselo, le daba una rabia muy grande.

Cuando iba a su cuarto para vestirse con el traje de calle, Celio, el segundo apunte, se acercó para darle un recado al oído:

—Tengo una cosa para usted; pero me han dicho que no se entere su mamá.

—¿Qué es?

—Esto.

Le enseñó un papelito, casi oculto en la mano.

—Trae.

—Pero es que espera contestación.

—Ahora te la daré.

Y fué corriendo a su cuarto. Mandó a la madre por agua caliente, y al quedarse sola abrió el billete: no decía más que esto: «La amo a usted, *Coquito*.» Y firmaba: «El hombre del palco número dos.»

Por un movimiento inexplicable se llevó el papel a las narices. ¡Qué raro! No olía a muerto, como ella se había creído. Lo estrujó y lo echó debajo del tocador convertido en una bola.

Sonaron unos golpecitos en la puerta:

—¿Se puede, Adela?

—Pasa, hija.

Era *La Monterito*, una chiquilla de diez y ocho años, que parecía tener treinta y cinco: tal era la expresión de fatiga que tenía marcada en el rostro y en todo el cuerpo. No era fea, y tenía desde luego ese encanto enfermizo que tienen todas las anémicas cuando los ojos les brillan mucho.

Al verla, Adela se alegró.

—Oye, chica, ¿pero a ti que te pasa, que esta noche te he tenido que coger tres veces, mientras bailábamos la machicha, para que no te cayeras al suelo?

—Pues nada; que llevo dos noches sin dormir.

—¡Ah! ¿Pero anoche también?...

—¡Ya lo creo!

—Y ¿dónde fuisteis? ¿A los Burgaleses?

—No; al Habanero.

—¡Te vas a matar!

—¿Y qué quiere usted que haga?

Calló la otra, porque no supo qué decir. *La Monterito,* retorciéndose las puntas del pañolín que llevaba al cuello, y que, con una camisa que no cubría más abajo de los muslos, era todo su vestido, dijo, mirando al suelo y pasando no pocas vergüenzas:

—Digo que... yo quería que me hiciese usted... un favor...

—Para eso estás tú hoy, para que te hagan un favor.

Se echó a reir para adularla.

—No quiero más que diez pesetas...

Y bajó la cabeza hasta meterla en el pecho.

La Coquito dejó en el tocador la toalla con que se untaba de vaselina la cara, se puso en jarras y se encaró con la otra:

—No debiera darte ni un céntimo, porque sé para lo que los quieres... No, y no te los doy. ¡Cochina! Pero ¿por qué sois tan estúpidas algunas mujeres? Así acabáis luego. Hoy ha estado en mi casa la Obdulia... ¿Sabes de dónde viene?... Del hospital; ha estado tres meses, y se ha quedado que no quieras saber. Ya no sirve ni para vender lotería por las calles...

La Monterito se echó a llorar; entre los hipos de llanto se la oía decir:

—Pero si dice que lleva tres días sin comer..., que ya no puede más..., que va a hacer cualquier barbaridad para que lo metan en la cárcel...

—¡Que trabaje, como trabajamos los demás!... Y que no se empeñe en vivir a costa de las mujeres... ¡Digo, y qué mujeres! Si al menos tú fueses una princesa, o tuvieses cuenta corriente en el Banco, muy bueno que le dieses algo de lo que te sobrase...; pero una chiquilla como tú, que tiene que trabajar para mal comer... ¡Vamos, hombre!

—Tiene usted razón; si yo lo sé que la tiene; pero si usted se viera en mi caso...

Volvía la madre con el jarro del agua:

—¿Qué te pasa, mocosa?... ¡Ah, ya!... Ahí fuera, en el cafetín, *tiés* a ese; por lo visto te está esperando.

—Sí, la está esperando a ella y a dos duros que quiere que yo le dé.

—¡Dos duros!... Oye, dile que me los venga a pedir a mí... ¡Tonta! *¿Quiés* que te lo espante yo?

—Doña Micaela...

—Di que sí, y ahora mismo salgo y te juro que no le vuelves a ver el pelo en tu vida...

Se disponía a salir, pero *La Monterito* se puso delante de la puerta:

—¡No! ¡No! ¡Eso no!

—¡Estése usted quieta, madre!

—Como queráis; yo era por hacerte un favor.

—Pero si es que...

—¿Qué pasa?

—Pues que... ¡le quiero mucho!

Y se echó a llorar como un nene con rabieta.

—¡Eso es lo peor, hija!—añadió filosóficamente doña Micaela, dando un gran suspiro.

La Coquito cogió el bolso de mano que tenía en una caja de un armario, lo abrió y sacó dos monedas de cinco pesetas; sin decir nada, se las puso en la mano derecha a la llorona, y le dió unos golpecitos en la cabeza.

—¡Gracias... muchas gracias!

—Sí, gracias; pero que te conste que es la última vez.

—Bueno, bueno...

—Y ahora dile a ese que mañana, a las cinco, se venga por aquí, que quiero yo hablar con él.

—Pero...

—No, no te asustes. Tú estarás delante, y verás que no es nada de lo vuestro. Es una cosa que se me ha ocurrido.

¿Qué tramaba *La Coquito?* Pronto lo sabremos.

Al salir aquella noche, como todas, el espectro hacía su guardia junto al automóvil.

La calle estaba desierta; apagados los focos de la puerta del teatro, no quedaba en ella más luz que el farolillo del sereno, parpadeando, como ojo de agonizante, en la esquina de Embajadores, y un farol del alumbrado público que parecía aumentar las tinieblas.

Del Mesón de Paredes venía el ruido confuso de un gramófono, que entonaba unas soleares. El automóvil esperaba metido en la travesía de Cabestreros, para no entorpecer la circulación durante toda la noche; en cuanto *La Coquito* aparecía en el primer escalón de la entrada, se acercaba el carruaje al pie mismo de la escalinata.

Antes, casi siempre, Adela salía sola: el tipo plebeyo de la madre no le parecía muy a propósito para exhibirlo entre las sedas del carruaje, y prefería ir sola a ir mal acompañada. Eso si no la acompañaba alguno de sus buenos amigos, con quien bajaba a poco en la puerta de cualquiera de los restaurantes del centro; pero esto sucedía pocas veces.

Desde que el hombre pálido inició la persecución, *La Coquito* no salia nunca sola; se hacía escoltar hasta la puerta misma del coche por la madre y por Celio, y una vez en él, metía dentro a la madre de un tirón y ordenaba a Manolo el *chauffeur*, que partiese a escape. Y una noche en que doña Micaela tuvo que quedarse en casa martirizada por unas neuralgias, metió a Celio en el coche casi a la fuerza y le hizo que la acompañase hasta la calle de Espoz y Mina. El segundo apunte, al verse encerrado en aquella caja con la empresaria, mareado por los perfumes de ella, estuvo a punto de desmayarse; pero luego, ante el susto de ella y para dar evidentes señales de vida, comenzó a pellizcarla en el solomillo izquierdo, sin darse clara cuenta de lo que hacía.

En esta noche, la chica, al ver al hombre palido, tuvo más miedo que nunca; antes, cuando salían por el cafetín, Celio, aprovechando un descuido de la madre, le habia preguntado:

—¿Qué le contesto a ese tío?

—Nada; la carta no tiene contestación.

Se agarró al brazo de doña Micaela, y fué a subir en el auto; pero la madre, que era siempre mujer de triples intenciones, hizo lo que hacía todas las noches: subir ella primero y dejar a la chica en la acera, al lado del tío, que no se separaba más que lo preciso para

no estorbar el paso. *La Coquito* tembló al ver que el sujeto se le acercaba, y en voz de súplica infinita le decía:

—¿Pero es que no merezco que me diga usted que no, por lo menos?

Su voz era dulce, suave, en completa contraposición con su rostro y con toda la figura. Adela se quedó sorprendida... y de pronto, como quien se ve en la imprescindible necesidad de hacer algo, echó mano al bolso que llevaba colgado de la muñeca izquierda, sacó de él una peseta y se la dió al espectro.

Doña Micaela que se había percatado de todo, le preguntó mientras subía al carruaje:

—¿Qué es, hija?

—Nada; un pobre que me ha pedido una limosna.

—Pues dásela. ¡Pobrecillo!

—Ya se la he dado.

Al partir el coche, *La Coquito* miró a la calle con curiosidad instintiva y vió cómo el espectro cogió la peseta, la acercaba a sus labios y estampaba en ella un beso estrepitoso.

Fué el único momento en que la faz de aquel hombre se transformó un poco; se le hincharon las narices, se le dilató la pupila y la boca formó un embudo singular, como la del gastrónomo que se dispone a tragarse la primera ostra de una serie de dos docenas.

Don Alejo Cadórniga, notario de un pueblo rico de la provincia de Alicante, que no otro era el hombre-espectro perseguidor de *La Coquito,* sintió una cosa extraña, muy extraña, al tener en sus manos y junto a sus labios la moneda que la chica había sacado del bolso.

Para explicarse lo que sintió es preciso recurrir a ciertos tratados de patología sexual, en que todas las aberraciones genésicas reciben su explicación científica, o, mejor, recordar ciertas narraciones de Mirbeau, en las que, con mayor fuerza persuasiva, se pinta de lo que es capaz una medula desviada de su centro. Esto último—la literatura de Mirbeau—es lo más ameno.

Pero aun con ello, habrá gentes que no se expliquen la voluptuosidad del notario ante el desprecio que *La Coquito* acababa de hacerle; todos los que no comprenden el encanto de una bofetada dada por manos femeninas, cuando los ojos de la que la da saben mantener con energía el golpe; los que no se han echado a los pies de una mujer para besárselos nada más que porque sí y por puro gusto;

los que no se hacen cargo de que las piernas de ellas son tan adorables, porque sirven para patear... todos esos—¡pobrecillos!—puede que se rían en esta ocasión del bueno de don Alejo, que, a pesar de su aspecto ultraterreno, era un buen hombre en toda la extensión de la palabra.

Allá en su pueblo vivía, ganando mucho dinero, solo con una criada, generalmente vieja, para evitar meter al diablo dentro de casa; pero un día en que se había quedado sin servicio se presentó a pretender una mocetona guapa, con el pechazo enorme y el cabello negrísimo, y con un aspecto general de yegua descansada, que al notario le pareció muy bien. La tomó a su servicio, y, como era un hombre tímido, al principio pasó varias noches arrodillado a la puerta del dormitorio de ella, aspirando por el resquicio de la puerta el perfume—mezcla de pescado frito y polvos de arroz—que la moza exhalaba mientras dormía.

Otras veces, aprovechando los ratos en que la chica iba a la compra, se metia en su cuarto, se apoderaba de sus peines, que olian a sus cabellos, y se dedicaba a tocar la flauta con ellos como un fauno voluptuoso... La cosa acabó como era natural que acabase: la chica llegó a mandar en él de tal modo, que el hombre acabó por fregarla los platos, mientras ella, sentada en una mecedora, se reía a car-

cajadas; y los días de limpieza, nuestro hombre fregaba todo el piso de la casa, en tanto que la moza, con una vara, le iba pegando para que hiciese a conciencia la operación.

Don Alejo, que hasta entonces había sido un hombre normalmente amoroso, comprendió que estaba perdido y que aquellas cosas, una vez que se las tomaba el gusto, no había medio de dejarlas. El goce mayor—dentro del berrinche—lo tuvo un día en que, al volver a su casa al atardecer, se encontró con un papel escrito por la criada, en el que le decía, después de llenarle de insultos, que se fugaba a Barcelona con un chico muy guapo del pueblo y con cuatro mil pesetas que le había sacado—al notario—en el tiempo que había estado en su casa. Y el bueno de don Alejo, que en la escala descendente de su anormalidad no se paraba en descansillos, pensó que aquella chica no le había comprendido; de haberlo hecho y de haberle hablado con franqueza, él acaso no hubiese tenido inconveniente en que ella y el chico guapo se viesen a diario en su casa y, si hacía falta, en el propio lecho notarial... siempre que a él le dejasen contemplar la función oculto detrás de unas cortinas.

Por aquellos días tuvo el hombre que hacer un viaje a Alicante, y allí, en un *cine,* vió trabajar por primera vez a *La Coquito;* tanto le agradó la chica, que las tres noches que estuvo en la capital las pasó metido en el *cine,* y

cuando volvió a su casa iba pensando por qué aquella niña no había de entrar a servir en su domicilio y él se encargaría de lo demás.

Al día siguiente, al ir a redactar de su puño y letra una escritura no muy larga, vió que la mano derecha estaba muy torpe y que el pulso le temblaba, no dejándole escribir, como si con aquel brazo acabase de levantar en vilo a un Ministerio liberal en víspera de crisis. ¡Qué tres noches pasó en Alicante, a solas en su cuarto del hotel y con una postal de *La Coquito* encima de la mesa de noche!

¿Qué tenía doña Micaela en el sitio donde los demás mortales tenemos el estómago? ¿Un baúl? ¿Un cráter de volcán? ¿Un solar de los de la Gran Vía?

El día en que la noble dama muera—¡y quiera el Cielo que la fecha fatal se retrase, por lo menos hasta que se acabe el avance francés en Notre Dame de Lorette!—deben los médicos, aunque muera de muerte natural, que es en ella una indigestión, hacer la autopsia de sus restos, pues seguramente se descubrirán nuevos horizontes en el campo de la fisiología humana, y eso iremos ganando todos.

Por las noches, cuando, después de la función, las dejaba el automóvil a la madre y a la hija en algún restaurante del centro, donde era la cita con el cabrito de tanda, se desarrollaba el siguiente diálogo entre doña Micaela y el camarero:

—A mí tráigame un biftec con patatas.

—¿Y los huevos, cómo los quiere usted, al plato o en tortilla?

—De las dos maneras.

—¡Muy bien! El vino, ¿blanco o negro?

—Blanco y Negro: me gustan mucho los periódicos ilustrados.

—De postre, ¿quiere usted fruta... o dulce... o...

—Déjese usted de oes, hombre de Dios: ponga usted fruta y dulce, y lo que haya.

Estos eran los momentos peores de la vida de *La Coquito:* esos momentos que periódicamente todos tenemos como compensación de problemáticas alegrías; se avergonzaba, asomaba el rubor a sus mejillas, que no se manchaban de carmín ni aun para decir ni hacer en escena las mayores atrocidades, y procuraba distraer con su conversación al que había de pagar todo aquel almacén de comestibles, para que no se percatara de la escena bochornosa. ¡Ella, que comía menos que un pajarillo en la pelecha, y que había pasado más de un día con un huevo y la mitad del otro!

En sus excursiones por provincias hubo sitios donde, a la llegada de *La Coquito* y su señora madre, se subió el precio de los comestibles, y en un pueblo de la provincia de Matanzas, en Cuba, les prohibió la entrada la primera autoridad local, diciendo que aquel año andaba escaso en la comarca el ganado vacuno, y, por tanto, la cosecha de filetes era exigua, y había que guardarlos para los habitantes del país.

El amigo que acompañaba esta noche a *La Coquito*, y que, como hacían todos, prolongaría después su compañía al salir del restauran-

te, era un sujeto fornido, moreno, muy moreno, con el bigote, que habría sido espeso, recortado a la inglesa, y con un aire de hombre de acción en todos los terrenos, verdaderamente marcado.

Era un ave de paso, uno de tantos que querían satisfacer un capricho momentáneo, y que después de satisfecho no volvería a acordarse de *La Coquito* más que al ver su retrato en las cajas de cerillas. Con una ingenuidad simpática, le contaba a ella *su caso;* años atrás había tenido un estanco en la calle Mayor, y un día liquidó el negocio y se fué a América a probar fortuna; antes de irse había visto a *La Coquito* en el Salón Madrid, y le había gustado tanto, que se había prometido a sí mismo que si algún día era rico se acercaría a ella para pagarle una noche de amor, de placer, o de lo que fuese. Y ahora, al cabo de algunos años, volvía, no millonario, pero sí con algún dinero, y fiel a su capricho, se había apresurado a cumplirlo, entregando antes a doña Micaela—nadie pase sin hablar con el portero—dos billetes de a mil, y comprometiéndose tácitamente a pagar el consumo del restaurante. Miraba al sitio de la madre y estaba viendo que al día siguiente iba a tener que salir de vuelta a América para rehacer su fortuna; a tanto ascendería la cuenta del comestible y bebestible en aquella noche memorable.

Mimosa, y con la timidez sencilla con que

acogía a todo el mundo, *Coquito* le preguntaba:

—Y, dime la verdad: ¿cómo me encuentras ahora, mejor o peor que cuando te fuiste?

—Mejor, muchísimo mejor.

—¿De verdad?

—¡Ya lo creo! No sé si será porque yo he envejecido mucho en este tiempo.

—Y eso ¿qué tiene que ver?

—Mujer, porque tú a quien más le gustas es a los viejos.

—Tampoco me lo explico.

—Pues porque tienes cara y sobre todo cuerpo de niña.

Coquito se quedaba pensativa. Era verdad lo que decía aquel hombre. ¿Estaría ella condenada a ser el eterno juguete de unos hombres con el pelo muy blanco y las manos muy frías? La consoló un poco lo que añadió el otro:

—Ahora que, no hagas caso; hay quien es viejo en estas cosas a los veinte años. Yo he sido uno de esos, de lo que me alegro, pues vejez en amor, como en todo, quiere decir experiencia.

Ella le miraba fijamente hacia unos instantes.

—Oye, yo te noto algo en la cara.

—¡Ya lo creo!

—¿Y qué es?

—Pues que, después que nos vimos esta tarde en el teatro, me he recortado el bigote.

—¿Para que has hecho eso?

—Después lo verás.

Se marcharon; el hombre pagó una cuenta con la mitad de la cual había para mantener con desahogo, durante un año, a todas las fieras del Retiro, incluída la pantera de Java.

El automóvil llevo a los tres a casa de *Coquito*. Había en ella una habitación, que pudiéramos llamar de distinguidos, en la que habia de todo: desde un espejo en el techo hasta un frasco de sublimado sobre el tocador, con una jeringuilla al lado.

Doña Micaela se despidió muy finamente del huésped y se fué a dormir. *Coquito*, atacada de súbitos pudores a última hora, había corrido a desnudarse tras un biombo japonés, sin consentir que el amigo la ayudara.

—Tú avisarás — dijo éste tranquilamente, encendiendo un pitillo y dejándose caer en una piel que había en el suelo.

De pronto como si le hubieran apuntado con un revólver, púsose en pie de un salto y dió un grito espantoso: había sentido mover el agua tras el biombo, como si *Coquito* se dispusiera a lavarse, y protestaba indignado:

—¡Muchacha! ¿Qué vas a hacer?

—¡Ay, hijo, me has asustado! Iba a lavarme.

—No hagas tal cosa. ¿No ves que le quitas toda poesía al acto? Si no acudo a tiempo, me fastidias. ¿Para eso me he recortado yo el bigote?...

—Pero, hombre, esas cosas se avisan. ¿Qué quiero yo más que darte gusto? Haberme dicho que te gustan las cosas al natural y sin aliño. ¿Tú no ves que de gustos no hay nada escrito?

Salía ya de detrás del biombo, completamente desnuda, sin más que las medias y unos zapatitos. Al cuello, colgándole entre los dos senos, llevaba un *pendentif* de perlas y brillantes, que hacia un juego extraño con su carne rosada. ¡Qué cuerpo! Realmente aquello era un prodigio; aquella criatura habia resuelto en sus miembros el problema de la eterna juventud: ni una arruga, ni un desgaste de la piel, nada que delatase el cansancio de los años, pues aunque no era vieja, habia cumplido ya los veinticinco.

Decían que había tenido un hijo. ¿Por dónde y de dónde le habría salido? No sería de aquel vientre de terciopelo, terso como el marfil; seguramente se lo habían traído de París en una cajita.

Los pechos, que ella enseñaba en el teatro todas las noches en los espasmos de la rumba, eran como dos meloncillos a medio criar; iguales, prietos y con un ligero vaivén al andar, que hacía temblar los botoncillos del vértice, rosados como la calva de un senador limpio.

El amigo no esperó mucho; allí había un sillón, y la sentó en él, echándole una pierna por

encima de cada brazo; ella echó los suyos al respaldo y cerró los ojos; él se arrodilló y comenzó una exploración por el bosque de la Argona, que le iba haciendo descubrir panoramas deliciosos.

De cuando en cuando, el sujeto, que no era tonto, tocaba suavemente uno de los botoncillos pectorales; ella temblaba un poquito y suspiraba levemente como en un éxtasis...

Afuera, en la calle, un gato maullaba, y un sereno, apoyado en un farol, leía *El Correo Español*. Los vecinos, para que acudiera a abrirles la puerta, tenían que hacerle una ovación.

—Le advierto a usted, don Alejo, que la chica ha subido mucho.

—Ya, ya lo veo...

—Y que cuando usted la conoció en Alicante eran otros tiempos...

—Ahora está más guapa.

—Aparte de eso, que la solicitan mucho: hay días que tiene que echar suertes para ver con quién va a ser... ¡Y como una madre tiene que mirar tanto por su hija! Ella es una criatura, y si una no la aconsejara... Ahora mismo, si supiera que estoy hablando con usted, me sacaba los ojos; le tiene un miedo que no es para dicho.

—Pero dígale que no hay motivo; que yo no quiero más que verla... verla fuera del escenario y como ella quiera ponerse. Que me amarre las manos si no se fía; yo no haré más que lo que ella me diga.

—¡Ay, qué gracioso! No, si le advierto a usted que ella es muy complaciente; no hay más sino que tiene que perder el miedo.

—Pues mire usted: para ver si lo va perdiendo poco a poco, y para que se convenza de que

yo no soy un fantasma, sino un hombre como los demás, me va usted a hacer el favor de entregarle esto de mi parte.

El notario sacó un estuchito rojo, en cuyo interior había una sortija de platino con dos brillantes como dos granos de uva y una amatista como una aceituna. Doña Micaela la cogio, la miró con detenimiento, y, como maestra que era en cierta clase de tasaciones, le dijo:

—Esto le habrá costado a usted dos mil quinientas pesetas.

—No, señora, tres mil; aquí tengo la factura.

—Pue le han cobrado quinientas de más. Le habrán conocido el capricho.

El anterior diálogo se desarrolló entre el hombre-espectro y la madre de *La Coquito,* una tarde, a las cinco, en la vicaría del café del Progreso. La noche antes, la dama, al salir del teatro con la hija, y cansada de que ésta desperdiciase una ocasión que podía ser magnífica, dejó caer al suelo un papel, haciendo señas al notario de que lo cogiese. Era la cita en el café para la tarde siguiente. Decidida a terminar de una vez, habló así antes de separarse:

—Bueno, mire usted, don Alejo: esta noche, a eso de las dos, que es la hora en que acostumbramos volver del teatro, esté usted frente a casa; ya sabe usted dónde es.

—Sí, señora.

—Si la he podido convencer, saldré al balcón del centro y le diré lo que ha de hacer. Si no, mañana a estas horas, nos vemos otra vez aquí.

—Muy bien.

—Y ahora me voy, que tengo una lectura en el teatro. Prepárese, porque como ella le coja por su cuenta, le mete en cama para un mes. ¡Tiene unas manos para dar bofetadas!

Un espasmo casi eléctrico pasó por el cuerpo del notario. Llamó al camarero y pagó su café y lo que doña Micaela había tomado, que no era más que lo siguiente: una ración de patatas fritas, un bocadillo, dos mediasnoches, un chocolate con mojicón, un vaso de leche con bizcochos y dos ensaimadas. ¡La buena mujer, cuando se ponía a hablar de su hija, perdía el sentido de la realidad y de la medida del estómago!

Cuando Adela había solicitado conferenciar con el novio de *La Monterito*, tenía su plan sabiamente trazado con arreglo a la estrategia, en la que era maestra.

Sabía ella, con aquella claridad de inteligencia que, con el encanto de su boca, constituían los dos atractivos principales de su persona, que no hay sér en este mundo, por despreciable que parezca, del que no se pueda sacar algún partido.

Y, en clase de hombre despreciable, el novio de *La Monterito* era completo: bizco, pecoso, con el pelo que parecia esparto tintado de negro y con un alma que parecía un trapo sucio. Julián *El Casaca,* venía a ser algo asi como una cría de lechón que hubiera nacido en el fondo de un estercolero.

Bueno, pues este engendro es el que *La Coquito* pensaba utilizar para que le librase de una vez de la pegajosa persecución del notario-espectro.

Llevaba ella varias noches soñando con él, y todas ellas se despertaba sobresaltada invariablemente, a eso de las cuatro de la madrugada, gritando:

—¡No, no! ¡Por ahí no! ¡Déjeme usted en paz! ¡Que me muero!

Las alucinaciones eran tan terribles, que al cuarto día tuvo que empezar a tomar bromuro y a darse duchas de agua alcanforada.

Porque era el caso, ¡y esto era lo más terrible!, que en el fondo de todo aquel terror había un gramo de voluptuosidad vergonzante. Algo parecido a lo que debe sentir la doncella que camina sola por un bosque a media noche y ve salir de la espesura un bandido violador armado hasta los dientes.

Muy pronto se entendieron *La Coquito* y *El Casaca;* la novia de éste, que asistía a la entrevista, sufrió una sacudida de terror cuando le oyó decir a la empresaria:

—Y si hace falta que le des un golpe para espantarlo, se lo das.

—¿Muy fuerte?

—Hombre, como para matarlo, no; no vayamos a ir todos a presidio.

—No será menester. En cuanto yo le hable un par de veces...

—Tú lo que debes decir es que yo soy cosa tuya y que no consientes que nadie me haga monos.

—*¡Ele!*... Descuide usted, doña Adela, que de aquí en adelante, cuando ese tío cirio la vea a usted por la calle, va a correr a refugiarse en las alcantarillas.

En el Salón Nuevo, como en la Comedia francesa, había su comité de lectura. Nada de coger las obras así al tuntún, como hacen otros empresarios, y estrenarlas sin haber aquilatado antes su mérito artístico; se constituía el comité, el autor leía ante él su engendro, y luego, por mayoría absoluta de votos, se admitía la obra o se acordaba darle dos patadas al autor y ponerlo de ellas en la calle.

Dicho comité estaba constituído por doña Micaela, empresaria madre, que ejercía funciones de presidente y que era la primera que hablaba y la que casi siempre sacaba adelante su opinión; los dos vocales eran el simpático Pepe Rodillo, primero y único actor de la compañía, y Celio, el segundo apunte, que expresaba la satisfacción que le producian las lecturas por una serie escalonada de eructos que iban, desde el tímido y casi contenido a flor de labio, hasta el explosivo, que hacía cuartearse las paredes de aquella cuadra que recibía el nombre de Salón Nuevo. Cuando Celio no eructaba durante la lectura, es que la obra no le había gustado. Aquella tarde quiso doña Micaela

que, como cosa excepcional, su hija formase parte del comité.

—Pero, madre, ¿qué empeño tiene usted en que yo aguante una lata de esas?

—Anda, hijita, si es que el autor me lo ha suplicado mucho.

—Sí; pero si se corre la voz, me van a hacer que asista siempre, y eso no me da la gana, ¡vaya!

—Te advierto que es un señor muy simpático. Ya ves si será atento, que, al hablar conmigo y anunciarme que iba a traer la obra, me regaló para ti esta sortija.

Y le enseñó la que el notario le había dado unos días antes en el Café del Progreso.

—Es bonita... Pero entonces lo que ese señor quiere es colarme no sólo la obra, sino algo más.

—No lo creo... ¿Sabes lo que vale eso? Esta mañana me lo han tasado: dos mil setecientas pesetas.

Como *La Coquito* tenía alma de niña, cual su cuerpo, no pudo nunca pensar que el autor de la obra a cuya lectura iba ella a asistir aquella tarde fuese el propio hombre-espectro de quien se había propuesto huir. Llevaba cuatro días sin verle, y ella atribuía aquella feliz circunstancia a la labor de *El Casaca*, que le llevaba ya sacados cerca de cincuenta duros a cuenta de ello.

Y lo ocurrido era que, no habiendo podido

doña Micaela convencer a su hija para que le recibiese en la noche famosa, ideó un plan diabólico, como todos los suyos:

—Escriba usted una obra—le había dicho al notario cuando se volvieron a ver en el café—y yo me encargo de todo lo demás.

La Coquito tuvo un movimiento de ira al darse cuenta de la encerrona cuando, una vez constituído el comité de lectura en el cuarto de los muebles, compareció el hombre-espectro con el mamotreto debajo del brazo. Pero él la miró con unos ojos tan suplicantes y dijo unas palabras tan discretas mientras se sentaba en la silla para dar comienzo a la faena, que ella, momentáneamente vencida, se limitó a bajar los ojos y a hacer cuarenta pedazos el pañuelito que llevaba en la mano.

¿Seguiremos paso a paso al notario en la lectura de su creación? ¡Nunca! Lo único que diremos es que el hombre, con sus noches de espectador asiduo, había tomado bastante bien el tono de la literatura especial que se cultivaba en el coliseo de la calle de Cabestreros. La obra era una apoteosis del masoquismo, y el notario la leyó con aquel tonillo especial que es costumbre emplear para leer las escrituras de compraventa, y que en él constituía un hábito arraigadísimo.

Al único que no le gustó la obra fué a Pepe Rodillo. Era éste un hombre de un buen gusto natural, sencillo y aristocrático en su vida pri-

vada, que tenía una serenidad interior para aguantar las tempestades que sus frases provocaban en la sala, verdaderamente maravillosa. Los autores le encargaban siempre de decir las mayores atrocidades, y como cada una de ellas provocase un coro de aullidos, él acogia éstos con igual satisfacción que si fuesen ovaciones y se preparaba a decir la siguiente con más brío. Su opinión pesaba mucho en el seno del comité; pero, como allí se acababa siempre haciendo lo que doña Micaela quería, la obra quedó admitida con toda clase de pronunciamientos favorables.

La Coquito, que habia observado mucho al lector, con esa indefensión en que para la observación ajena nos deja una lectura o un discurso, al salir a la calle le dijo a la autora de sus dias:

—Madre, dígale usted a ese hombre que esta noche lo espero.

Pensó, después de la encerrona, que el único modo de librarse del espectro para siempre era hacer con él un escarmiento ejemplar.

La Coquito, para sus expansiones tumultuosas, tenía alquilado un hotelito en las afueras de la Prosperidad.

Cuando aquella noche el notario llegó a él, iba temblando con una emoción sagrada. Tiró del timbre que había en la verja, y salió a abrirle doña Micaela, quien, poniéndose un dedo en los labios, le dijo por lo bajo:

—Usted no haga ni diga nada, y venga conmigo donde yo le lleve.

Le cogió de una mano, le hizo subir una escalinata, y en un perchero que había en el vestíbulo le hizo dejar el sombrero. Siguieron por un pasillo estrecho adornado de palmeras, y al final, ella empujó una puerta y le pasó a una habitación que estaba completamente a obscuras.

—Espere usted ahí. Y sin más, salió y echó por fuera con dos vueltas la cerradura.

Al otro extremo de la habitación se abrió una puerta y penetró una persona. Hubo un silencio que el notario no sabía cómo interpretar, y al cabo de él se encendieron las luces de la habitación, que era un saloncito tapizado de

rojo y con amplios divanes adosados a las paredes; en éstas había hasta media docena de espejos de grandes lunas. En un ángulo estaba *La Coquito*, envuelta en una especie de bata grana, y con una fusta en la mano derecha. Le miró fiera y amenazadora, y le preguntó:

—¿Qué quieres?

-Señorita... ya sabe usted que yo... la...

Avanzó hacia él con la fusta en alto y le dijo, como podría decirlo una reina:

—¡De rodillas! ¡A mí se me habla de rodillas!

Casi a cuatro pies cayó el hombre al suelo, y ella, cuando le vió en aquella postura, se acercó, le puso un pie en la espalda y le habló así:

—¿Por qué eres tan antipático? A mí, para merecerme, hay que hacerme antes muchas cosas. ¿Sabes tocar el piano?

Con la voz bronca contestó él:

—No...

—Pues levántate y ven aquí.

Habia un piano en un extremo de la estancia y a él se sentó el espectro.

—Anda, toca el *Vals de las olas*.

—Pero... si no sé...

—Toma, pues ese es el mérito, tocar sin saber... ¡Anda!

Torpemente empezó a pasar las manos por el piano.

—Eso no es lo que yo te he pedido.

La fusta entró en funciones; más de cincuenta

latigazos cayeron sobre las espaldas del improvisado pianista, que acabó revolcándose en el suelo con el rostro demudado de terror.

Al verle así, sea por continuar la comedia, sea porque ella realmente se excitase, se arrojó sobre él y empezó a darle en la cara con la punta del pie, llegando algunas veces hasta a meterle medio zapato en la boca.

—¡Anda, come, come ahí!

El chupaba, chupaba como en un éxtasis. Ella se quitó la bata y apareció completamente desnuda; una vez así, le obligo a tomarla a caballo y a pasearla por la habitación, hasta que él cayó exánime y echando baba por la boca...

.....

Hoy día el notario purga sus devaneos anormales en un manicomio de las Provincias Vascongadas. Un zapato de mujer, sucio y astroso, no se le cae nunca de la boca.

Nada más policromo que el público habitual de las funciones de *La Coquito;* en él tenían representación todas las clases de la sociedad, y todas las edades, y no diremos todos los sexos, porque rara vez se veía por allí una mujer, y las pocas veces que entraba una, caía sobre ella, fuéralo o no lo fuese, el sambenito de la liviandad.

Las primeras filas, las de la preferencia, aparecían casi siempre ocupadas por unos ancianos venerables que lucían con impudor sus calvas y la nieve de sus cabellos; alternaban con ellos gente muy moza, estudiantes que allá en el fondo de sus provincias habían soñado muchas veces con *La Coquito*, y venían aquí a hacer tangible su sueño. Desde estas primeras filas, y sobre todo cuando las artistas se creían en el deber de acercarse a la batería, se les veía en sus menores detalles el edificio más o menos armonioso de su cuerpo, incluso aquellas partes recónditas que de antiguo acostumbramos los hombres y las mujeres a llevar tapadas, y que ellas mal cubrían con

unos velillos y unas gasas de transparencia incitante.

Empleados, horteras, algún que otro tratante en vinos de la calle de Toledo, gente que no hubiera cambiado ese espectáculo por una representación de *Parsifal*—ni nosotros tampoco, eso es aparte—, ocupaban el resto de las butacas, en una aglomeración pinturesca. Y arriba, apretujados como carneros en vagón de ferrocarril, con los miembros prensados y sin más libertad de movimiento que la de los ojos, ocupaban la entrada general unos cientos de personas; eran aprendices de taller, vendedores de periódicos, algún soldado que otro, y la gente de los bailes más bajos de Amaniel y las Ventas, gente toda de instintos rectilíneos, que cuando *La Coquito* o la gorda *Rigoleta* echaba fuera de la camisa una de las bolsas pectorales, o se volvia de espaldas y alzaba en alto el promontorio carnal, partido por gala en dos, y con su canal incitante en el centro, rugía, aullaba, pero con el mismo rugido con que las fieras del Retiro dan saltos en sus jaulas cuando ven pasar el carretón en que les llevan la comida.

Sabiamente mezclada con aquellos lobeznos estaba la claque, formada por individuos de idéntica procedencia, y que aunque por su oficio, poblado de escepticismos, parece que debieran estar libres de ciertas sinceridades en sus entusiasmos, eran los que más se enar-

decían en los momentos culminantes. La consigna era estallar en una ovación en cuanto la empresaria movía un dedo, y al llegar a la rumba, número obligado del programa diario, el aplauso tomaba caracteres de aclamación, y el teatro todo retumbaba con temblores líricos.

De vez en cuando, ya empezada la sección, hacía su aparición en la sala un viejecito pulcro, atildado, andando a pasitos menudos e inseguros, como andamos todos en la primera infancia o al salir de una conferencia de Vázquez Mella. El ancianito ocupaba su asiento en la primera fila y permanecía quieto, inmóvil, con los ojos fijos en el escenario, y con la boca entreabierta para dejar paso a la anhelante respiración. ¿Qué goce místico, qué encanto espiritual experimentaba aquel sér a la vista del rostro infantil de *Coquito?* ¿No estaba su naturaleza muerta ya para el deseo? ¿O es que acaso el deseo no muere nunca, como cosa infernal que es?... El buen señor sacaba de cuando en cuando un pañuelo que olía a colonia, y con la mano temblona se limpiaba el sudor de la frente. Al terminar la función, esperaba a que se hubiese alejado el barullo del público, y salía a la calle con su pasito de perdiz y con la mirada en éxtasis, alejándose poco a poco del teatro y acercándose a la muerte.

Como contraste, rara era la noche que no

ocupaba una butaca de orquesta adosada al escenario un tipo famoso: un muchachote de unos quince años, pero grande y robusto como si tuviera treinta, dependiente de una de las pescaderías del barrio, que en cuanto cerraba la tienda se plantaba en el teatro con su mandil impregnado de escamas de besugo y sus zapatones, en cuyas suelas no faltaba nunca alguna sardina machacada. Entrar él y esparcirse por la sala un suave olor a marisco un poco añejo, era todo uno; olor que, por otra parte, enardecia más a los espectadores y resultaba de mucha actualidad en aquellos momentos, gracias a esa relación que la Naturaleza ha establecido entre el olor del langostino y el de cierto desfiladero sexual por donde hemos de pasar todos.

Las ropas, el aliento, hasta los pelos del pescaderito estaban impregnados de ese aroma hasta tal punto, que el vecino de la butaca de al lado, sin más que cerrar los ojos, podia creer que estaba tomando un baño en la playa de Corcubión, donde, según dicen, el marisco abunda tanto, que en las camas de las fondas, en vez de chinches se encuentra uno a media noche quisquillas.

Lo que no podían explicarse algunos espectadores ingenuos es cómo aquel muchacho podía disponer casi diariamente de los seis reales que costaba la butaca de preferencia en el Salón Nuevo. Acerca de esto circulaba una ver-

sión, de cuya autenticidad no nos atrevemos a responder por no existir ningún acta notarial que dé fe del hecho; se decía que el chico, a quien en el teatro llamaban todos *el Percebe*, entraba gratis, teniendo además reservada aquella localidad para siempre que quisiera ocuparla; claro es que a cambio de ello—*do ut des*—él proveía diariamente a doña Micaela de almejas, cigalas, mejillones y demás fauna suboceánica en cantidad mayor o menor, según había sido la sisa de aquel día.

El chico era un verdadero demonio, y había llegado a ser una institución en la casa; durante el espectáculo, las artistas le dedicaban sus mejores cuplés y sus más diabólicas sonrisas, y cuando la letra de la canción exigía alguna de esas alusiones sangrantes en que la víctima es siempre uno del público, *el Percebe* es el que la recogía, como en aquella letra canalla que decía:

«¿Qué me dice usted?
¿Qué me dice usted?
¿Que le pica a usted la cosa?
Pues, hijito, ¡rásquese!»

Todo ello se lo decían al pescadero, y éste, con su cara bonachona, en vez de rascarse, lo que hacía era contestar con otra barbaridad mayor, por ejemplo:

—¿Por qué no bajas tú y me rascas?

El público aplaudía, y el humorismo de *el*

Percebe constituía acaso el número más atractivo del programa; el chico era hombre de ideas propias, y halagado por la caricia de la popularidad, cuando la gorda *Rigoleta* cantaba *La Pulga* y se acercaba donde él estaba, con la camisa en alto, el chico cogía la manguilla del extintor de incendios que había sobre su cabeza y apuntaba con ella al vértice sexual de la artista.

¡Era un ateniense!

Una tarde, estando doña Micaela sentada dentro de la taquilla inspeccionando la venta para la sección de las siete, vió que un muchacho la llamaba desde la calle con timidez:

—¿Hace usted el favor, señora?

—¿Qué pasa?

—Que quisiera hablar con usted; vamos, si no la molesta.

Como el chico iba bien vestido, y además parecía relativamente resuelto a hablar con ella, dió la vuelta por el vestíbulo y salió a la calle. El joven se quitó el sombrero; al ver que ella no hacía ademán de reconocerle, le dijo:

—¿No se acuerda usted de mí?

—No señor.

Pareció sufrir cierto desencanto.

—¿No recuerda usted hace dos años... cuando *Coquito* trabajaba en el Salón Madrid?

—¿Qué pasó?

—Pues que yo, una noche, a la salida de la función, me acerqué a usted en el café del vestíbulo y le dije que su hija me gustaba mucho, y que yo..., vamos..., que yo quería..., si podía ser..., ¿no se acuerda usted?

—Pero, hombre de Dios, en esos dos años se me habrán acercado a decirme lo mismo unas quinientas personas. ¿Cómo quiere usted que me acuerde de cada uno?

—No; pero de mi sí se tiene que acordar en cuanto yo le dé unos datos.

—Vamos a ver.

—Yo le dije a usted que era un estudiante sujeto al poco dinero que mis padres me mandaban; pero que así y todo, privándome del café y del teatro, y de..., bueno de otras cosas como esas, había reunido cuarenta duros y quería ofrecérselos a su hija a cambio de una hora, de media, si ella quería...

—¡Ah! Sí, sí...; ya voy cayendo...

—Que yo ya sabía que ella valía más, mucho más, pero que si quería, como favor especial... yo no se lo diría a nadie.

Doña Micaela rió con ganas:

—Ya me acuerdo, ya. ¡Qué gracioso!

—Ahora, ya se acordará usted también de lo que me contestó.

—No, hijo, no; si tengo una memoria infernal.

—Pues con mucha delicadeza, y dándome una lección, me dijo usted: «Es la primera vez que un mocoso me quiere tomar a mí el pelo. ¿Usted no sabe que mi hija gasta al día más de cuarenta duros en papel de retrete?»—«Tendrá disentería»—contesté yo.

—Muy gracioso.

—Mucho; pero a usted entonces no se lo pareció, pues al oir mi contestación llamó a un camarero y le dijo que me echase a la calle, porque había ido allí a estafarla. Y, encarándose conmigo, añadió: «¡Cuarenta duros! Por ese precio en la calle de Ceres es usted el amo.» Yo aún insistí y, como quien pide una limosna, le dije que si no accedía usted me obligaría a pegarme un tiro, porque estaba loco, loquito por su hija, y a eso, echando lumbre por los ojos, replicó usted: «Suspenda usted lo del tiro, y cuando haya reunido ocho billetes más como esos dos de cien que ahora me ofrece, dese una vuelta por aquí y hablaremos. Por menos de mil pesetas no deshace *Coquito* la cama.»

—¡Caray, y qué buena memoria tiene usted!

—¡Ya lo creo!

—¿Y no se pegó usted el tiro?

—Ya se ve que no.

—No, porque podía habérselo pegado y no matarse.

—Pues, nada, no me lo pegué.

—Bueno, y ahora ¿qué tripa se le ha roto?

—A mí ninguna, ¿y a usted?

Hablaba con aplomo, como quien sabe que no viene a mendigar, sino a dar por las cosas su precio.

—Pues, nada, que seguí el consejo que usted me dió y, casi quitándomelo de la boca, he lo-

grado reunir las mil pesetas... y aquí se las traigo.

Doña Micaela se quedó como si uno de aquellos filetes que se comía cual si fueran sopas en leche se le hubiera atravesado en el gañote, sin pasar ni para atrás ni para adelante.

El chico se imaginó que aquel pasmo era incredulidad y, echando mano a la cartera, extrajo de ella un billete de quinientas y cinco de cien.

—Tome usted.

La dama cambió de tono.

—Venga usted conmigo; aquí en la calle no estamos bien.

Pasaron al teatro, y por el centro de la sala, aún a oscuras, se dirigieron al escenario. El estudiante se alarmó.

—No, por Dios, señora, yo no quiero verla todavía; me daría mucha vergüenza. Es mejor que usted la hable antes y me la prepare.

—No, si no la vemos. Es que quiero hablarle a usted a solas. Vamos a sentarnos aquí mismo; ya nos avisarán cuando vaya a entrar la gente.

Tomaron asiento en la segunda fila de butacas, y doña Micaela le habló como una madre.

—Voy a hablarle con franqueza, pues veo que es usted una persona decente. ¡Si usted supiera lo que me gusta a mi tratar con personas decentes!—Para ella decencia y dinero eran sinónimos.—En primer lugar, no sabe

usted lo que le agradezco que después de dos años se haya acordado de mi hija; en eso se ve que es usted persona de buen gusto, y esto no estará bien que yo lo diga; pero, en fin, ya está dicho.

—¡Y muy bien dicho!

—Ahora, que usted debe tener en cuenta que en dos años han pasado muchas cosas: la chica, en buena hora lo diga, cada día gusta más. Hace quince días, un señor de Málaga pasó en casa dos noches, y al despedirse dejó un cheque de cinco mil pesetas. Ayer mismo, Delmonte, el torero, que estuvo con ella un rato anteayer por la tarde, nos mandó un par de pendientes que ¡ríase usted del brillo del sol en un día de Agosto!... Y otros, cuyos nombres yo no puedo revelar, pero que están muy altos, ¡muy altos!, y hasta un obispo que viene mucho a Madrid y que va por las noches a casa, disfrazado de vendedor del *Heraldo*, y que si ella quisiera dejar esto del teatro y recogerse en casa, quizá que dentro de poco seríamos obispas definitivamente.

Era su obsesión, su manía: todos los personajes de cierto viso, todas las cumbres de la sociedad habían yacido con su hija, cosa que añadía un nuevo blasón a su escudo de madre avisada. Y aunque algunas de aquellas cosas eran verdad, otras, ¡Dios mío!, no existían más que en su acalorada fantasía.

—Usted me ha sido muy simpático, y por

eso lo siento más; pero yo tengo que defender a mi hija, y aunque quiera, por menos de dos mil pesetas no puedo permitir que nadie la toque.

—¡Señora!

—Después de todo, usted no debe apurarse mucho; con la misma facilidad con que ha reunido esas mil pesetas puede reunir otras mil, y ese día ya sabe usted dónde estamos.

No contestó, quedó un momento pensativo, y luego, echando la cabeza en las manos, se puso a llorar como lo que era: como una criatura.

En aquel preciso momento se dió la luz en la sala y entraron los profesores del sexteto. Doña Micaela no sabía qué hacer.

—Vamos, hombre, no sea usted niño; vámonos de aquí, que va a entrar la gente y no quiero escándalos.

El mozo se levantó, y después de limpiarse los ojos, se encaminó a la puerta sin decir una palabra. Ella le siguió por lástima y también por temor a que hiciera algún disparate dentro del teatro; cuando llegó a la puerta llamó a uno de los porteros y le dijo:

—Acompañe usted a este joven al café del Vapor y haga usted que le sirvan un biftec con patatas.

Ella, llena de fe, creía que el biftec con patatas era algo así como una panacea contra toda clase de dolores físicos y morales.

Aquella noche, durante la cena en casa de *La Coquito*, tuvieron la bronca macho la hija y la madre.

Tuvo ésta la debilidad de contar a aquélla la escena con el estudiante, y la muchacha, que ya venía molesta por el criterio inflexible de la madre para admitir pretendientes, aprovechó la ocasión para saltar.

—Eso, madre, de que usted me venda a mí a precio fijo, como se vende el vino en las tabernas, tiene poca gracia, y ya me voy yo hartando.

—No, que será mejor que cada uno te dé lo que quiera, y el que no quiera dar nada, que se marche sin pagar. Si te parece, pondremos un anuncio en el balcón que diga: «Precios convencionales».

Coquito se exasperaba con este modo de argumentar, y empezaba a dar gritos y a romper vasos, estableciendo el imperio de la guerra en el coquetón comedorcito que parecía un nido de paz. Era una pieza pequeñita, con un balcón a la calle de Espoz y Mina, y con los

muros tapizados de papel salmón, que apenas se veían, porque lo tapaban los mil y pico de retratos de Adela en todos los trajes y en todas las posturas; había uno, desconocido del público, en el que aparecía *Coquito* completamente desnuda y sujetándose cada uno de los pechos con una mano, mientras en el rostro se dibujaba una mueca de cachondería tal, que aun en efigie daban ganas de... perjudicarla. El retrato estaba hecho en la Habana, en unos meses de locura que pasó allí, batiendo el record del amor suelto.

En un piano que había en uno de los ángulos de la habitación, cubierto su teclado con un paño de seda verde, fué a estrellarse uno de los vasos arrojados por *La Coquito*, para defender su tesis. La disputa que madre e hija mantenían era tan vieja como el mundo. ¿Qué produce más: lo mucho barato, o lo poco caro? La hija decía que abriendo la mano en el precio, acudirían a ella muchos que la deseaban con ardor—y bien lo notaba ella en las miradas hambrientas que la echaban en el teatro—; pero que no podían permitirse el lujo de gastar en la brevedad de una noche lo que cuesta una yegua inglesa bien criada.

La madre, no hay que decir que sostenía lo contrario. ¿Cuál de las dos tenía razón? La contestación era un ovillo; pero es evidente que si cien cajas de polvos de la casa Gal, a diez pesetas, producen mil, quinientas cajas, a

duro, producen dos mil quinientas. ¿Está esto claro?

En casa de *Coquito* vivía una hermana suya, gorda como un tonel, pero de cara tan fina y bonita, que parecía una Virgen de Murillo; para disolver un poco aquel trust de las grasas, la hermosa mujer se había sometido a un régimen que le había recomendado un sacerdote, padre de dos hijas, que tocaban el violín en un cine de Pontevedra; el régimen era un poco duro, pero eficaz, y consistía en lo siguiente: por la mañana, en ayunas, se pasaba uno—bueno, lo de *uno* es un símil—un paraguas abierto por entre las piernas, y después, sentado en el suelo, con los pies en la pared, se leía un comunicado de la guerra europea tres veces seguidas. Al medio día se podía comer de todo, menos carne, pescado, frutas, legumbres, huevos y lacticinios, y a la puesta del sol procuraba uno meterse en la cama con alguien, y cuando el coloquio amoroso estuviera en todo lo suyo, se suspendía la emisión del pensamiento, para preguntar al compañero: «¿Usted es germanófilo o francófilo?»

Siguiendo a la letra estos preceptos, a los quince días se perdían veinte kilos y treinta pesetas, que era el precio de un bote de emplasto de basalto, que era lo único que se podía comer. Por la noche, en la cama, se notaba que del cuerpo salían unas a modo de serpentinas, que era la grasa desprendida del orga-

nismo; a la mañana siguiente, alrededor del lecho, había una acera con bocas de riego y todo: era el basalto que había hecho su obra mientras nosotros dormíamos.

La hermana de *Coquito*, a causa del régimen, no se sentaba nunca a la mesa con la familia; al oir las voces de la disputa, acudió con toda la ligereza que le permitían sus doscientos setenta kilos.

—Pero ¿es que os habéis vuelto locas?

--Si es que mamá...

—Si es que ésta...

—Pero, ¿qué ha pasado?

Y la madre, que aún no se había calmado, soltó al rostro de su hija el siguiente bofetón moral:

—Pues, nada; que a tu hermana se le ha abierto el apetito de repente y quiere que pongamos a duro el baile, para salir a siete u ocho duros diarios.

Cuando se irritaba doña Micaela se olvidaba de que era persona y no empezaba a calmarse hasta haber soltado una barbaridad muy grande por la boca.

El instinto de las dos hermanas les hizo llamarla al orden:

—¡Madre!... No sabe usted lo que dice.

Coquito, después de esto, no tuvo fuerzas más que para romper en un llanto que era una canturia de iglesia. Aquellos ojos, hechos para la risa y la picardía, eran una fuente de lágri-

mas, que, al correr por las mejillas, barrían el resto de los polvos y el carmín que quedaba en ellas de la función de la tarde.

La gorda se dedicó a calmar a la madre; pronto en la habitación no se oyó más que el jipio de tres llantos distintos. Las disputas entre la madre y la hija acababan siempre así, y ahora, como siempre también, fué doña Micaela la primera que pidió la paz, sin abandonar por eso el llanto. A tropezones, sin que apenas se le entendiera lo que decía, empezó a hablar:

—Adela... hija mía... perdóname...; es que a veces... no sabe una... lo que se dice. Yo... ya ves tú qué querré... más que tu bien; pero... tengo más años y sé que los hombres son todos unos cochinos, y que si los dejaran... acabarían por abusar de ti. Y eso no, ¡vaya!, eso no.

Nuevo golpe de llanto, e intervención de la gorda, que se estaba poniendo nerviosa.

—Vamos, madre, vamos, que tampoco es para tanto.

Coquito se fué al balcón y, apoyada en los cristales, comenzó a hablar, al principio con calma y como si hablase para ella sola, después exaltándose poco a poco hasta llegar al furor.

—Todo el mundo contra mí y yo soy la que he de pagar por todos y la que he de ganar para todos. Y encima se me insulta y se me

obliga, como la otra noche, a acostarme con aquel tío antipático a quien además le olía la boca a entierro de grajos, sólo porque dió quinientas pesetas más que de costumbre. ¡Pues ya me voy yo hartando, ea! Y el mejor día cojo el tren y no me volvéis a ver el pelo en la vida.

—*¡Coquito!*

—Sí, sí; ni más ni menos. ¿Qué os habéis creído, que porque yo diga que sí a todo, y esté conforme con todo, y baje la cabeza a todo, no anda por dentro la procesión? Pues sí anda, y desde hoy en adelante van a cambiar mucho las cosas; y a mí ya no me domina nadie y haré lo que me dé la gana, y me acostaré con quien quiera; ¡pues no faltaba más!

Lo decía, pero era en vano; con su carácter débil y perezoso, seguiría siendo la víctima de todos, que sólo tenía por desahogo a su esclavitud el efímero de decir todas esas cosas siempre que había bronca en casa, o sea cada ocho días.

La madre y la hermana, a fuerza de oir lo mismo siempre, la oían con esa tranquilidad con que se oyen los dicterios familiares que, siempre los mismos, llegan a perder la fuerza, como un disco de gramófono o como un discurso parlamentario. Sólo cuando la chica dejaba de hablar para tomar el tonillo de un llanto que partía las entrañas y parecía no se iba a acabar nunca, las dos parientas se conmovían

y se abrazaban a ella, en un cuadro de ternura a cuyo lado el *Paolo y Francesca* era un atropello de tranvía.

Así ahora *Coquito*, entre lágrimas, murmuró:

—¡Ya veréis... ya veréis cuando no me volváis a ver más!...

Era una paradoja, pero surtió su efecto; las tres se abrazaron como las tres Gracias, y durante unos minutos reinó en la estancia el gotear pantagruélico de las lágrimas.

Idénticas en todo, estas escenitas solían tener el mismo final: cuando los ojos empezaban a secarse y los pañuelos eran ya sábanas de baño o pañal de nene, *Coquito*, muy mimosa, se salía siempre con la suya por el momento, único alarde de libertad que la chica podia disfrutar de cuando en cuando. La madre, que en el fondo, y a pesar de su idolatría por la ternera con patatas, era una sentimental, preguntaba a la hija:

—Vamos, hija mia, vamos, no llores más; haremos lo que tú quieras. ¿Qué es lo que quieres ahora?

Esta vez la chica replicó:

—¡Qué he de querer, madre! Ya lo sabe usted: que llame al chico ese de las mil pesetas. ¿No le da a usted lástima que el pobrecillo se haya tenido que privar durante dos años hasta de bañarse para reunir ese dinero?... Algunas veces parece que no tiene usted corazón.

Doña Micaela lo tenía, aunque no del tamaño del estómago; la prueba es que contestó a su hija·

—Lo llamaré, hija mía, lo llamaré; pero te advierto que te estás arruinando.

Desde que había ocurrido lo del notario, *Coquito* tenía ratos de una inmensa melancolía; algunas noches sufría pesadillas, y al despertarse, si estaba sola en la cama—*aliquando bonus dormitat Homerus*—, empezaba a dar gritos, se daba de calabazadas contra la mesa de noche y, agarrando el cuello de la botella de agua que sobre ella había, se echaba el líquido por las espaldas y se quedaba dormida, húmeda aún, pero con la conciencia tranquila. Si en el lecho, por casualidad venturosa, se había metido alguien—pues hoy día ya se sabe que no se respeta la santidad del hogar, y a lo mejor nos vamos a despertar una mañana y a encontrarnos un recaudador del inquilinato que viene a cobrarnos entre sábana y sábana—, la chica tenía dónde agarrarse sin necesidad de echar mano a la botella, y entonces el que sufría la pesadilla era el otro, que, interrumpido en lo mejor de su sueño, se veía obligado a aguantar sobre su cuerpo el peso—poco y delicioso—del de ella, para una danza morisca, con intercadencias de suspiros y ayes, que

era el único jarabe con el que se le curaban a *Coquito* los malos sueños.

En ellos veía al notario tendido panza arriba en el tapiz del centro de la estancia, con los ojos desencajados y la boca llena de espuma, desfalleciéndole ya el imperativo categórico de la entrepierna, pero pidiendo a gritos a la muchacha que le pegase más y más, siempre más, cual una alfombra que a palos se le saca el polvo.

En estas visiones *Coquito*, como en la escena real de la noche de marras, se transfiguraba: ya no era la niña de rostro cándido e inocente, sino la hembra dueña del mundo por un momento, que, con un palo en la mano, veía cómo todos se sometían a su imperio en un espasmo de esclavitud. Los ojos le echaban lumbre; la boca, de ordinario un poco grande, sangraba ahora por la mordedura de los dientes en un rictus espantoso, y los pechos, aquellos dos divinos limoncillos, blancos como el nardo, se elevaban al cielo endurecidos y con el botón del vértice lleno de amenazas, como el pitón de un toro de Miura.

Toda ella vibraba de orgullo al ver que el poder de seducción sólo de la hembra llegaba a enloquecer al sér humano, como enloquecía a aquel pobre notario, hombre todo prosa hasta que la conoció. Y en aquella exaltación de todo su sér hacía una cosa que, según su cuenta, sólo la realizaba el cinco por ciento de las veces:

entregarse, corresponder con sus liquidaciones interiores—una verdadera liquidación por traspaso, aunque con el notario el traspaso fué sólo moral—a la exterior liquidación de aquel guiñapo humano, que se revolcaba en el suelo como un cerdo en la pocilga.

Por una especie de terror místico, desde que ocurrió *aquello,* la habitación en que la escena se desarrollara había quedado inutilizada para el servicio de la casa de la Prosperidad; *Coquito* no había vuelto a entrar en ella, y, colocando un candado en cada una de sus puertas, la que daba al pasillo y la principal, que se abría a la izquierda del vestíbulo del hotel, se hacía cuenta de que la estancia no existía, y al pasar por junto a ella se santiguaba.

Habían pasado ya dos meses del suceso, y un día en que *Coquito* y su madre pasaban allí una breve temporada, llegó a la casa una muchacha costurera, que se instaló en ella para siete u ocho días, tiempo necesario para confeccionar unos juegos de ropa blanca que *Coquito* necesitaba, y no para escena ciertamente: en escena se presentaba casi como la echó al mundo doña Micaela, y si se hubiera atrevido a sacar siquiera un *matinée*, el público la habría lynchado para repartirse luego sus vestiduras. ¡Cuando decimos que era una mártir!

La primera noche de estancia en la casa, doña Micaela, no sabiendo dónde meter a dormir a la obrera, la colocó en un catre que puso

en el cuarto del notario, como se le llamaba ya, y sin que *Coquito* supiese nada. La chica se acostó antes de que la madre y la hija volviesen del teatro y se durmió de un tirón, como se duermen los justos que además han trabajado catorce horas diarias.

A eso de las tres volvieron del teatro madre e hija, solas, por casualidad, pues hay días aciagos, y se dispusieron tranquilamente a acostarse. *Coquito* dormía en una habitación que estaba contigua al comedor, y la madre en otra, al lado de ésta y comunicadas junto al techo por un montante, que se disimulaba con una cortina de gasa; cuando *Coquito* no estaba sola en su estancia, la madre lo oía todo: desde la conversación de los dos amantes de un momento hasta esos ruidos isócronos y alechugados que los muebles producen en ciertos instantes de la vida, como si se quejasen de que se les someta a cierto forzoso celestinaje. Todo lo oía y todo lo saboreaba doña Micaela. ¡Era el espionaje, el sitio en regla captando un cuerpo y una voluntad!

Coquito se estaba desnudando para meterse en la cama; era la cuarta vez al día que se desnudaba. La falda y la blusa habian caído ya al suelo, como caen las gotas de la lluvia sobre el sombrero de paja recién comprado el día en que se le ocurre a usted salir a la calle sin paraguas. En la habitación vecina, su madre, la noble dama, ha tiempo que roncaba, a

compás de tres por cuatro, en la primera juventud de una digestión preñada de promesas hepáticas.

Era la hora en que a *Coquito*, al retirarse sola, la asaltaban fantásticos terrores; en la casa no se oía ningún ruido humano, pues los ronquidos de su madre no eran humanos; afuera, en la calle, cantaba el mirlo, y por el arroyo, mal empedrado, marchaba un *milord* desvencijado hacia su encierro, como una fúnebre comitiva. En el ambiente había sahumerio de dolor y sábanas puestas a secar en los balcones.

De pronto, de la otra parte de la casa, hacia donde caía el fatídico cuarto del notario, llegaron a los oídos de la joven, que en aquel momento se disponía a lavar su conciencia en un *bidet* bizantino, unos ayes lastimeros, quejumbrosos, acipresados, como los que daría un sujeto a quien quisiesen ponerle a la fuerza una irrigación ancestral, o leerle, más a la fuerza todavía, un artículo de fondo.

¿Qué era aquello? *Coquito* se estremeció y el agua del *bidet* tembló en su recipiente como el Océano movido por la brisa. Los quejidos seguían, y la chica, como un nene de tres años, gritó instintivamente:

—¡Mamá! ¡Mamá!

El compás de tres por cuatro del ronquido de doña Micaela fué aminorando su ritmo.

—¡Mamá!—gritó con más fuerza la chica, a

tiempo que una espantosa voz de ¡socorro! retumbó por toda la casa.

Doña Micaela volvió en sí, y, a través del montante, dijo:

—¿Qué quieres, hija? Duérmete.

—Venga usted pronto, mamá, que tengo mucho miedo.

—Pero, ¿qué pasa?

—Venga usted pronto, que hay ladrones en la casa.

—¿Qué dices, hija?

—Pero, ¿no ha oído usted nada?

—No, no; pero allá voy.

La ilustre dama, al echarse de un salto de la cama, tuvo el acierto de meter uno de los pies en la plenitud del vaso de noche que debajo de ella había. ¡Ladrones en casa! Como en las novelas y en las películas del cine. Cuando le sorprendió el grito fatal, estaba ella entregada a un sueño de las mil y una noches; soñaba que tenía delante un ternero lechal asado al horno, y que lo estaba despachando en compañía de un surtidor de patatas asadas que salía del interior de un palimpsesto con sólo apretar un timbre eléctrico. ¡Qué pena!

Cuando oyó los gritos de su hija, pensó que acaso se tratase de una pesadilla en ella tan frecuentes por aquellos tiempos, pero como al acudir a su lado—envuelta en una sábana, pues doña Micaela dormía desnuda, porque decía que la ropa es un pretexto que los hom-

bres han inventado para no bañarse—oyó los aullidos fatídicos, ya no pudo dudar: en la casa habia entrado alguien, y no a cobrar el inquilinato precisamente.

Los gritos eran los siguientes:

—¡Socorro! ¡Favor! ¡Que me matan! ¡Vaya un tío cochino!

La dama, que como buena meridional tenía un volcán en el sitio donde los demás tienen la imaginación, reconstruyó la escena en medio segundo: en casa había entrado alguien, ello era evidente; pero no había entrado a llevarse dinero, ni a matar a nadie, sino a *filtrarse* a *Coquito* impunemente y sin soltar un cuarto; habia llegado a la habitación donde dormia la modista, y, tomándola por su hija, la había *germanizado* en su mismo lecho.

¿Qué otra cosa podía ser? Adela inspiraba deseos tan fuertes, que hasta al escalo llegaban por ella... ¡Cielos! una sospecha la asaltó. ¿Sería el estudiante de las mil pesetas el que, en vez de pegarse un tiro, había decidido comprarse una escala de mano y tomar por asalto al objeto de sus ansias, como quien toma un parapeto? Fuese lo que fuese, había que evitarlo a toda costa.

Cuando comunicó a su hija su pensamiento, ésta estuvo a punto de llamarla imbécil.

—Parece mentira que tenga usted más de cuarenta años, mamá. De manera que una mujer ¿se iba a quejar e iba a armar ese escánda-

lo porque al despertarse a media noche se encontrase conque la estaban... haciendo madre? ¡También es usted ingenua!

—Mujer, como dice ella que es soltera...

—Pues por eso precisamente.

Según *Coquito,* se trataba de algo más serio; no había más remedio que ir allá, pues llamar al sereno, y que luego resultase que el origen de todo aquel escándalo era un ratón que se había metido—oliendo a queso Rochefort—por el pasadizo sexual de la costurera, era hacer un poco el panfli y exponerse a un bochorno.

—Vaya usted delante, mamá; yo iré detrás.

Doña Micaela, como arma defensiva y ofensiva, cogió el vaso de noche de su hija y se lanzó por los pasillos blandiendo su arma y gritando:

—¡Alto ahí! ¡Arriba las manos!

Esto lo había visto ella en una de las obras policíacas del teatro Price, y creía que era de un gran efecto, lo mismo si los asaltantes estaban violentando una caja de caudales, que si estaban explorando ciertos recodos genésicos de la propiedad de la huésped.

Coquito pensó sabiamente que el mejor modo de desarmar a los ladrones—lo de desarmar es otra paradoja—lo tenía en su mismo cuerpo; echó, pues, a andar detrás de la autora de sus días, y con ambas manos se subió hasta los sobacos la camisa de dormir, dejando al descubierto cosas que seguramente con su sola con-

templación bastarían para que los forajidos rindiesen armas y se concertase un armisticio que pusiera fin a la contienda.

Apenas habían echado a andar, los ruidos cesaron como por encanto: seguramente las habían oído y se habían puesto en guardia. *Coquito* temblaba: eso sí, se había jurado no entrar en el cuarto del notario aunque de su entrada dependiese su vida.

Atravesaron el pasillo, llegaron al comedor, y no habían andado dos pasos dentro de él, cuando la puerta del cuarto famoso se abrió con estrépito, y la modista salió pálida, con la faz desencajada y con la camisa recogida a modo de turbante en lo alto de la cabeza. Doña Micaela encendió la luz eléctrica, y la joven fugitiva se echó a sus brazos presa de terrores milenarios.

—Doña Micaela, ¡por Dios! *Coquito*, no me dejen ustedes sola. ¡Ay qué miedo!

—¿Qué te ha pasado, hija mía? ¿Cuántos, cuántos?...

—¿Cuántos qué?

—Cuántos hombres han entrado...

—Ninguno, si todo ha sido un sueño.

—¿Qué dices?

—Lo que ustedes oyen: un sueño, una pesadilla horrible. Pero ¿qué tiene esa habitación, que parece que las paredes hablan?

Coquito se estremeció y acudió a refugiarse al grupo de su madre y de la otra; poco a poco

ésta fué pasando de los brazos de la madre a los de la hija, y ya en ellos, habló con más calma.

—Sí; tengo la seguridad de que todo ha sido un sueño, porque ahora al despertarme he encendido la luz y no he visto a nadie: las dos puertas de la habitación estaban cerradas por dentro, como yo las he dejado al acostarme, y he tenido el valor de mirar debajo de la cama, y tampoco había nadie.

Adela, medio llorando, preguntó:

—Pero ¿qué ha soñado usted?

—Una cosa espantosa: figúrese usted que de pronto veo que se abre esta puerta y entra un hombre alto, pálido, muy pálido, como un muerto—la joven, sin saberlo, estaba dando las señas del notario famoso—y de un salto coge mis zapatos y se planta con ellos encima de la cama: uno lo llevaba en la boca y chupaba de él como si fuera una pastilla de café con leche de Logroño, recibida esta mañana, y el otro me lo ofrecía a mí y me decía: «Toma y pégame con él hasta hacerme sangre, y si no me pegas muy fuerte, yo mismo, con mis dos manazas, te estrangularé». Yo empecé a pegarle, pero él no hacía más que decirme: «más, más», hasta que yo, cansada, fuí a dejarlo, y entonces él se echó sobre mí, con ánimo sin duda de estrangularme. Entonces, y a los gritos que, por lo visto les han despertado a ustedes, me desperté yo también.

—Pues, hija, nos ha filtrado usted—replicó doña Micaela, un poco enojada—; yo creí que, por lo menos, la estaban a usted haciendo un par de gemelos.

Adela no se atrevía a hablar. ¿Qué misterio era aquél? ¿Qué flúido envenenado había dejado en las paredes de aquel cuarto el notario maldito? ¡Qué bien había hecho ella en no querer entrar en la habitación! Pero las quejas de la joven la apartaron de sus fatídicos pensamientos.

—¡Ay, por Dios! No les pido más sino que no me dejen pasar la noche ahí sola. Yo dormiré en la carbonera, en el retrete, pero ahí no, ahí no.

Lo repetía como huyendo de una obsesión.

Hasta entonces no se había fijado *Coquito* en la singular belleza de aquella joven; el pelo era rubio, de ese rubio oro que, al caer sobre los ojos, da a la cara una lúbrica expresión de deseo, y el cuerpo ahora al aire, en la precipitación de la fuga, era un armonioso conjunto de entrantes y salientes que se amplificaban en la línea de los pechos y de las caderas; en ese lugar de la entrepierna, de cuyo nombre no quiero acordarme, había un mechoncito de guedejas rubias, aunque de un tono más oscuro que el pelo de la cabeza, y rizadas con un sortijeo que hacía recordar los escaparates del Trust joyero. Y por detrás, al final de la espalda, en esa región del cuerpo humano donde

parece que la Naturaleza se ha complacido en mostrarnos la fuerza de su poderío, las dos tortas de carne blanca se hallaban separadas por una raya de negro humo, que al llegar a la mitad de su camino se partía en cruz hacia los cuatro puntos cardinales.

—No me dejen sola, no me dejen—seguía suplicando, con los ojos entornados, en los que unas ojeras tan grandes que parecían pintadas hacían sombra a las pupilas.

Doña Micaela no decía nada: se había dejado caer en una silla, como pesarosa de haber abandonado el lecho por una futesa.

Pero la hija, cuyo corazón en ciertos momentos era un cordial recién sacado del horno, se compadeció de la pobre chica, y acariciándole con suavidad los pelos de la nuca, le dijo llena de emoción:

—No se apure usted, joven: se vendrá usted a mi cuarto, y así, si pasa algo, lo que sea de una que sea de las dos.

La enlazó por la cintura, mientras ella daba las gracias:

—Ay, pero yo no quisiera que por mi culpa, usted... se...

—No, tonta, no: si no es molestia.

Con suavidad la llevó hacia su cuarto, mientras la madre, con los ojos medio cerrados, decía:

—Hijas mías, haced lo que queráis; yo no puedo más, y voy a meterme en la cama.

Al llegar aquí hay que advertir al lector que lo que pasó en el cuarto de *La Coquito*, cuando ya las dos jóvenes estuvieron metidas en la cama, yo no lo vi, desgraciadamente, y, por lo tanto, no puedo atestiguar de su absoluta veracidad; a mí me lo han contado, y como me lo contaron lo cuento, haciendo la salvedad de que acaso todo ello no sea más que una calumnia arrojada sobre las aficiones sexuales de la artista. Si no es verdad, debiera serlo, porque el espectáculo de dos cuerpos de mujeres hermosas, haciendo ciertas cosas, es siempre una nota de arte en estos tiempos de prosaísmo.

Y lo que a mí me han contado es lo siguiente: al entrar en la habitación y cerrar por dentro la puerta, las dos jóvenes quedaron así como suspensas y sin saber qué decirse la una a la otra. Como ya estaban desnudas, no tuvieron que pasar el trabajo de desnudarse, que siempre lo es, sobre todo cuando el vestido va abrochado con automáticos a la espalda.

Coquito se dirigió al lecho, sentóse en él y dijo a la otra, tuteándola ya, acaso sin darse cuenta:

—Anda, acuéstate aquí.

Y la otra, que se había quedado en medio de la estancia, arreglándose un poco los pelos, replicó.

—Ay, no, no; yo me acostaré aquí, señorita, en esta *chaise longue*—dijo, señalando a una que había junto a un gran espejo.

—Vamos, no seas tonta; si es que te da asco acostarte donde yo me he acostado, lo dices, y te pondré sábanas nuevas.

—¡Por Dios, no diga usted eso!

Y para demostrar que no había tal cosa, se metió en el lecho, donde ya *Coquito* le había hecho lado; la joven se quedó en la misma orillita, como no queriendo molestar.

—No hablaron más, y la dueña del cuarto apagó la luz por medio de la pera que tenía sobre su cabeza.

Por el silencio y por la respiración anhelante de las dos, parecía que se habían quedado dormidas; pero el miedo, como el valor, hace milagros, y la modista, poco a poco, acaso inconscientemente, fué metiéndose en el centro de la cama, mientras la compañera se acercaba también, sin duda porque, como dice la Física, los cuerpos se atraen, si no hay en medio quien lo estorbe.

Como el camino a recorrer era corto, tardaron poco en encontrarse las dos en el centro del lecho, y sus epidermis establecieron un contacto tenue, hasta que *Coquito*, acaso en

sueños y sin saber lo que se hacía, soñando acaso que estaba oprimiendo el botón de un timbre, puso su mano derecha en el pectoral izquierdo de la costurera. Los pechos de ésta, al revés que los de la artista, eran amplios, exuberantes, aunque sin llegar a la monstruosidad, y los dedos de la creadora de la rumba notaban palpablemente este contraste, recorriéndolos en toda su extensión y deteniéndose más especialmente con el índice en el nutritivo botoncito del que todos hemos chupado cuando pequeños, y del que después, sin duda por atavismo, seguimos chupando siempre que nos dejan. La modernista invención del biberón ha privado a los pequeñuelos, en mal hora, de este aprendizaje, que más tarde echarán de menos.

Al sentirse tan directamente aludida la modista, no dijo palabra, pero aumentó la velocidad de su respiración, trocándola ahora en un tenue quejido de deseo y apetito.

La diabólica *Coquito* no se había enterado bien, por lo visto, de las condiciones físicas del saliente de su amiga, y siendo insuficiente el palpeo con la mano, apeló a un medio de indiscutible eficacia, y fué que se incorporó un poco en el lecho, cogió con una mano uno de aquellos meloncillos que hacían rugir al público del Salón Nuevo al enseñarlos durante un segundo en la rumba, y lo colocó encima del compañero de su amiga, perfectamente

acoplado, de tal modo que, botón con botón, casaban como automáticos macho y hembra. Cuando tuvo hecha la colocación, comenzó a moverlos de modo concéntrico y con marcha acelerada, hasta llegar a la furia. Y todo esto sin que ninguna de las dos hablase una palabra. ¿Para qué? Las dos se iban entendiendo a maravilla, y el lenguaje hablado, siempre imperfecto, hubiera sido una profanación en aquellos momentos solemnes.

Con el movimiento, que cada vez era más agitado, se fué aumentando el anhelar de la respiración, y la pierna derecha de *La Coquito* fué subiendo, subiendo sobre las de la otra como sube el ascensor de una escalera cuando no va dentro algún señor gordo. Un esfuerzo más, y ya el cruce de las cuatro piernas era perfecto, y al quedar las dos en posición de bis a bis para un rigodón diabólico, claro es que ya no fueron dos pechos solos los que se juntaron, sino dos meloncillos y dos sandías en plena madurez.

El calor empezó a ahogarlas, y *La Coquito*, de un puntapié, dejó caer a los pies de la cama la sábana que las cubría. Lector, el espectáculo que entonces se ofreció a la vista de las mudas paredes de aquella alcoba, es uno de esos espectáculos que no se anuncian en los periódicos, porque a la Prensa moderna aún le queda mucho camino que recorrer para llegar a ser una cosa definitiva; yo no pude

gozar de él, porque aquella noche y a aquella hora tenía yo mucho que hacer en la calle de la Libertad, donde se inauguraba un almacén de sesos huecos con su órgano eléctrico y todo.

Coincidió el descorrer del telón con la perfecta formación del bloque que constituían aquellos dos cuerpos de diosas. ¿Por qué sitio no era perfecta la unión? ¿Por la boca? Pues ya estaban unidas, llevando, como en todo, Adela la parte activa, y siendo su apéndice lingual el que fué a buscar en parajes hermanos un caño más de la fuente castalia, inmortal y vieja como el mundo.

Y a todo esto, en la habitación contigua, doña Micaela, que no había podido coger el sueño, efecto de ese nerviosismo especial que produce la proximidad de una tormenta, dándose cuenta clara de lo que estaba pasando al otro lado del tabique, se volvió de espalda a la pared, mientras pensaba:

—«¡Pobrecitas! Mientras se entretienen en hacer eso, no gastan dinero.»

La obra de aquellos dos cuerpos jóvenes continuaba: como en las películas cinematográficas, ya todo era cuestión de movimiento, y éste empezó lento, acompasado, girando los dos cuerpos en sentido inverso, y teniendo como estación central de todo ese movimiento el vértice sexual. Las piernas de la modista, gruesas y firmes como palos del telégrafo, ini-

ciaron un movimiento envolvente contra los flancos del cuerpo de *Coquito,* y bien pronto la cintura de ésta se hundió bajo el peso de un muslo robusto y torneado que parecía una tenaza; el movimiento, uniformemente acelerado, iba llegando ya al mayor grado de intensidad, y el promontorio trasero de la artista se hundía como sumido por el desfiladero de la otra, en cuyo interior debía hacer a aquella hora una temperatura de alto horno.

No se ha inventado aún un aparato para recoger y aprovechar toda la electricidad que en un momento así desarrollan dos cuerpos femeninos; de haberse inventado, el alumbrado de ciertas poblaciones sería ya un problema resuelto, y el precio del kilovatio bajaría hasta el extremo de que cien de ellos valdrían menos que una media tostada. Si hubiéramos puesto nuestras manos sobre alguno de aquellos dos cuerpos en esta ocasión—¡goloso!—seguramente habríamos recibido una descarga eléctrica: ya la cama crujía en un quejido acelerado, y comenzaron a oirse por primera vez en el curso de la operación las voces de las dos muchachas: eran unas palabras aceleradas, animándose, acariciándose, ofreciendo y pidiendo el Paraíso para dentro de unos segundos.

Y a todo esto, la marcha de los cuerpos era ya de sesenta frotaciones por minuto, y, como se aproximase el desenlace, la de abajo abrió

las dos piernas, las cerró sobre la espalda de la otra, que subió en vilo, y apretó como si fuera a cerrar un baúl.

Ya estaba allí la sartén: en una última convulsión, *Coquito* acudió con la boca a los cabellos rubios de la otra, limpios y bien olientes, y los mordisqueó en un ataque de furia. Hubo un grito, un último grito salvaje, y la operación quedó terminada a conciencia y satisfacción de las dos.

Sin moverse, sin separarse siquiera, quedaron extáticas y en un abandono general de miembros; las respiraciones eran ya amplias y sosegadas; los ojos de *Coquito* estaban cerrados, y los de la costurera abiertos, muy abiertos, y perdidos en un paraíso lejano.

Así estuvieron largo rato; doña Micaela, cogido ya el sueño al arrullo de los ruidos vecinos, roncaba como en sus mejores años, y con la tranquilidad serena de un justo.

¿Cuánto tiempo pasó? No lo sabemos, porque se nos paró el reloj; pero, sin duda, el suficiente para que *Coquito* volviese de su colapso. Con voz quebrantada, mimosa, llamó a la otra:

—¡Oye!

—¿Qué quieres?

—¿Cómo te llamas?

—Venancia.

Hablaba despacio, como avergonzada, tal y como si, al volver a la realidad después de

aquel delirio de algunos minutos, sintiese rubor de lo que había hecho.

—¿Quieres que encienda la luz?

—No, no; luego...

—Anda, para verte; quiero verte así...

—No, no, *Coquito,* que me da mucha vergüenza.

—¡Tonta!

Y entonces Venancia, en un tono que era a la vez una súplica y una invitación, añadió:

—No te quites... Yo aún no estoy cansada...

La respuesta fué un beso que estalló estrepitosamente en el silencio augusto de la alcoba. Y tras el beso vino algo diabólico, algo infernalmente travieso que haría temblar a Lucifer en su despacho del Averno: *Coquito,* lentamente y abrazando con fuerza el cuerpo de Venancia, inició una vuelta completa, estando primero las dos de costado sobre el lecho, y acabando el juego quedando la artista debajo, y viceversa.

No hay que decir los contactos, las bromas, las picardías a que dió lugar la operación, y cuando estuvo terminada, Adela preguntó:

—¿No estás mejor así?

—Como tú quieras.

—Lo hago para que descanses; ahora el esposo eres tú.

Pero la modista pesaba más que *Coquito*, y ésta tuvo que aguantar la dulce pesadumbre de aquellas carnes de una suavidad extraor-

dinaria, y como Venancia iniciase el movimiento de antes, pero ahora con más libertad, porque ningún peso la cohibía, la otra, admirando aquella maestría y aquel saber acoplarse con perfecta justeza para que en ningún caso quedase un hueco sin llenar—y un poco desengañada, pues se había hecho la ilusión de estar gozando una primicia—, le preguntó:

—Oye, con franqueza: ¿no es la primera vez, verdad?

La otra no contestó.

—Anda, dímelo.

—Mujer, así la primera, la primera... ten en cuenta que tengo veinte años.

—Y ¿quién fué la primera?

Calló otra vez, y por fin, medio riendo, dijo:

—Me da mucha vergüenza.

—Vamos, anda; pues sí que eres hipócrita.

—Pues fué... mi hermana...

—¡Arrea!

—Te advierto que yo apenas me dí cuenta: fué una noche en que nos tuvimos que acostar juntas, porque en mi cuarto estaban de obra. Sin decirme nada, empezó a acariciarme, como tú esta noche, y cuando me fuí a dar cuenta, ya estaba encima, diciéndome que aquello era una moda que habían sacado ahora para dormir, y que era una gran cosa, pues así se tenía el sueño más tranquilo.

—¡Y es verdad!

—Eso decía ella.

—Y ¿cómo es tu hermana?

—Pues alta, más alta que yo, y morena, muy morena. ¡Tiene un pelazo! Y luego, yo no sé por qué será, pero en ciertos sitios, por ejemplo, en la planta de los pies, tiene más pelo que un hombre.

—¿Es que tú le has visto a algún hombre la planta de los pies?

—¡Mujer! Pero se lo figura una.

—Ya, ya.

—Qué mal pensada eres. ¡Hay que verte!

—Me la tienes que traer un día.

—¿A quién?

—A tu hermana.

Le dió un fuerte pellizco en un brazo, mientras, un poco celosa, le decía:

—Oye, guarra, ¿no tienes bastante conmigo?

Y como en toda esta conversación no habían dejado de moverse, tuvieron que suspenderla, porque ambas, en el interior de su cuerpo, recibieron un aviso telefónico que llamó la atención sobre ciertos parajes. Se repitió la escena de momentos antes, acaso con más brío, y tras ella, ya buscando un descanso reparador, se separaron relativamente las jóvenes, yendo cada una a ocupar su puesto en el lecho.

Sin embargo, sus manos seguían unidas, y asi se fueron quedando dormidas cuando la primera luz del alba comenzaba a entrar por los intersticios del balcón.

A las once, doña Micaela aporreó la puerta de la alcoba con insistencia.

—Vamos, niñas, que es muy tarde.

Despertó primero *Coquito*, y dijo a su madre:

—¡Ay mamá; déjanos otro ratito más!

—Pero si es tardísimo.

—Si es que nos hemos quedado dormidas muy tarde; hemos tenido insomnios.

—Bueno, bueno; pero tomad el desayuno siquiera. ¿Queréis que os lo entre?

Venancia se despertaba en aquel momento, entre desperezos, y casi dormida aún, sin saber a punto fijo de lo que se trataba, al oir lo de entrar alguna cosa, replicó con vehemencia:

—¡Ay! Si, sí, que me lo entren.

Tomaron café con leche y bollo suizo, allí, sobre la cama. *Coquito*, al ver los bollos, los señaló a la otra, y ambas rieron.

No habrá que decir que durante el desayuno hubo sus bromas deliciosas, tales como quitarse la una a la otra una sopa de la boca, echarse parte del tazón de café con leche por el pecho abajo, y luego recogérselo y secárselo con la lengua la misma que se lo había echado, y otros aticismos por el estilo.

Por fin, decidieron levantarse; mientras se lavaba Venancia, comenzó a darse clara cuenta de lo que había hecho: había tenido en sus brazos, gozándola, a la célebre *Coquito,* a la

mujer más codiciada de España entera, cuyo nombre pronunciaban todos pasándose la lengua por los labios, y la cosa había ocurrido casi en broma, empujadas por la casualidad, que había poblado de fantasmas invisibles su alcoba de primera hora de la noche.

Cuando su hermana se enterase, ¡cómo iba a rabiar de envidia... la muy puerca!

La primera dificultad con que tropezó doña Micaela cuando quiso cumplir el encargo que su hija le diera, de buscar al estudiante de las mil pesetas, fué la de que no sabía dónde buscarlo.

En sus conversaciones, ni le había dicho quién era, ni cómo se llamaba, ni dónde vivía; en estas condiciones, ponerse a buscarlo era empresa tan insensata como buscar en Madrid un prestamista que diese dinero a menos del 60 por 100.

Cuando se lo dijo a *Coquito,* ésta hizo un mohín de contrariedad:

—¡Válgame Dios, mamá! Pero ¿cómo no se te ocurrió preguntarle, por lo menos, el nombre?

—¿Y para qué? Como yo no pensaba ir a buscarlo...

—¡Ni yo tampoco lo busco! Ya sabe usted que no acostumbro buscar a nadie; ha sido él el que ha venido a buscarme a mí, por medio de usted, y con el dinero en la mano, que es como usted los quiere.

—Con la mitad del dinero en la mano.

—Bueno, no discutamos; si ese chico se ha pegado el tiro por culpa de usted...

—¡Tiraban!

—Bueno, ojalá que no; pero pongamos que sí. ¿Es que iba usted a seguir durmiendo con tranquilidad por las noches?

—Dormiría de día, como los serenos.

—Bueno, tómelo a broma—. *Coquito*, para ser original en todo, hablaba a su madre indistintamente de tú o de usted, según caían las pesas—. Yo, en cambio, pase lo que pase, tendré la conciencia muy tranquila.

Eso del tiro no lo había echado en saco roto Adela; no le parecía inverosímil que un hombre se matase por no poderla conseguir, y hay que convenir que tenía razón para pensar así, pues por mujeres y cosas de mucho menos valor que *La Coquito* ha habido quien ha tomado pasaporte para el otro mundo. Yo conocí en Murcia un chico de dieciocho años que se tiró por la torre de la catedral porque en un baile del casino la noche anterior lo sorprendieron con la bragueta abierta mientras bailaba unos lanceros; cuando el Juzgado acudió a levantar el cadáver, vió con asombro que en el pantalón no tenía un solo botón, pues sin duda uno a uno se los había ido arrancando el suicida poco antes en un rapto de furor.

Coquito, que la noche antes había regalado tan espléndidamente su cuerpo a una pobre modista, no quería que por dejar de ponerlo a

la disposición de un sujeto, que no quería regalos, sino que daba mil pesetas, se pegase éste un tiro, como el de Murcia, no porque le diera vergüenza tener la bragueta abierta, sino porque le daba rabia todo lo contrario.

Habían pasado varios días, y ya madre e hija se iban olvidando del muchacho, en la imposibilidad de buscarlo por parte alguna y en la poca probabilidad de que él solo se presentase de nuevo a recibir la tercera repulsa.

La chica leía con avidez todos los días la sección de sucesos de los periódicos, fijándose especialmente en los suicidios; pero no encontratraba nada. Sin embargo, un día leyó una cosa que la llenó de espanto: era un suelto que decía así: «Ayer puso fin a sus días, arrojándose al paso de un coche fúnebre, en la calle de Alcalá, un joven de dieciocho años, llamado Dionisio Alvarez Macatruque. El suicida, que en la edad en que todo sonríe—menos el catedrático de Derecho Canónico y el de Patología, decimos nosotros—abandona este mundo, ha sido una víctima de los festejos organizados este año por el Ayuntamiento, pues en la *fiaccolata* del jueves último le dieron un golpe en la cabeza con una de las monumentales farolas que cayó al suelo desde la carroza titulada *Venus y sus acreedores*, y de resultas del golpe se quedó más loco que una cabra. La locura le ha impulsado a tomar la fatal resolución del suicidio; en el mismo coche fúnebre que le ha

servido de apisonadora, ha sido conducido al cementerio del Este, sin volverlo a Madrid, para evitar molestias al cadáver y a los médicos forenses; además, así el entierro le sale gratis a la familia, y para ello ha bastado con que el fiambre que ocupaba en propiedad la carroza—un obeso contratista de obras públicas, muerto en la becerrada del gremio—se corriese un poco a un lado para dejar sitio al nuevo compañero de pasaje en la canoa automóvil de Caronte.»

Con los ojos fuera de las órbitas, el pelo en desorden y las manos crispadas, *Coquito* corrió en busca de su madre para que le descifrara aquel enigma. ¿Sería éste? Y si era, ¡qué pena, qué remordimiento, de tronchar así en flor la lozanía de una vida por mil cochinas pesetas!

Felizmente, la madre la consoló; no, no era posible que fuera aquél. Un hombre tan romántico y exaltado no era posible que muriera de modo tan prosaico; lo menos que habría hecho sería pegarse un tiro o leerse un tomo de poesías de Heine traducidas al castellano por un autor catalán.

Doña Micaela era una optimista; para ella Schopenahüer era un sargento de Orden público que padecía del hígado, y la muerte no era más que una cosa que los hombres han inventado para hacer más llevadera la vida, frase que ella había oído a uno de los autores del

Salón Nuevo una noche en que estaba inspirado.

¿Cómo iba a creer ella en el suicidio del estudiante? No; el que tiene una esperanza, aunque sea remota, no se suicida, y aquel joven, en el cielo de su vida, veía brillar una esperanza: *La Coquito*.

La vida, con sus cambiantes irisados—¡ay, Jeroma!—, se encargó pronto de dar la razón a doña Micaela. Aquella noche, mientras su hija y demás compañeras del elenco representaban un apropósito titulado *La bajada es por delante* —a propósito para devolver la cena, con sus incidentes, de un realismo descarnado—, la madre, desde uno de los palcos del interior del escenario, donde tenía costumbre de colocarse a modo de atalaya de lo que en la sala y la escena sucedía, vió en el número 8 de la segunda fila el rostro de niño y de soñador del pobre estudiante de las mil pesetas.

La noble dama se conmovió, cosa que no le ocurría más que dos veces en la vida: cuando veía una corrida de toros de Miura y cuando—*¡rara avis!*—se cortaba los apéndices córneos de los dedos pedestres.

Al bajar el telón, salió corriendo en busca de su hija:

—¡Ahí está!

—¿Quién?

—¿Ves cómo yo tenía razón?

—Pero ¿quién es?

—El estudiante.

—¡Ah!

—¿Lo llamo?

Quedóse en suspenso; en realidad, ahora ya la parecía un poco fuerte eso de ir en busca de un hombre, aunque este hombre hubiese ido antes en busca de ella.

—Bueno; pero... de cierto modo.

—Mujer, eso corre de mi cuenta.

Doña Micaela esperó a que terminase la función, sin dejar de observar, cuando el telón estaba levantado, al joven de la segunda fila.

El pobre tenía esa cara de tristeza resignada que adoptamos todos en presencia del fracaso definitivo de nuestras ilusiones, o cuando habiendo puesto todo nuestro amor en la compra de unas botas, notamos, con desgarramientos en el alma, que nos han resultado estrechas.

En su carita, alargada y sonrosada, había el surco violeta de unas ojeras, y en sus ojos, el melancólico dilatar de la pupila denotaba que el mancebo había intentado consolarse de los desdenes del sér amado, perturbando el silencio de su yo nocturno con manipulaciones indostánicas.

Doña Micaela, ducha en menesteres de tercería, aguardó a que la función terminase, y, a la salida del público, se hizo la encontradiza con el estudiante en el mismo vestíbulo.

La gente salía apretándose despacio, con

esa tristeza del placer de la carne que no se ha satisfecho a derechas, y la mayoría encendía un cigarrillo, que es también otro síntoma de hastío sexual.

El mozo la vió cuando ella, con su desparpajo habitual, comenzó a llamarlo por señas. Desde el día de autos él sentía hacia la dama ese desprecio hiperclorhídrico que a nosotros nos inspiran la mayoría de las conferencias del Ateneo y casi todas las letras de cambio. Como contestación a sus primeros mohines, el joven se limitó a sacar la lengua en un ademán de emperador; pero como ella siguiese llamándole, y hasta iniciara un intento de aproximación, él se dejó querer, y, acercándose a su vez, se revistió de un supremo desdén para decir:

—¿Qué quiere usted de mí, falsa señora?

Pero la dama, que no entendía de endecasílabos, le contestó:

—¡Hola! Gracias a Dios que le echo a usted la vista encima.

—¿A mí?

—Le he buscado por todas partes durante dos semanas.

—¿De cuándo acá se buscan halcones y palomas?

A partir de aquí se desarrolló un diálogo poético de puro siglo XVI, en el que la madre de *La Coquito* representaba a maravilla, y sin darse cuenta, una de aquellas damas de media

edad, que, habiendo conocido todos los recovecos y pasadizos del amor en su juventud, se dedicaban a facilitar aproximaciones y ayuntamientos con un calor y un ardor verdaderamente evangélicos. El galán, en cambio, era uno de aquellos Lindoros y Lucindos, flor de las rejas y ventanas, cola de vestido de todas las damas hermosas, y corolario obligado de toda intriga.

—Pues digo que...

—Nada bueno para mí será lo que diga.

—Se equivoca usted.

—¿Que me equivoco?... En tal caso, el engañado no soy yo, sino mi propio corazón.

—Tiene usted más suerte que una cabra a pienso.

—Lo de cabra no es a mí a quien más le cuadra.

—Va usted a ser la excepción, y no lo diga por ahí, porque nadie lo creería. Mi hija, que tiene un corazón de oro, quiere que... Vamos, ya que le ha costado tanto trabajo reunir ese dinero...

—¡Bah! A cualquier cosa le llama usted trabajo; es usted una poetisa.

—Si lo tiene todavía, y no se lo ha gastado en sublimado, o en un revólver...

Al llegar aquí, doña Micaela se echó a reir con una risa en cuyo fondo había mucho de bonachonería. Y se terminó el diálogo del siglo XVI.

El estudiante no tuvo fuerzas para seguir en la actitud de altivez olímpica en que se había colocado desde el principio: una mezcla de angustia, alegría, incredulidad e hipo congestivo llenó su cerebro, y le hizo quedar como hipnotizado y a merced de lo que aquella mujer quisiera hacer con él.

¿Sería verdad? ¿No se trataría de una nueva broma? ¿Iría él por fin a realizar su sueño, por tanto tiempo acariciado? Y como ocurre casi siempre, al tocar con los labios la fuente del placer, surgieron las primeras amarguras: el temor de que la realidad del cuerpo y las caricias de *Coquito* fuese inferior a la ilusión que él se había forjado cerca de ellas, era la gota de acíbar disuelta en el *chantilly* del deseo. Esta imagen del *chantilly* se emplea mucho en los pueblos de la serranía de Ronda.

Iban a salir las artistas por el vestíbulo, y el muchacho quiso evitar todo encuentro. De pronto le asaltó un remordimiento de tragedia; no se había bañado desde hacía una semana, y además era miércoles, y la ropa interior venía cubriendo sus carnes desde el sábado último. Sería un sacrilegio rozar sus cascarrias con el divino nácar del cuerpo de Adela, todo purezas, y para evitarlo quiso probar un último recurso.

—Oiga, ¿no tendría tiempo de ir a mi casa un momento y volver?

La dama no le entendió al principio.

—¿Volver?

—Sí, o... ir derecho a casa de ustedes.

—Pero... ¿Esta noche?

—Claro.

—¡Ay! Pero el caso es que esta noche no puede ser.

—¿Cómo que no?

—Como que no: *Coquito* la tiene comprometida desde hace quince días.

—Pero... Entonces...

—Si no, no habría inconveniente.

—Entonces, ¿qué le hemos de hacer? Tendremos paciencia. Mañana.

—¿Mañana? No, mañana tampoco; mañana viene el marqués.

—¿Qué marqués?

—Uno.

—¡Bueno! ¿Y pasado?

—No, no; pasado el obispo. Ya está avisado, y me ha escrito hoy diciéndome que viene pasado mañana.

El joven dió un suspiro.

—Vamos a ver, ¿qué día es hoy?—inquirió doña Micaela, para evitar preguntas capciosas.

—Pues hoy es miércoles.

—Miércoles... Pues entonces...

Echó mano al bolsín que siempre llevaba pendiente del codo, y sacó una carterita de piel negra, sujeta con una goma. La repasó con toda minuciosidad, consultando nombres y fechas, y por fin dijo:

—Miércoles. Pues entonces, hasta el martes de la semana que viene no podrá ser.

Enristró el lápiz y se dispuso a apuntar la nueva partida.

—¿Cómo es su nombre?

—Julio Ordóñez.

—Sin hache, ¿verdad?

—Sí, señora; y con eñe.

—Bueno—añadió mientras escribía—, ese día se viene usted por aquí a esta misma hora.

—Me vendré, sí, señora; ya lo creo que me vendré.

Julito salió a la calle pensando en lo que acababa de ocurrir. Para poseer aquella mujer había que tomar vez en la cola de la lujuria, como para beber agua o para sacar la cédula. Y luego, aquella madre, llevando la cuenta rigurosa de los pecados de la hija, cual si fuesen partidas de cebada.

Indudablemente, lo pintoresco no había muerto aún en el mundo.

¡Hasta el martes! De aquí a entonces viviría de la esperanza, que es el alimento más confortativo que se conoce.

Lector: si tus ocupaciones de esta noche no pertenecen al gremio de las inaplazables, y si tienes en el bolsillo una peseta con setenta y cinco, que es el precio de una butaca de preferencia para la sección monstruo de las once en el Salón Nuevo, ven con nosotros, que no perderás el tiempo.

Para el habitual, el espectáculo podrá ser un poco monótono, y a ratos estomagante; para el que lo presencia por primera vez, aquel telón, que se abre a los acordes de un sexteto, le descubre panoramas inexplorados de la moral de un pueblo que fué grande, y el día menos pensado lo volverá a ser.

En España hay muchas cosas que ver; la catedral de Burgos, la calle de Alcalá una tarde de toros, una sesión del Congreso en dia de bronca, la feria de Sevilla, unas elecciones y una discusión del Ateneo. Por estas cosas, y otras más, España representa aún algo en el concierto de las naciones, y yo conocí un ciudadano inglés, de Liverpool, que hacía todas las primaveras un viaje a Madrid sólo por ver,

a las tres y media de la tarde, la bajada de los chicos que venden *La Corres* por la calle del Factor, con la edición de las dos.

Bueno, pues entre esas cosas que dan la fisonomía moral de un pueblo, estaban las secciones monstruos de once a una del Salón Nuevo, en que *La Coquito* lucía los primores de su arte, como la unidad seguida de ceros.

No había forastero que al llegar a Madrid, y después de haber tomado café en el Colonial v haber visto la parada, no fuese al Salón Nuevo; y si, por venir acompañado de la mujer, no lo había hecho, al volver a su provincia y preguntarle los compañeros del Casino por *La Coquito,* tenía que decir:

—¡Chiquillo, qué tía! Yo iba a verla casi todas las noches.

Contestar otra cosa hubiera sido ponerse en ridículo y hasta deshonrarse.

Entremos, lector: ya conoces la casa. El vestíbulo hierve de gente, y, a uno de sus lados, el de la rifa de las botellas atruena el espacio con sus aullidos:

—¡Una me queda!

—¡A diez la papeleta!

—¡Magnífica botella de anís Gran Duque!

En la atmósfera hay un polvillo especial, en el que flotan las esencias del sudor humano y de la nicotina. En los rostros hay ese abotargamiento especial que los adorna cuando vamos por la calle detrás de una mujer fungible,

o cuando cruzamos de acera para subir a cierta casa donde el pecado tiene una sucursal. En estos momentos el tufillo del sexo contrario nos enardece, y no queda en nosotros de racionales más que lo suficiente para no andar a cuatro patas... Y, sin embargo, hay quien opina que si no fuera por esos momentos en que la bestia interior recobra su imperio, la vida sería una cafetera vacía.

Ya han dado la entrada; en las puertas se aglomera el rebaño, y tú y yo, lector, sentimos que en esa región de nuestro organismo donde la espalda pierde su nombre y se degrada hasta convertirse en sentina, hay ciertas insinuaciones sodómicas que nos inquietan. Tú y yo, lector, vamos a protestar; pero, ¿para qué? La vida, sin el poliformismo sexual, carecería de contenido.

Aparte de que ese es privilegio de todas las grandes aglomeraciones. El súcubo es colectivista por exigencias de su pneumatismo psíquico, y sin ciertos aglutinantes del discóbolo masiforme, el íncubo perecería por agnosis. ¿Está esto claro?

Cuando penetramos en la sala, ya los de arriba, los de la entrada general, nos han tomado la delantera.—La delantera de paraíso, naturalmente.

Bajo sus risas y requiebros, tenemos que desfilar por el pasillo central, en busca de nuestras localidades; cuando algún detalle de

nuestra indumentaria, o simplemente de nuestro físico, les llama la atención, recibimos en el acto un piropo, que la canalla nos dedica con especial complacencia:

—¡Uy, el pollo del clavel!

—¡Con ese abriguito y un chuzo me abre la puerta el sereno!

—Joven, guárdeme usted la cría de ese sombrero.

Delante de nosotros, camino de la fila tercera, va un señor que ha tenido el rasgo de adornar su faz con el elegante monóculo. Esto el pueblo lo estima casi como un insulto, y ruge a coro:

—Póntelo en el otro ojo.

—Ponle un visillo al vidrio.

—¡Serafina!

Es una contribución que hay que pagar, y es un desfiladero por el que hay que pasar antes de llegar a *La Coquito;* y es también un martirio más que añadir a los muchos que dentro del local se sufren con placer, en obsequio a ella. A nosotros nos han dicho solamente lo siguiente:

—¿Dónde te surtes de narices?

Hemos querido protestar pero, ¿para qué? La vida, sin un poco de eutrapelia, sería un automóvil sin gasolina.

Mira, lector, hemos tenido suerte: fila segunda, números dos y cuatro; desde aquí, frunciendo un poco el arco superciliar, podremos

ver hasta el hígado de las artistas, a través de sus camisillas vaporosas.

Lleno ya el teatro, el sexteto inicia un pasodoble en el que hay todas las alegrías y todas las tristezas de la raza; el público parece una tripulación sublevada. Porque el telón tarda un poco en alzarse, se promueve una tempestad en las alturas, y para conjurarla un poco, el director del sexteto—hombre de edad provecta, que seguramente en el fondo será un deísta y pasará las mañanas tocándole el órgano a unas monjas en una capillita húmeda y llena de flores—inicia una polca japonesa que calma como por ensalmo los furores del concurso; mientras el público lleva el compás con pies y manos, no tiene tiempo para protestar, y sabido es que la polca es el *panem et circenses* de los salones de varietés, así como el maestro del sexteto es el pararrayos donde va a acumularse toda la electricidad de los nublados que estallan en la sala.

Esta noche el pararrayos acaba también en punta y con una calvicie que parece el pavimento de un salón de baile, en cuyo centro hubiera un montículo puntiagudo.

Por fin se alza el telón: la escena está vacía. Pasa un rato, y por una de las puertas laterales sale envuelta en un mantón de Manila una pieza de bacalao de Escocia con pies y cabeza de mujer, y a la que el cartel, con un eufemismo piadoso, llamaba *La Guayabita*. ¡Qué ga-

nas de poner motes a la sopa de fideos!

Aquella señorita, como anuncio de un producto para adelgazar, hubiera tenido un éxito formidable: los ojos se perdían en las sinuosidades del cráneo, nimbados con ese círculo violáceo, del cual tiene la culpa el alto precio que alcanza la carne de ternera; y los brazos, largos, largos como un discurso de Mella, eran arcos de violín, que un viento muy fuerte habría quebrado.

A pesar de ello, la chica se veia obligada a vestir el uniforme de la casa, que consistía en un camisolín de papel de fumar, a través del cual se veían dos pellejos lacios, dos ciruelas vaciadas por el picotazo de los pájaros, dos globitos de esos con que juegan los niños, pero ya rotos y con el aire fuera.

Viéndola, toda idea lúbrica huía al instante de nuestra alma, y momentáneamente quedaba para nosotros suprimido el sexo contrario. ¿Qué atractivo, qué encanto había encontrado en sí misma aquella mujer para dedicarse al teatro? A primera vista parecía que, para que una mujer decidiera exhibirse en un tablado, había de tener algo que la hiciera apetecible: el género evocaba ideas de cuerpos hermosos y caras picarescas, pero la realidad era cruel. Al abrir la boca y empezar a cantar, la voz de aquella muchacha, que con una escoba o un soplillo en la mano acaso hiciera a diario una creación, sonàba a cementerio, a pulmón

hueco y agujereado, como un fuelle vencido al que se le saliese el aire por mil brechas. Con aquella voz no podía cantarse más que el *Miserere* o una de esas obras de algunos modernos compositores españoles, que parecen haber estancado la explotación del cloral.

Bueno; pues con aquella voz y aquella facha, aquella mujer, esta noche, cantaba lo siguiente:

—«Yo soy la chulona
más guapa
y más bella,
que al pueblo alborota
con sólo pasar
envuelta en los flecos
del traje de luces
que llevan las hembras
para torear,
para camelar
y para matar
a los hombres que nos miran
con fatigas.
¡Y eche usted sal!»

Lo del alboroto en las calles, a más de ser una cosa penada por la ley de Orden público, puede que fuera una hipérbole, hija de la imaginación meridional de aquella desgraciada; pero aquí dentro, en el teatro, el alboroto era una realidad tangible. El espectáculo entristecía: era el acoso, el insulto a coro de una hembra, llevado a cabo en la mayor impunidad por

una reunión de hombres que, aunque cada uno en su vida privada fuese una persona decente, en aquel momento no eran más que unos animales tan hediondos y despreciables como el cerdo o el oso hormiguero.

¿Era posible que la especie humana se olvidase hasta ese punto del grado que ocupaba en la escala zoológica? Porque aquello que había en el escenario no era más que una pobre mujer que había salido allí a ganarse unos reales, como se los hubiera podido ganar fregando suelos o dando cera a los pisos. ¿Por qué ensañarse con ella hasta aquel extremo? No quedaba insulto que no se le vomitase a gritos allí, en su misma cara, y los rugidos que acompañaban su trabajo no eran los de admiración que acompañaban, por ejemplo, el trabajo de *La Coquito*, y en cuyo fondo de indudable bestialidad había siempre un homenaje para la hembra, sino ese otro rugido con que la jauría celebra la proximidad de la pieza.

Y ella, y esto era lo más lamentable, recibía aquella lluvia de miseria y de bajeza con una indiferencia pasmosa, sin un gesto, sin un encogimiento de hombros, como acostumbrada a vivir en aquella atmósfera de oprobio.

Por fin la artista dijo la última frase, aquella de «Eche usted sa!», con la misma entonación y el mismo *sprit* con que hubiera podido decir:

—Eche usted sal a ese cocido, que luego no va a haber quien lo coma.

El telón bajó entre un griterío salvaje, librándonos al fin de una pesadilla a las pocas personas—unas doce o quince—que en todo el teatro habíamos conservado la ecuanimidad suficiente para no insultar a una mujer.

Por lo visto éramos unos seres privilegiados, unos hombres de élite moral, ya que no cedíamos fácilmente a la sugestión de la masa revolcándonos con ella por el cieno.

Sin duda fué esta conciencia de nuestra superioridad la que nos hizo adoptar de pronto una postura violenta en el asiento y la que obligó a éste a ceder bajo el peso de nuestro orgullo, viniendo al suelo en su mitad y dejándonos con medio cuerpo en el aire, y el otro medio rozando las impurezas del suelo.

Bien pronto se abatió nuestra soberbia. Tú, lector, ¿lo recuerdas?, me diste tu mano para ayudarme a levantar, pero el asiento recobró automáticamente su posición natural, y yo me sentí de nuevo elevado al nivel de los demás espectadores.

Ibamos a protestar del incidente ante el acomodador; pero ¿para qué? La vida sin estos altos y bajos sería una paella sin guisantes.

Claro es, lector, que no te fatigaremos con el relato minucioso del desfile que constituía la primera parte del espectáculo: era aquello una especie de relleno para dar tiempo a que apareciese *La Coquito*, y el público lo soportaba con paciencia como un martirio más.

Tras la tragedia dolorosa de *La Guayabita*, venían las hermanas *Montánchez*, dos bailarinas que pegaban unos saltos absurdos, y después cantaba unos cuplés de segunda mano una chica de nombre indefinido, que no era fea, pero que, acaso por su poca cultura, accionaba de un modo terremótico: cuando había de hacer alguna alusión al corazón, se llevaba las manos a los sobacos, y ocasión hubo en que para decir el siguiente verso:

Tengo ya la cabeza perdía
de oirlo nombrar...

se frotaba con fuerza las narices en una especie de masaje moral. El público se divertía mucho con aquella incongruencia, y no se atrevía a meterse demasiado con ella. ¿Quién sabe si

aquella chica, con la inconsciencia del genio, no sería la inventora de una mímica nueva? En el cielo del arte cada día alumbra un nuevo sol.

Vino un intermedio que el público acogió con satisfacción: aquello era como un oasis en el arenal de un desierto, y la gente se desperezaba en las butacas y bostezaba en las alturas, como quien siente los preludios de una fiebre.

Tras el telón se apreciaban aprestos de decorado y ajustes de la *mise en scene:* el teatro moderno es harto meticuloso, y *La polla de Julio*, que era el *capo lavoro* que a continuación iba a representarse, tenía ciertas exigencias de atrezzo, que no podían improvisarse.

En el entreacto, el maestro tuvo que interpretar una polca y un tango argentino: el auditorio lo reclamó en forma airada, con un fuego que, empleado en pedir la rebaja de impuestos, hubiera desgravado considerablemente nuestra Hacienda nacional. Cuando sonó el timbre, anunciando el principio de la obra, hubo en la sala un vientecillo de fronda...

¡Por fin! La celestial *Coquito* iba a mostrarnos la magia de su cuerpo, el centelleo de sus ojos y el nácar de sus dientes, que al caer sobre ellos los resplandores del foco eléctrico, parecían mágicas joyas de incitación.

El lector nos permitirá que le narremos, aunque sea a grandes rasgos, el argumento de la obra a cuya representación vamos a asistir:

ello es necesario para comprender la tesis o moraleja que de ella se desprende. Para llegar a esa comprensión, no basta con estar atento a todas y cada una de sus escenas, porque cuando más atentos estéis, un mohín delicioso de *Coquito,* con el cual descubra la última vértebra de la columna, o el *entourage* del ombligo, desviará vuestra atención de la obra, para fijarla en lo otro, que es más positivo.

En primer lugar, ¿a qué género literario pertenece *La polla de Julio?* ¿Es tragedia? Puede desde luego afirmarse que no; *Coquito* y su consejera áulica, doña Micaela, no admitian en su teatro lo trágico; allí la influencia fatal del hado no tenía nada que hacer, pues para ello estaba el Teatro Español y el Monte de Piedad de la Plaza de las Descalzas.—Abierto de nueve de la mañana a doce de la noche. —¿Nos íbamos a encontrar en presencia de una comedia? El *castigat ridendo mores* no estaba ausente del todo en el espectáculo con que nos íbamos a deleitar; pero para que aquello fuese una comedia perfecta, faltaba ese elemento de elegancia aperitiva, que en el teatro de Lope, por ejemplo, es la razón básica del éxito.

¿Sainete? El pueblo no intervenía más que desde la sala, para abuchear a los artistas. ¿Melodrama? Allí no había más traidor que el director del sexteto, con sus desafinaciones contumaces. Para que fuese drama lírico faltaba emoción pasional, y para opereta se echa-

ria de menos el eterno príncipe Tonino, que pasea sus blasones por toda la pista del ridículo.

Ni obra de ideas, ni una de esas comedias sentimentales que ahora se escriben, y en todas las cuales hay un galán que viene de fuera, y que acaba siempre por acostarse con la primera actriz; ¿qué era, entonces, *La polla de Julio?*

En primer lugar, bueno será no olvidar que todas esas clasificaciones clásicas que culminaron en Boyleau —drama, comedia y sainete—han caido ya en desuso, arrasadas por el viento de las modernísimas teorías estéticas. Hoy día—os lo dice una pobre víctima que asiste a más de ciento cincuenta estrenos al año—se escriben muchas cosas que no son dramas, ni comedias, ni sainetes. Son algo de todo, un mosaico, un tapiz vario y colorista como la vida moderna, y si a sus autores respectivos se les preguntase por el género literario a que pertenecen sus hijos espirituales, contestarían en un arranque de sinceridad:

—Verá usted: yo es que necesitaba renovar mi equipo de ropa interior, y he llevado *eso* a Lara. Si me lo ponen veinte noches, siempre son setecientas pesetas, con las cuales me hago un repertorio de camisetas y calzoncillos, y aún me quedan diez duros para unas botas de boxcalf.

Yo conocía un autor muy afamado, que como

en cierta ocasión necesitase ponerse toda la dentadura postiza, construyó en seis días una embolia pasional en dos actos, y se la llevó a Federico Oliver. Influído por su preocupación tituló la obra: *Sin dolor,* y cuando la leyó a la Compañía no faltó quien dijera que *aquello*, más que a Oliver, debiera habérselo llevado al ilustre odontólogo D. Florestán Aguilar.

A pesar de todas estas folías, la obra tuvo un éxito de demencia, y la gente, durante varias noches, echó las muelas, riéndose a encía abierta, en los momentos más serios de la obra. Perdona, lector, la extensión de este divagar, y vamos con el argumento de *La polla de Julio*, que es como sigue: al alzarse el telón aparece en escena Julio, representado por Pepe Rodillo, el simpático actor que nacía todas las noches; tal era la saña con que el público acogía sus creaciones.

Julio, sentado en una silla, y pensativo, se lamentaba de lo mala que era su polla, la gentil Margarita, hija única que le había nacido al revuelo de unos amores con la señá Bernarda, fallecida en la paz del Señor, unos meses antes. Al verse viudo Julio, tuvo que hacerse cargo de la educación—¡!—de Margarita, que más que polla le había salido gallina, y pasaba el día fuera de casa, metiéndose en cuantos agujeros encontraba y dando guerra a todas las mocitas del barrio. El hombre, con acentos que recordaban a *Hamlet* y a *Edipo en Colonna,* se

quejaba de su mala suerte, empleando la forma poética, para mayor alevosía:

«La desgracia todo lo arrolla
y me persigue con bala;
¿han visto ustedes lo mala
que me ha salido la polla?»

Renunciamos a describir el júbilo que se apoderaba de la concurrencia al oir esto. Los gritos, las imprecaciones, los mandatos, caían durante unos minutos sobre la cabeza del actor, que era un estoico para eso de aguantar los temporales.

—¡Ladrón!

—¡Que la enseñe!

—¡Dale la vuelta y... ya sabes!

Se hacía al fin la paz y continuaba el desarrollo de la trama escénica.

Margarita, la polla de Julio, no tardaba en hacer su aparición en escena. Era *La Coquito,* y venia con una falda azul muy corta, que dejaba al descubierto un tobillo de escultura, envuelto en una media blanca, y formando el contraste a unos zapatos de charol altísimos. ¡Qué pies! Daban ganas de arrojarse a ellos, y una vez en aquella postura, esperar sus órdenes para operar en el terreno que ella nos ordenase. Una blusa blanca muy escotada, debia ser de papel de seda, pues sólo así se explicaba que a través de su tejido pudieran

verse los divinos limoncillos del pecho, moviéndose y danzando a compás de los pasos que ella daba, y velados por un nimbo que los hacía más apetitosos. El botón de la vida se veía en ellos con todos sus detalles. Al salir Adela y acercarse a la batería se oyó en la sala el primer rugido verdaderamente transcendental de la noche.

¿Qué había en la cara de aquella mujer, mezcla de infantil y demoniaco, que cuando estaba en escena obligaba a todos a no mirar a otra parte más que a ella? Era un brillo, una viveza especial que dominaba y que infiltraba en el organismo un deseo raro de ser su esclavo, y conmovía la medula con sacudimientos eléctricos. Se había inventado el cinturón eléctrico; ¡bah! Al lado de *Coquito*, ese cinturón era una pastilla de alcanfor. Y la boca, aquella boca grande que partía el rostro en dos mitades, y que en cualquiera mujer hubiera sido un defecto, en ella era un atractivo más, con su invitación constante al intercambio lingual, para el que no hay más tarifas aduaneras que las de los dientes.

La polla se presentaba delante del autor de sus días, no con el rostro compungido del que, habiendo hecho unas travesuras, solicita el perdón con la actitud y con el gesto, sino con la desenvoltura del que todo lo de este mundo tiene la costumbre de pasárselo por cierto viaducto genital. El padre, al verla, montaba

en cólera, y crispando los puños, le preguntaba:

—Oye, hija de la Gran Bretaña, que pareces una inglesa, ¿quieres hacer el favor de decirme dónde has pasado la noche?

—Pues en una casa.

—¿Qué casa ha sido ésa?

—Pues una casa en la que me han tratado muy bien.

—¿Te han tratado?... Vamos, sí; que has pasado la noche en una casa de trato... muy bueno.

—Eso es.

Pero no era esto lo peor; la chica no venía sola, sino acompañada por tres amigas, una de las cuales era la gorda *Rigoleta*, y las otras, *La Guayabita* y otra de aquellas desgraciadas que salían a escena para servir de satélites.

Como no era cosa de perder el tiempo, bien pronto aquellas cuatro damas empezaban a zarandear a Julio, en medio de un baile cuya música acompañaba las incongruencias de una letra diabólica. La canción se llamaba *Las Consoladoras*, y surgía en el curso de la representación con la natural fluidez con que surgen siempre estas cosas. Margarita le decía a su padre:

—Mira, papá; no creas que hemos estado en ningún sitio malo; que te lo digan estas amiguitas. Estuvimos en un teatro donde salían unas mujeres muy ligeras de ropa...; mira, así.

Se desnudaban las cuatro y comenzaba una exposición de todas las gracias con que la Naturaleza dotó al cuerpo femenino, gracias que en aquellas muchachas —salvando, naturalmente, a *Coquito* y a la gorda *Rigoleta*, que en medio de sus grasas no carecía de cierta hermosura ciclópea— se tornaban en agravios, y las líneas escultóricas se convertían en líneas de ferrocarril de vía estrecha.

Pero esto era lo de menos; con *Coquito* en escena se perdonaba todo lo demás; es decir, no es que se perdonaba, es que no se reparaba en ello. Únicamente cuando en un momento de espasmo artístico *Rigoleta* enseñaba la cordillera que rodeaba su vértice sexual, o *La Guayabita*, por encima del corpiño, daba al aire alguna de aquellas vejigas que la servían de pechos, el público armaba un escándalo igual al que por unos minutos se apodera del de las plazas de toros cuando el estoque cae más abajo de la rodilla del animal.

La letra de *Las Consoladoras* no pasaría ciertamente a las antologías, pero no se trataba de eso: se trataba de que *Coquito*—¡siempre ella!—nos diese la medida de su talento y nos revelase un matiz nuevo de su arte, montándose a caballo sobre los lomos de una de sus compañeras, y frotando contra sus espaldas el prestigio de sus pechos. Para ello el autor no había tenido más que hacer decir a sus intérpretes:

—«Yo soy la consoladora
del amor.
Yo calmo ya las angustias
del dolor.
Si te duelen los riñones
yo el dolor te aliviaré.
.....»

Y, sin duda para aliviárselo, se montaba encima del enfermo, ensayando así un nuevo procedimiento terapéutico.

A Julio se le caía la baba viendo las gracias de su hija, y en un rapto de amor paternal acababa por coger a su polla y echársela al hombro, mientras las demás iniciaban una danza que terminaba con unos revolcones por el suelo.

¿Será preciso decir que aquí bajaba el telón para el final del primer cuadro? El lector lo habrá adivinado con su perspicacia, ya que esa bajada del telón era la válvula de seguridad de la caldera del entusiasmo. Con una bajada a tiempo se han evitado muchas congestiones.

El segundo cuadro se desarrollaba en un ambiente de dolor que apenaba: olía todo él a yodoformo. Julio tenía enferma lo polla; había consultado con unas cuantas eminencias médicas, se la habían visto los mejores especialistas de la corte, se la habían reconocido, palpado y auscultado, y todos estaban conformes en el final: Julio no tenia más remedio que separarse de su hija. La soledad y unas inyecciones de flogisto eran lo único que podia salvar la vida de la infeliz Margarita, extenuada por el abuso y el manoseo.

Julio, al oir el fatal dignóstico, había estado a punto de desmayarse; esto había ocurrido en el entreacto, pues como en la Compañía no había más que un actor, no era posible sacar a escena el coro de doctores, como en *El rey que rabió*. Ahora, ya ante el público, el padre infeliz llegaba al corazón del auditorio con sus clamores de desesperación; la musa triste de la raza—Jorge Manrique, Espronceda, Bécquer, López Silva—hablaba por su boca con trenos jeremíacos:

«No llores, corazón, que el bien perdido
no atiende tu dolor ni oye tu llanto;
si a tiempo tú le dieras estrofanto,
de tu hija no escucharas el gemido.
¿Qué fué de su vigor y lozanía,
qué de su empuje, que a raudales brota?
Hoy ya, mustia, arrugada y casi rota,
es paja lo que fué planta bravía.
Fué del 42 recio mortero
que ante su boca cosechó la ruina,
y con furia salvaje, mi... nenina
donde apuntó con fe hizo agujero.
Por detrás, por delante, por doquiera
que la miréis os quedaréis pasmados;
para librarse de su saña artera
sólo existe un recurso: estar sentados.
¿Cómo podré vivir si no es con ella?
¡Sálvamela, San Sadurní de Noya!
Una vela de esperma, la más bella,
te ofrezco si me salvas a la polla.»

Estas últimas frases Pepe Rodillo las decía llorando, aderezándolas con unos sollozos hipantes que estaban pidiendo a voces los balones de oxígeno.

Y el público, ese público bajo cuyo boscaje de brutalidad corre siempre el arroyuelo de la misericordia, se entregaba, lloraba también, pero con un llanto que parecía una risotada y entre el cual se oían frases como éstas:

—¡Animal!

—¡Eunuco!

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¡Cómprate una de goma!

Tanto y tanto arreciaba la ovación—Rodillo decía los versos como Calvo cüando no le dolían los juanetes—que Julio, para corresponder de algún modo al entusiasmo del público, no tuvo más remedio que avanzar hasta la batería, levantarse la chaqueta a la altura de los riñones y señalar los primeros compases de un tango de marcado sabor de epopeya.

Y el público le dió lo suyo con no medida prodigalidad.

Coquito apareció por la puerta del fondo: no habia más que mirarla para comprender que, en efecto, aquella chica no estaba buena. Unas ojeras profundas le manchaban de violeta las mejillas, y un aire de desfallecimiento invadía todo su ser. Y—no habrá que decirlo—con ello estaba más guapa, y, desde luego, mucho más apetitosa, con ese encanto enfermizo que tienen las violaciones en los lechos de los hospitales. ¿No las habéis probado nunca? Pues es cosa de cardenales.

La chica le hablaba a su padre con sinceridad: lo que ella tenía, lo que la estaba consumiendo, lo que la llevaría a la tumba en plazo brevísimo, de no encontrar remedio adecuado, era una falta de humedad interior que, amojamándole los músculos conductores de la linfa nerviosa, la obligaba a pasar las noches en un grito y a sufrir, cuando veía un hombre de su agrado, ahogos espasmódicos. Claro es que

ella no empleaba estos términos para hablar de su enfermedad: no era tan cursi, y lo hacía más a la pata la llana, para ponerse al alcance de la inteligencia media del auditorio. Ella decía:

«¡Ay, padre! lo que me pasa
es que me seco por dentro,
y me hace falta un fregado
que me humedezca la casa.
Con una manga de riego
se cura mi enfermedad;
ésta, padre, es la verdad,
no lo dejéis para luego.»

El padre, haciéndose cargo, contestaba cariñoso:

—Vamos, sí; lo que tú necesitas es una ducha.

Y ella, bajando los ojos y cruzando las manos decía:

«La ducha, estando malucha,
será mi dicha completa:
en toda buena bra... vata
hay casi siempre una ducha.»

Total, que en la vecindad había un chico que a Margarita le había entrado por el ojo, y ella quería que le entrase también por otras partes: que como daba la maldita casualidad de que el chico se dedicaba a la hidroterapia,

y poseía en su casa un arsenal completo de aparatos de duchas de todas clases, de regadera, de chorro, infrazoteicas y vaginales, Julio cerró los ojos, y queriendo hacer un último sacrificio paternal, se dispuso a llamar al vecino, y fuese lo que Dios quisiera. El, mientras su hija tomaba la medicina, se iría a jugar un *bridge* al tupi de abajo, por aquello de ojos que no ven... oculista que lo cobra.

Esto de que Julio se ausentase mientras su hija y el hidroterápico se dedicaban a las labores propias de los sexos de ambos, cuando ambos sexos se encontrasen juntos, quizás no entrase en los cálculos del autor al planear su obra; no cabe duda que ésta, con aquella ausencia, perdía en solidez y fuerza emotiva, pues hubiera sido mucho más noble y ajustado al patrón clásico de la tragedia griega, que el padre presenciase la cura de su hija oculto tras un plato sopero, y al final, cuando el joven de las duchas terminase su misión, saliese de su escondite y se dedicase a enjugar el cuerpo de su hija y a frotarlo con agua caliente. En *Clitemnestra* hay una escena parecida a esta. ¿Es en *Clitemnestra?* A punto fijo no lo recordamos, y no tenemos tiempo de compulsar la cita.

Pero el teatro es transigencia con la realidad, y la realidad en el cuadro artístico del Salón Nuevo era que Pepe Rodillo, único actor de la casa, había de hacer el papel del hidro-

terápico, después de haber hecho el de padre de la chica a quien el hidroterápico iba a... *sulfatar*. ¡Horribles exigencias de la ficción escénica!

De modo que lo del *bridge* no era más que un golpe de teatro, y donde Rodillo se iba al salir de escena no era al tupi—¡qué más quisiera él!—sino a su cuarto, que era un cajón de madera con un espejo en la tapa, a vestirse de hombre de la ducha.

La escena quedaba ocupada tan sólo por *Coquito,* que aprovechaba la ocasión para un monólogo cantable que el público le obligaba a repetir tres veces; no temas, lector, no te lo colocaremos íntegro: para muestra te presentaremos sólo un retazo:

«¡Qué gran dicha,
mis dolores,
van por fin a terminar!
De ese chico
la gran... maña
mi sequía va a calmar

Padres que tenéis muchachas
que se mueren de calor,
escuchad éstos consejos
que os daré de balde yo...»

Aquí la música hacía un arpegio parecido al de la viola de *Hugonotes,* y durante el cual era raro que el cornetín no cometiese una infamia con sus desafinaciones.

«Una muchacha soltera
sola no debe dormir;
pues durmiendo siempre sola
¡sola, sola!
tendrá sueños que sufrir.

No debe comer más berzas
que los nabos y pepinos,
pues si come también peras
¡peras, peras!
se le agrandará el... estómago.

Si notáis que tiene vértigos
y vomita y se marea,
esperáis que pase el tiempo
¡tiempo, tiempo!
y buscáis una niñera.»

No copiamos más por no fatigarte, lector; lo demás son sólo variaciones de la misma idea; y, además, creemos que con lo copiado hay bastante para que, no olvidándolo, puedas dar a tu hija, si la tienes, una educación esmeradísima.

El chico de las duchas se presentaba, por fin, en escena; venía con una manga de riego al hombro; por lo visto, la ducha iba a ser de chorro libre.

Verlo Margarita y echarse a su cuello llena de pudor fué todo uno. El diálogo que se desarrollaba a continuación era un poco vivo, como lo exigían las circunstancias, y de un corte renacimiento que atufaba un poco.

—¿Tú crees que me pondré buena?

—Mujer, tú no tienes más que ponerte como yo te diga, que lo demás corre de mi cuenta.

—Esa manga me parece muy larga.

—¡Hay que ver cómo sois las mujeres! Cuando es corta os quejáis, y cuando es larga ponéis el grito en el cielo.

—Oye, y ¿toda el agua que tiene dentro me entrará?

—De que te entra toda respondo yo.

Al llegar a este punto, hay una voz en nuestra conciencia que nos obliga a hacer una aclaración: sentiríamos mucho, lector amado, que tú pudieras creer que cuanto aquí se cuenta y las palabras con que se cuenta las hemos inventado nosotros. Eso no puede creerlo más que aquel que, por la pureza espartana de sus costumbres, no haya hecho nunca una escapada al Salón Nuevo, o no se haya detenido en las calles ante cualquiera de los carteles que anuncian el espectáculo de dicho Coliseo. En ellos se ven títulos como los siguientes: *Cosas de Mimí y Nina, Ya te Judit, Tú eres hijo de Pura,* y otros de igual eufemismo retórico.

Ya comprenderá el lector que, en obras que así se llaman, el lenguaje tiene que estar en armonía con el título, pues de lo contrario, el público se creería defraudado.

Repetimos que esto va para los hombres serios y formales que no han querido molestarse nunca en visitar el feudo teatral de *La Co-*

quito; los otros, los hombres a la moderna, que van a él con más asiduidad que al Museo de Pinturas, saben que no hemos inventado nada, y que acaso nuestro relato, comparado con la realidad, sea el texto de los trece martes de San Antonio, corregido y aprobado por la censura eclesiástica.

Expelido este desahogo, continuemos el relato. El desenlace se aproxima, caro lector: el chico del riego decía a Margarita que para recibir la ducha había de quedar completamente desnuda; así se había hecho en todos los tiempos y no era cosa de variar ahora costumbres seculares.

—Ay, pero ¿he de desnudarme delante de ti?

—Si te da vergüenza, ponte de espaldas.

—¿De espaldas... y tú con esa manga tan grande?... Eres muy caprichoso.

Coquito empezaba a desnudarse a la vista del público: caía primero la falda azul, descubriendo las medias blancas en toda su amplitud, y cuando éstas iban a acabarse en el divino ensanche de los muslos, una camisita de bebé con unos lazos rosa servía de incentivo, con lo que permitía entrever en la penumbra de sus encajes. Soltándose a tirones los automáticos de la espalda, la chica se disponía a quitarse la blusa; las gentes, las pobres gentes del público, víctimas del demonio de la lujuria, se removían en sus asientos, se alzaban en ellos para ver mejor, como presintiendo que

detrás de aquella blusa iba a nacer para ellos una nueva Venus de entre las espumas del mar Jónico.

En la sala se fabricaba un silencio de matadero: caía la blusa, y, en efecto, la camisita, que terminaba su misión a la mitad justa de la raya de los pechos, dejaba ver casi todo el contorno de ellos, blanquitos y temblones como dos palomitos que se arrullan. Y lo que faltaba, con el botón de la vida, pequeño y erecto en su centro, se adivinaba, se presentía, casi se palpaba tras la batista de la camisa, que era para nosotros el velo de Ariadna de nuestros deseos.

¿Concebís nada más encantador, más incitante, más de mareo, que el misterio a medias de unos pechos que se esconden como la amada que no se atreve a asomarse del todo al balcón por temor a que venga el padre y le arrime un estacazo? Al dar ella unos pasitos, los escondidos diablejos, con el balanceo del cuerpo, aumentaban y disminuían alternativamente la superficie al descubierto, y si por acaso—¡feliz acaso!—se agachaba un poco, entonces las pelotitas, a punto de romper su prisión, nos trasladaban al séptimo cielo en un ascensor de cien caballos.

Pero el chico de la manga, como nosotros, era insaciable:

—No, mujer; así no puede ser. Tienes que quedarte completamente desnuda.

—Me va a dar frío.

—Ya te calentaré yo.

—Bueno, pues cierra los ojos.

—Ya está.

—No, no, que te queda uno abierto; te lo estoy viendo.

—Mujer, ¿y qué le voy a hacer? Lo tengo así desde que tenía quince años. Es una enfermedad.

—¿Y qué te das para curarte eso del ojo?

—Pues para el ojo me dan unos parches de nabos cocidos.

—Vamos, sí; el parcheo.

Como verá el lector, el diálogo venía ligado en una lógica concatenación de ideas. No se ha escrito de otra manera el *Otelo*, ese modelo de obras silogísticas.

Coquito, ante la necesidad, se dispuso a quitarse la camisa. ¿Qué iba a pasar allí? ¡*Coquito* completamente desnuda, y el público viéndola así por siete reales! Acontecimiento de tamaña transcendencia social no se había producido desde que se inauguró el primer evacuatorio de la Puerta del Sol.

En la escena había una *chaise longue*, y en ella se reclinó Margarita, por consejo de su curandero; ya en ella, y en postura a propósito para hacer humanidad nueva, se iba despojando lentamente de la camisa; primero sacaba un brazo, enseñándonos el cóncavo del sobaco, depilado, pero no del todo, para no privarnos

del encanto de un pelillo de piel de melocotón, que invitaba a pescar un cólico de frutas; después sacaba el otro, y como ya no le quedaban más brazos que sacar, procedía a arrollarse poco a poco la frágil tela, del ombligo para arriba.

¿No habéis visto nunca la salida del Sol en una mañanita dulce y tibia del mes de las flores? Las tristezas de la noche van huyendo por Occidente, y el cielo, por Oriente, va tiñéndose de una claridad pálida, como si el día antes lo hubiesen untado con tintura de yodo y se hubiese ya amortiguado el tinte: — esta imagen de la tintura de yodo no la habrán ustedes leído nunca en toda nuestra literatura, tan rica en imágenes y en ripios poéticos.—El Sol, como onza de oro que llega a tiempo al bolsillo de un cesante, va apareciendo poco a poco, lentamente, saludando con su risa de buen padre del día a todas las cosas, y poniendo en ellas una caricia, mientras se abren a su calor, y mientras las puertas de las granjas y caseríos se abren también para dar salida al labriego que va en busca del pan diario, que la tierra guarda en el seno de sus surcos; en las flores de la campiña hay un estremecimiento de la vida que vuelve, y en las arcas de los Ayuntamientos rurales hay un déficit de varias pesetas, porque en ellas ha tiempo que se ha puesto el Sol.

Bueno, pues este espectáculo que tan bri-

llantemente acabamos de describir, es un entierro de tercera comparado con el espectáculo del cuerpo de *La Coquito*, descubriéndose por parcelas al público, a medida que la camisa iba arrollándose. Aquella carne hacía temblar de placer al auditorio; ya la camisa no era más que una especie de turbante alrededor del pecho de la chica; ya el hombre de la hidroterapia, arrodillado ante ella, había puesto la manga en estado de guerra, y había apuntado hacia el sitio del mal. Llegaba el momento de la congestión bíblica; *Coquito* fué a sacarse la camisa por la cabeza y de pronto... ¡maldición! La escena se quedaba a oscuras, y el público empezaba a berrear.

El chico protestaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Ay, que me la han cortado!

—¿Qué te han cortado?

—La corriente, mujer; nos hemos quedado a oscuras.

—No importa. ¿Por qué no estableces un contacto?

—Ya voy, ya voy; ábrete más, para que el agua entre bien.

—¿Más?... No puedo; si parezco la Puerta de Toledo.

—Así, muy bien; prepárate. Allá va la ducha... ¡Ahora!

—¡No me aprietes tanto, hombre, que no soy de piedra!

—Ya, ya lo veo.

Se oía el estallido de un grifo que se abre, se sentía salir agua, y, sobre todo, se oían los gritos de *Coquito*, gritos de un sadismo espantoso, que en la sala ponían los imperativos categóricos de muchos espectadores en igual situación de ataque a la bayoneta en que se encontraba la manga del hidroterápico. Y al que en aquel momento no se le pusiese así, ya podía retirarse con los cuatro quintos, para el resto de sus días.

—¡Ay, ay, ay! ¡Qué bien! Me voy mejorando por momentos... Y qué fresquita está el agua... Y luego este aparato, qué fino, qué suave, parece terciopelo... ¡Ay, ay! Ya no más, ¡por Dios! ¡Que me muero!.. No abuses, hombre...

—Pero, mujer, ¿y tu salud?

—Si me ha venido ya toda de nuevo... ¡Ay!...

Había otro silencio, poblado de unos sollozos. El público empezaba a impacientarse por tanta oscuridad. Margarita, en medio de ella, y terminada ya la cura, había empezado a vestirse.

—Me pondré la camisa, porque me he quedado fría... Así...

Y entonces, reparada indudablemente la avería de la fábrica, volvía la luz, y *Coquito* se encontraba sola en escena; el hidroterápico, realizada ya su misión—¡y con cuánto valor y gloria!—habíase marchado a la calle.

En vano ella lo llamaba:

—¡Ingrato! Se ha ido... pero no importa; yo ya, con el riego, me he puesto buena, y esto es lo principal. Cuando me haga falta otra vez, no tendré más que llamarlo y vendrá en seguida.

El padre, el señor Julio, se presentaba en escena nuevamente. Se había encontrado en la escalera al hidroterápico y lo sabía todo. Venía radiante, tumultuosamente satisfecho; es mucha alegría la que produce ver en peligro de muerte a algo tan nuestro y tan querido como una hija, y notar cómo recobra la vida en un instante.

Se abrazaba a su hija.

—¡Hija de mi alma! Lo sé todo.

—¿Sí?

—Ya sé que han sido tres.

—¿Tres?

—Sí, tres minutos seguidos aguantando mecha, como una heroína.

—Pues yo, la verdad, no me he dado cuenta de si han sido tres o trescientos.

—¡Eres hija de tu padre!

—No plantee usted charadas. No sabemos nada.

—Conque ahora, sana, libre, feliz y con todo abierto para que te entre el aire en esos pulmones. ¡Qué dichoso soy!

Pero la obra, que acaso fuese en el teatro moderno un género nuevo, y como tal incla-

sificable dentro de los cánones consagrados, tenía al final una moraleja: para ello se había escrito, para enseñar a los hombres nuevos caminos de salvación y nuevas normas morales. Es decir, que todas aquellas escenas de un realismo salvaje, todo aquel diálogo un poco de pocilga, que nosotros creíamos fabricado para pasar el rato, tenía un fin docente, como cualquier poesía de Salvador Rueda.

Y ese fin docente estaba contenido en la siguiente cuarteta que Pepe Rodillo colocaba al público como contera de la obra para pedir el aplauso:

«Todo en el mundo es bambolla,
todo cansa y todo hastía,
si notáis el peor día
que está enferma vuestra polla.»

Lector: todo lo que ha pasado hasta aquí en esta sección del Salón Nuevo, y que tú y yo hemos presenciado con tanta valentia y paciencia, no tiene ninguna importancia.

Si en el coliseo de la calle de Cabestreros no ocurriese más que eso, a pesar de *La Guayabita* y del indudable encanto que siempre existe para nuestro público en acorralar a una mujer hambrienta; a pesar de *La polla de Julio*, y de las polcas y chotis del sexteto; a pesar de la cara de *Coquito* y del placer que se experimentaba con sólo verla en escena, su sala parecería una sucursal del desierto de Libia en un día de difuntos.

Pero en el Salón Nuevo de la calle de Cabestreros, como antes en el Salón Madrid, y después donde Dios quisiese — con tal que fuera cerca de nuestro domicilio — Adela Portales, *La Coquito*, bailaba todas las noches ¡¡¡LA RUMBA!!! al final de cada sección. ¿Hemos dicho algo?

¿Quién había inventado este baile de perdición y de infierno, en el que había toda la malicia de una juerga de frailes del siglo XV y

todo el vermú de todas las fábricas de Torino? ¿Dónde lo había aprendido *Coquito?*... Ya hablaremos de eso más tarde.

Por ahora lo único que diremos es que no existía en el mundo danza alguna, de las muchas inventadas por el consorcio de la gracia y la lascivia, que a la rumba pudiera compararse. ¿El garrotín? ¡Bah! Eso era el tímido meneo de una novicia. ¿El tango? Ganas de lucir los fondillos de los pantalones, si era un hombre el que lo bailaba, o los cabos del corsé si era una mujer. ¿La furlana? Entretenimiento de los guardias nobles pontificios cuando el Papa está durmiendo la siesta. ¿El tango argentino? ¡Por Dios, Baldomera! Si eso es el paso de un torrente por encima de una tabla, y dando traspiés.

Con esta creación de la rumba por *La Coquito*, nos está ocurriendo a sus contemporáneos lo que ha ocurrido siempre en la Historia. Los contemporáneos de Nerón tenían a éste por un empleado del matadero de Roma, un poco aficionado a la sangre humana con cebolla; pero ha hecho falta que pasen los siglos y que el tiempo ahume con su pátina al verdugo de Agripina, para que podamos ver la grandeza casi divina a que llega la maldad del tío que manda quemar una ciudad como Roma, para fabricar, al resplandor de sus llamas, unos versos más incendiarios que la brea con que sus esclavos rociaron las calles.

Y quien habla de Nerón, puede hablar del Cid, de Carlos V, de ambos Esparteros —el torero y el otro—y de Napoleón. Los que tomaban café en las Tullerías con el vencedor de Marengo, veían en él, sin poderlo remediar, al teniente un poco afortunado a quien le salían bien por chamba las carambolas de las batallas: Jena, un encuentro por retroceso; Austerlitz, una por siete tablas; Waterloo, rotura del paño y quebradura del taco por haber tirado deprisa y con mucha fuerza.

Así es la vida. Parece que los hechos y los hombres, al convivir con nosotros, se achican como si nuestra propia pequeñez contagiase cuanto nos rodea.

Bueno, pues yo afirmo con toda solemnidad, y si me equivoco que la Historia arroje sobre mis hombros toda la responsabilidad de la afirmación, que estamos asistiendo, con esto de la rumba, a un acontecimiento de igual importancia y de mucha mayor transcendencia que la batalla de las Pirámides. Pasarán los años, y los pollos de ahora nos tornaremos viejos, y cuando una tarde, sentados en la terraza del Casino, nos dediquemos con otros de nuestra misma promoción a evocar y remover las brumas del recuerdo, diremos con los ojos melancólicos:

—¡Qué tiempos aquellos! Todo era grande, y no como ahora, que hasta los puros de a peseta son del tamaño de una angula. ¡Hay que

ver! Aquel año 15, por ejemplo, Sánchez Guerra era ministro de la Gobernación; se inauguró el tranvía del puente de Segovia; *Joselito* y Belmonte llenaban de locos los manicomios de España, y *La Coquito*, ¿se acuerdan ustedes?, bailaba la rumba ocho veces cada noche.

Al decir esto último, nuestra lengua, ya temblona como un veterano del 69, humedecerá nuestros labios con un babeo de caracol.

—*¡La Coquito!...* ¿Vive aún esa mujer?

—¡Ya lo creo! Vive en Morata de Tajuña, casada con uno que fué cura, y al verla bailar una noche en el Chantecler... ¿se acuerdan ustedes del Chantecler? Una barraca de feria que había en lo que hoy es Plaza de Toros del distrito del Centro...

—Sí, sí, yo me acuerdo.

—Bueno, pues la vió y se volvió tan loco por ella, que al ir a la barbería al día siguiente, mandó al barbero que no le afeitase los pelos de la corona... y al poco tiempo *Coquito* se retiró y casó con el presbítero.

—¡Qué mujer aquella! Hubo quien le dió mil duros sólo porque consintiese en darle una paliza.

¡Y nosotros habremos visto y gozado todo esto, y no se nos habrá caído la cabeza al suelo hecha pedazos!... Decididamente el hombre es un venado.

Nosotros pensamos, y tenemos la fortuna de que con nosotros piense el noventa y nueve

por ciento de la gente, que hoy día en Madrid hay dos cosas que hacen la vida verdaderamente amable, y son las que tienen la culpa de esa nostalgia que invade a todo madrileño, en cuanto, sea en París o en Manzanares, pasa quince días fuera de la calle de Carretas. Estas dos cosas son: la rumba de *La Coquito* y las pastillas de café con leche de Logroño recibidas esta mañana. ¿Estamos conformes?

Viendo bailar la rumba a esa diabólica mujer se olvida uno de todo lo que no sea su cara de niña precoz y sus pechos de virgen indostánica; saboreando una de esas pastillas de jugo lácteo mezclado con café, que han popularizado el nombre de la capital de la Rioja, le dan a uno ganas hasta de hacer las paces con Tirso Escudero, ilustre hijo de Logroño, del que nos separan de antiguo abismos de chismorreos.

Nosotros hemos visto a *Coquito* estremecerse con las convulsiones de la rumba y hemos creído en Dios; hemos visto fabricar las pastillas de Logroño en una fábrica montada *ad hoc* en el barrio de la Guindalera, de esta corte —porque si tuvieran que venir del propio Logroño se gastarían mucho dinero en el viaje—, y hemos caído de rodillas, alabando el poder de la Divina Providencia.

En la sala, mientras *Coquito* en su cuarto se prepara para la danza, hay un rebullir del público: algunos escépticos leen el periódico, y

en la fila tercera, hacia la mitad de ella, nos encontramos con el rostro de niña del estudiante, hoy feliz, radioso, con la vivacidad del sediento, que tras una larga caminata ve por fin brillar el Sol en el cristal de la fuente que ha de apagar su sed.

Hoy iba a ser: tras una espera de varios días, durante los cuales había procurado conservarse limpio de todo contacto carnal para atesorar reservas, llegaba por fin el momento de cambiar la calderilla del sueño por el oro de la realidad. Aquella noche, a primera hora, se había entrevistado con doña Micaela, y todos los detalles se habían ultimado. El, al terminar la función, marcharía a casa de ellas y esperaría en el portal. Al despedirse hasta luego, la madre tuvo uno de esos rasgos líricos que daban el sello especial a su carácter:

—Oiga, joven, como a usted le dará lo mismo, procure llevar el dinero en billetes chicos, porque luego, para cambiar nosotras, todo son dificultades.

—Así lo haré como gustáis, señora.

La advertencia daba a la entrevista cierto parecido a las del huerto del Francés.

—Procure usted llevar mucho dinero suelto, porque ese tío, como no vea una banca muy fuerte, no se anima—decía Lopera a sus víctimas.

El también estaba dispuesto a dejar la vida con el dinero en aquel huerto de doña Micae-

la, en el que la fruta que más lozana crecía era la manzana de nuestros primeros padres... Y ahora, aquí en el teatro, al pensar que aquella mujer, que tantos codiciaban, iba a ser suya dentro de poco, sufría desvanecimientos medulares.

Va a alzarse el telón: en la sala hay silencio y ansiedad. El foco colocado al fondo de la entrada general vertía ya su orgía de luz en el escenario; todas las bocas se abrían, y las que lo hacían con más estrépito eran las de unos señores graves, serios, formales, de esos que tienen todos los problemas resueltos menos el de la lujuria, y que ocupaban delante de nosotros unos asientos de la primera fila. Eran hombres casados que, para venir a ver a *La Coquito*, habían de inventar ante sus mujeres la reunión de cualquier junta o lo ineludible de ciertos compromisos de amistad; y es que las mujeres casadas no comprenden sus propios intereses: sin el entusiasmo que el espectáculo de *La Coquito* ponía en las medulas de sus maridos, ¿iban a gozar ellas de la barbarie de su acometividad sexual, cuando volvían a casa a las dos de la madrugada? ¿De dónde?...

Ya suena la música, y en la sala se produce el último movimiento de ansiedad. La música que acompaña a la célebre danza cubana es acaso lo más incitante de toda ella: es una música picada, juguetona, imitativa de los movi-

mientos concéntricos de cierto acto carnal, cuando se ejecuta deprisa, porque al tren se le han roto los frenos, y también del sube y baja de la mano del hombre—la misma que ara los campos y da dirección a los globos—, cuando éste se acuerda de que el placer de Onan puede ser una solución provisional en ciertos casos. Al final, la música se revuelca, se retuerce, cae en un desmayo frío que llega a hacer daño en las sienes. No cabe duda que el autor de esa música de condenación agrupó las notas en el pentagrama teniendo delante el modelo vivo de una pareja de amantes en el momento de la eterna sinfonía: no hay en ella inspiración, sino copia.

Al levartarse el telón, la escena está vacía, y así sigue durante un rato, sin duda para excitar más nuestra impaciencia, y mientras la música continúa sonando. Al fin se abre la última puerta del lado izquierdo y aparece *Coquito,* que, apenas ha dado unos pasos en escena, cae de lleno en el foco de la luz.

A la cabeza lleva anudado un pañuelo morado, como ese que se ponen las mujeres en Andalucía para enjalbegar los muros de las casas, y que, recortando el óvalo de la cara, hace a ésta más bonita, resaltando la armonía de las facciones; unos caracolillos de pelo son lo único que se escapa de la prisión del pañuelo, y cayendo sobre los ojos hacen que éstos aparezcan soñadores y perdidos en un negro ex-

travio. De las orejas cuelgan unos magníficos zarcillos de brillantes que con la luz despiden destellos de un modo extraordinario, como los ojos, y los dientes, menudos y apretados, que parecen de nácar.

Un pañuelillo también morado y con flores de oro, le cae por los hombros, y ella sujeta con las manos sus dos puntas delanteras. Recomendamos al lector que no pierda de vista este pañuelo: él es el secreto del encanto de la rumba; él obra a modo de tapadera incitante, cubriendo y descubriendo a compás lo que, por estar semioculto, tiene más atractivos. Otelo se perdió por un pañuelo de las narices: por este otro pañuelo de los pechos estamos dispuestos a perdernos unos cuantos mortales que tenemos poco que perder.

Sin hipérbole puede decirse que lo demás del cuerpo celeste de *Coquito* está desnudo, pues no es ir vestida llevar una gasa a modo de camisita, muy ancha por los pechos, para que éstos puedan jugar después con toda libertad, ni tampoco es una prenda de guardarropa un lienzo también morado que le cubre las caderas y que por delante apenas tapa el vértice sexual, y por detrás no llega a ocultar—¡felizmente!—ni la cuarta parte de los hemisferios de la fachada. Estos, como dos baloncitos apretados y macizos, desarrollan una curva discreta, en la que está el mayor peligro.

Los muslos, las piernas, los brazos, la espal-

da y casi todo el pecho están al aire. La carne parece seda, un poco pálida, pero limpia y brillante en una invitación al mordisco con su ligero temblorcillo.

Y empieza la danza.

Con las puntas del pañuelo muy separadas y éste sirviendo de fondo, sobre el que se destaca mejor la parte alta del cuerpo, la muchacha empieza a dar unos saltitos y a temblar por todo su organismo. Este temblor es el que nos invade cuando el frío nos hace tiritar, o más propiamente aún, el que sufriría una persona que, atacada de picores rabiosos por todo el cuerpo, intentara librarse de ellos frotándose con furia unas partes con otras del organismo.

Dicen, y debe ser cierto, que en las fiestas que se celebran en los bohíos cubanos—donde la rumba nació como Minerva de la cabeza de Júpiter—las negras que han de bailar la danza se untan previamente el cuerpo con ungüento de pimienta, y se ponen junto al fuego para derretir la unción: un picor infernal, rabioso, las ataca, e impelidas por él danzan, danzan, hasta caer rendidas por la fatiga, revolcándose por el suelo. El atroz martirio de lujuria obliga a los espectadores a sentir también cierto picor, si no en todo su cuerpo, en una parte muy respetable de él, que los romanos conocían con el nombre de grifo de la vida.

La Coquito no se untaba nada en su cuerpo

limpio y de morena transparencia nacarina; pero ante nosotros se retorcía, se agachaba al suelo, se alzaba irguiendo el busto hasta parecer que iba a caer de espaldas. Y en estos temblores estaba el encanto enfermizo del baile, pues impelida por ellos, las piernas se frotaban unas con otras, las dos partes del hemisferio posterior se abrían o apretaban por su raya central, y los pechos, ya duros y bravíos por el masaje que uno a otro se daban, se empujaban, temblaban como flanes recién hechos, y crecidos de pronto por el ejercicio de un modo inesperado, iban juntos de un sobaco a otro, queriéndose escapar por los bordes altos de la camisilla.

La música, aquella música que parecía inspirada por el mismo Eros, seguía siempre sonando con sus cabriolas y sus desmayos.

La letra que servía de fondo a esta música, y que *Coquito* iba diciendo, con voz firme al principio, y después deliciosamente quebrada por la fatiga, era una prueba de que la incongruencia es también patrimonio de los trópicos, y no sólo de nuestras Cámaras legislativas. Decía así:

«A la ba la ba Conchita,
a la ba la ba la cubanita,
los coquitos que yo vendo
son más dulces que la miel.

A la ba la ba Conchita,
a la ba la ba la cubanita,
a aquel que me dé dinero
mis coquitos venderé.»

Aquí la música se quebraba en un retorcimiento, con algo de aire de marcha solemne:

«Eh, hi, ho; mis cocos blancos son
como la nieve.
Eh, hi, oh; mis cocos dulces son
como la miel.
Cocos. . Cocos...»

La música volvía a recobrar el ritmo saltarín del principio:

«Alza, columba, rumba,
ven, cocó, margó...
alá te verá eh,
alá te verá eh.
Alza, columba, rumba,
ven, cocó, margó...
alá te verá eh,
alá te verá eh.

Como verá el lector, entre esto y un discurso cualquiera de los que pronuncian los jefes de las minorías en un debate político del Congreso, hay el mismo parecido que entre un duro y cinco pesetas. No hay más dife-

rencia que la indumentaria del que pronuncia una y otra cosa. Indudablemente todo ello tendrá su sentido en el caló especial de los campos cubanos, a menos que por allí el camelo y la banana sean frutos de la flora natural del pais.

Para nosotros ahora estas palabras, que salían como perlas de la boca apetitosa de *Coquito*, tenían un significado especial un poco esotérico. Aquella era una vendedora de cocos, que estaba dispuesta a vender su mercancía por dinero, que es por lo que se venden casi siempre todas las cosas de este mundo, y los cocos eran los pechos redondos, saltarines y juguetones, dentro de la benévola prisión de la camisa.

Ella enseñaba la mercancía, velada por una gasa, para que no la picasen las moscas, como colocan las frutas en las fruterías; pero como era una mujer lista, comprendía en seguida que nadie que no sea tonto compra sin ver bien lo que va a comprar, y aunque todos hemos oído ponderar mucho los cocos pectorales de *La Coquito*, para rascarse el bolsillo hacía falta algo más que una simple referencia, o aquel entreverlos rodeados de sombras tras la gasa.

Y llegaba, lector, el momento de fiebre de la noche; los espectadores ya no conservábamos de hombres más que la apariencia, pues la lascivia nos había convertido en unos perfectos

guarros, glotones por hocicar en la bazofia de la carne. Ni por todo el oro del mundo hubiese abandonado su sitio en aquel momento ninguno de nosotros, y algunos, más despreocupados, aprovechaban la oscuridad de la sala, y la seguridad de que en aquellos instantes nadie había de fijarse en el vecino, para perpetrar, debajo de la capa o del abrigo, el crimen solitario del amor, que siempre será un crimen mientras haya en el mundo falta de población en muchas naciones.

La orquesta disminuía sus sones en un moderato, y *Coquito* se volvía de espaldas al público; ya no cantaba. Hay momentos en que las palabras son ociosas, aunque sean con música.

El movimiento de su cuerpo aumentaba en violencia, y el ahogo del público era ya mayor; inclinada hacia adelante, nos enseñaba ahora muy bien la rotación de la esfera posterior, furiosa y jadeante.

¿Qué estaría haciendo aquella mujer allí, sin que la viéramos la cara ni las manos? Muy pronto se volvía, aumentaba la orquesta sus sonidos, y *Coquito,* soberana de impudor y de franqueza, se abría el pañuelo con ambas manos y nos enseñaba, ya libre, sin tapujos, sin gasas que lo velasen y magnífico en toda su amplitud, uno de sus pechos, una bolsita de carne un poco morena, contorneada como por manos de escultor meticuloso, en cuyo centro

se erguía triunfante e imperioso el botón de la vida, como un moscardón que se hubiese parado en un quesito recién hecho.

Sacaba el busto hacia fuera, se aproximaba a la batería, y lo paseaba por toda la sala como un trofeo de victoria.

En el público estallaba un rugido, un verdadero rugido de bestia en celo, y *Coquito* volvía a esconder el pecho, continuando el baile. Pero la gente no se conformaba: metida ya en el bosque de la bestialidad, quería llegar hasta el fin, y cuando la artista terminaba la danza y caía el telón, era ya un clamor de pueblo que reclama por la fuerza, si de grado no se le quiere dar, la satisfacción de un capricho.

El telón volvía a alzarse, pues si no el teatro hubiera ardido por los cuatro costados, y *Coquito*, risueña y complaciente, volvía a empezar la danza con igual entusiasmo que antes.

Habría sido curioso observar uno por uno los rostros de los espectadores, y sacando de ellos una fotografía en aquel momento, se tendría una galería curiosa, digna de figurar en un museo del vicio y del crimen sin sangre. Nada que fuera expresión racional había en aquellos ojos abotargados por la fiebre, en aquellos pómulos salientes y sudorosos, en aquellas bocas abiertas para dejar paso al anhelar de la respiración; el espectador pasaba por ese momento de ceguera del instinto en que lo mismo se mata a la mujer por celos infundados, que se

vota la candidatura republicana en unas elecciones. Y los que, creyéndose observados por todos, querían aparentar indiferencia, eran los que más descubrían el interior de sus cloacas, con aquellas muecas forzadas y aquellos bostezos que no eran más que sequedad de garganta.

Coquito se sabía de memoria a su público, y, por ello, no ignoraba que repetir el baile para hacer lo mismo que la primera vez era defraudar al auditorio: en cada repetición tenía que superarse a sí misma, y por ello, ahora, marcando más los movimientos, al llegar al final y echar el pecho fuera, lo mantenía más tiempo a la intemperie, lo erguía como un reto, lo tapaba y descubría con travesura a compás de las voces del público.

Y más digna aún de estudio que la cara de los espectadores, era el rostro de aquella mujer en aquellos instantes: se transfiguraba, trocaba su expresión humana en divina y adornaba su faz con una sonrisa maligna, quieta, extática, que, con lo grande de su boca, le dividía la cara en dos partes como una posesa.

Nada más incitante que aquello: era el triunfo, el vencimiento definitivo de la mujer, que al ver a sus pies cien hombres rabiando y babeando de lujuria por ella, se trastornaba, se emborrachaba de orgullo y sufría un acceso de fiebre dominadora. Debía gozar y sufrir con mucha intensidad *Coquito* en aquellos trances,

a pesar de la costumbre; y si no gozaba ni sufría, el arte con que fingía ambas cosas era tan soberano, que él sólo ya era una consagración más.

Y los hombres, los machos del público, engañados por aquello mugían de sadismo al ver el cuerpo hermoso de la bailarina fatigándose y cubriéndose de sudor para divertirlos a ellos: el entusiasmo era ya rabia, deseo loco de martirizar a la mujer y de ser martirizado por ella, ganas de echarse a sus pies mordiendo, y en aquella postura ser apaleados por *Coquito* como el notario famoso que se alimentaba de suelas de zapatos.

Y en aquellos momentos, una voz providendencial que venía de lo alto de la entrada general, aullaba, no como petición, sino como mandato, que todo el público subrayaba:

—¡Los dos!

Y ella, ¡qué remedio!, como esclava que era ya de los deseos y aberraciones del público, se disponía a obedecer, sin cerrar un ápice el estuche de su sonrisa que mareaba. Se volvía de espaldas y seguía en sus frotaciones: al dar de nuevo la cara a la sala y separar con violencia las dos puntas del pañuelo, apareció *Coquito* tal y como era, sin velos, sin tapujos, como doña Micaela la echó al mundo: los dos pechos, breves, pero macizos, iguales, armónicos, saludaron al auditorio con un temblor de impudicia. La camisa, caída ya hacia el ombligo,

no era sino una bandera que se arría tras un bombardeo tenaz.

Y entonces, el estudiante, que llevaba un cuarto de hora mordiéndose los labios, crispando los puños y apretando las piernas cruzadas para evitar... lo inevitable, se rindió como la camisilla de su amada. Un río vital rompió el cauce y se desbordó por las campiñas de sus muslos.

El chiquillo echóse a llorar de rabia.

Julito salió a la calle enfadado consigo mismo.

¡Qué asco! Una semana haciendo penitencia y no metiéndose en la cama hasta que el sueño no le rendía, para evitar juegos malabares con su organismo, y ahora, cuando faltaban minutos para la batalla, dispersaba tontamente uno de los ejércitos de reserva que tanta falta le iban a hacer dentro de poco.

Algo le consolaba la idea de que había sido por ella, ¡siempre por ella!, y ante el ara de su hermosura, donde se había consumado el sacrificio que ahora, al andar, le humedecía los alrededores del obelisco sexual, con riadas petroleras. Recordaba casi con miedo la extraña sensación del momento; quien había llamado a cierto acto *la muerte chiquita*, no había inventado ninguna entelequia. Eso, una muerte dulce, una agonía cachonda, como dicen que es la de los ahorcados—¿qué ahorcado habrá vuelto a contar semejante infundio?—era lo que el estudiante había sentido; una muerte de la que *ella* fuera la causante, ya que coincidió el momento de abrírsele las esclusas con la aproximación de *Coquito* a la batería, frente

al sitio que él ocupaba, armada de la doble arma de sus pechos, y con la eterna sonrisa, que parecía una burla del que con tanto placer se estaba muriendo por ella.

Salió a la calle del Mesón de Paredes: la gente que salía del Salón Nuevo le empujó más de una vez fuera de la acera, por donde caminaba sin prisa. La noche tenía esa suavidad de algunas de las del mes de Marzo; los infinitos tupis de la calle estaban llenos de gente, y un sereno conversaba con una prostituta barata en la esquina de la calle de Juanelo. De una de las puertas de la acera izquierda salía la magia dolorosa de una guajira cantada por el *Niño de Cabra* en el disco de un gramófono.

Olía a anís y a leña de las tahonas cercanas. Un coche de punto iba despacio, calle abajo, a encerrar sin duda, con el cansado tintineo del único cascabel de su caballo; era la hora en que se matan los novios en las casas de citas de las calles tristes del barrio, y en que empieza a torcerse hacia la anormalidad el instinto sexual de la mayoría de los pobres mortales.

¿Habéis notado lo líricos que nos sentimos todos después de saciar el hambre de la carne? Conozco individuo que siempre que sale de cierta casa de vampiresas de la calle de Lope de Vega, va tarareando casi en voz alta el aria de la calumnia de *El barbero de Sevilla*, y puede asegurarse que el tercer acto de *Aida* lo es-

cribió Pepe Verdi tras un día de amor en el divino Nápoles.

A Julito en aquel momento, la malagueña que entonó el gramófono después de las guajiras de antes, le parecía cosa de los ángeles del cielo, y se paró a oirla, acompañándola con el pensamiento; la copla no era la primera vez que la oía, y tenía ese sabor festivo que tienen casi todos los cantos populares del país de las pasas:

«Clavado en el corazón
llevo un puñal y un cuchillo;
si me clavo un tenedor,
ya ves tú si eso es sencillo,
pareceré un comedor.»

Julito, con el optimismo del momento, se extasiaba oyendo aquello. Ya la calle, había quedado medio vacia; y cuando el mozo se había olvidado ya de todo, notó que una figura humana se le paraba delante, y poniéndole la mano en el carburador de su organismo, le decía con acento meloso:

—Vamos, ¿vienes?

Tuvo que fijarse bien para comprender de lo que se trataba. Delante de él tenía un rostro enyesado en el que brillaban unos ojos que no habrían sido feos antes de que los calcinara el yoduro, y más arriba, unos pelos untados con bandolina parecían de azabache en el misterio de la noche.

Peinetas y abalorios de talco, una ropa pobre, pero limpia, una boca de labios muy rojos y dientes muy amarillos, y aquello, aquel montón de ruinas y afeites, era una mujer, una hembra de amor, una cortesana, hija de aquellas que en el Cerámico de Atenas endulzaban con sus manos la austeridad de la vida de los filósofos que acudían a ellas en la hipocresía de las horas nocturnas.

—¿Qué dices?

—Que vengas conmigo.

—Y ¿dónde?

—Aquí cerquita; a la calle de la Esgrima.

—No tengo dinero.

—¡Anda, tonto! Todos decís lo mismo... Mira, te daré mucho gusto.

—El gusto será mío.

—¡Ya lo creo! Mira, podemos hacerlo a la francesa y a la italiana; verás qué bien.

—¿Y a la alemana? Porque yo soy germanófilo, y veo que tú te vas con los aliados.

—Y ¿cómo es a la alemana? Lo hacemos como tú quieras.

Aquella mujer era una ingenua que tomaba en serio las bromas sencillas del estudiante. ¡A la alemana! Los súbditos del Kaiser habrán inventado la cerveza, una filosofía nueva, un método de investigación científica y una música ligera como un par de bueyes; pero una nueva manera de hacer el amor, no.

Italia, ese pueblo de artistas, que, según di-

cen algunos, ha atacado por detrás a su aliada Austria, es maestra en esa clase de golpes, que el que no los haya probado, puede muy bien graduarse de pobre hombre. Julio, al oir la proposición de aquella momia, sintió un escalofrío, y como ella no había cesado en sus manejos de entrepierna, fuésele poco a poco animando la psiquis; con el concurso del tacto no hay mujer, por horrible que sea, que no pueda llegar con el hombre a iguales resultados.

—Vamos, anda...

Pero Julio acabó de volver en sí. ¡Aquella mujer no podía figurarse con quién iba él a acostarse aquella noche! Además, se le hacía tarde, y sería una falta imperdonable llegar al portal de *Coquito* después que ella.

Dió unas perras a aquella criatura, y se despidió quitándose el sombrero. Mientras se alejaba hacia la plaza del Progreso, iba pensando en aquella proposición con cierta melancolía. ¡A la italiana! ¡La invasión del Tirol entrando por detrás! Seguramente con *La Coquito* habría que renunciar a ello, pues claro es que no iba la chica a descender a aquellos refinamientos de la calle de la Esgrima.

Cuando llegó al Progreso le asaltó una idea melancólica. ¿Habría él renunciado a la felicidad, pasada por su lado, como ocurre raras veces en la vida? Tuvo que dar un quiebro en plena acera, pues otra cortesana venía dere-

cha a él como una flecha, sin duda para proponerle lo del Tirol; y eso no. La tentación hubiera sido demasiado fuerte y no había que abusar de la flaqueza de la carne.

Sin más tropiezos llegó a la calle de Espoz y Mina. No era empresa fácil para un hombre solo cruzar Madrid a aquella hora; en cada esquina, a la vuelta de cada calle, acechaba la tentación en forma de mujer, y mediante un desembolso que oscilaba entre dos y cinco pesetas.

El sereno, al verlo parado en el portal, se acercó solícito:

—Buenas noches, señorito. ¿Va usted al principal?

—Creo que sí. A casa de...

Le dió timidez declararlo; gracias a que el distinguido vigilante nocturno le sacó del apuro con toda solicitud.

—¿A casa de la señorita *Coquito?*

—Sí, eso es; pero me han dicho que espere aquí en el portal. ¿Han venido ya?

—No, señorito; nunca vienen antes de las dos o dos y media. Pero pase usted dentro y espere aquí.

Le abrió la puerta y le hizo entrar. Es admirable la solicitud casi paternal con que los serenos acogen a todo el que va a visitar el domicilio de una cortesana; no hay en ellos ese mal humor inconsciente de todo el que ejerce oficio de celestinaje más o menos directo. La

abundancia de la propina acaso explique estos abismos psicológicos.

—Cuando salga usted mañana, yo le esperaré para abrirle.

¡Mañana! Pero ¿es que iba él a salir al día siguiente? Mejor quisiera quedarse allí, morirse entre las caricias de ella poco a poco, con la agonía lenta de algunos patricios romanos.

Pasó una media hora larga en la entrada de la casa. ¿No era mucho tardar? Después de esperar más de un año, aún no había, por lo visto, esperado bastante. Oyó el ruido de un automóvil al principio de la calle; el coche venía despacio y se detuvo frente a la puerta de la casa. A Julio le entró un temblor de fiebre, cual si fuese su verdugo el que viniese en aquel auto.

Bajó primero doña Micaela, y al verlo en la entrada le dijo:

—¡Hola! ¿Está usted aquí? Suba usted.

El no habló palabra; echó a andar tras la dama, y antes de subir el primer peldaño de la escalera tuvo que apartarse para dejar paso a *La Coquito.*

La muchacha pasó por su lado sin hablar, sin mirarlo siquiera, y como un gamo que huye, echó a correr escaleras arriba, dejando atrás a la madre.

Aún sonaba la llave del sereno cerrando el portón de la calle, cuando la creadora de la

rumba hizo sonar el timbre del piso. La puerta tardó poco en abrirse; cuando llegaron al vestíbulo la madre y Julio, ya la hija había desaparecido por un pasillo que había a la izquierda; doña Micaela le hizo pasar a un saloncito donde olía muy bien y que estaba completamente a obscuras.

El estudiante se acordó repentinamente del huerto del Francés; para que el recuerdo fuese más vivo, doña Micaela, al verlo avanzar en la obscuridad, le dijo:

—Tenga usted cuidado, que va a tropezar en un sillón que hay ahí.

Todo como en Peñaflor; Lopera decía a las víctimas:

—Cuidado con esa cañería del agua, no vaya usted a tropezar.

Y cuando el visitante bajaba la cabeza para ver el obstáculo, venía el golpe de maza en la nuca que le abría el portillo de lo eterno.

Julio no recibió ningún golpe: la luz que caía a raudales de un aparato de cuatro brazos que había en el centro de la habitación, fué la que vino a bañarle, quitándole todos los recuerdos.

—Espere usted aquí un poquito, que ahora vendremos.

¿Vendremos? ¿Por qué hablaba en plural doña Micaela? Con eso no había él contado, y puede que aquella señora, en un exceso de cariño maternal, no abandonase a su hija, ni en ciertos momentos solemnes.

Pasó revista a la estancia: era un saloncito pequeño y cuadrado, con un balcón que ahora aparecía cerrado de cristales y maderas, y con los muros tapizados de salmón. Un gran espejo cubría el muro de la izquierda de la puerta de entrada, y unos muebles sencillos y coquetones daban al local aspecto de casa elegantita y de habitación en que se paraba poco. Algunos retratos de *Coquito* y varios muñecos de china esparcidos en mesitas y rinconeras completaban la fisonomía de la estancia, que parecía un nido sin pajarillos.

Otra espera y no corta: bien conocía *Coquito* el arte de hacer guardar antesala, que tan deseables hace a las personas. El muchacho estaba nervioso, excitado acaso por el perfume de ella, que se respiraba hasta en la escalera de la casa, y que era un olor seco, picante, como de fruta conservada en sitio húmedo, que llegaba a marear como una obsesión de besuqueos.

Un ruido en el pasillo y un aceleramiento en las pulsaciones del joven... Después un desengaño, pues el ruido pasaba de largo por la misma puerta de la habitación, y todo volvía a quedar en silencio.

Dos o tres veces se repitió el susto: al fin, al cabo de media hora larga, sin ruido previo, suavemente, como ocurren en el mundo las cosas grandes, se abrió una puertecilla de escape en la que Julio apenas se había fijado, y

que parecía una trampa en el muro, y apareció ella, con una bata celeste, muy enjoyada y con su eterna sonrisa en el rostro.

Le saludó como si le conociera de toda la vida.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

Le tendió la mano, y sin esperar su respuesta, que no llegó a salir de los labios del joven, sentóse a su lado, cruzando las piernas con decisión.

Coquito en aquel momento tenía ese aire inconfundible de la persona que quiere dárselas de despreocupada, y que realmente está llena de emoción. Él, rojo como un pimiento, no decía nada, y empezaba a notar que las sienes se le bañaban de unas perlas de sudor frío.

—¿Cómo te llamas?

—Julio Ordóñez.

—Julio...

—Sí...

Quedaron los dos callados, y al encontrarse sus miradas, se echaron a reir. Ya él cobró fuerzas con aquella risa y habló de primeras:

—No le choque a usted que no sepa qué decirle, pero es que estoy que...

—¿Qué?

—Póngame usted la mano aquí, en el corazón.

Blandamente, le metió por debajo del chaleco una de sus manitas, cortas y rosadas, y con un gesto de colegiala, le dijo:

—¡Jesús! Pero ¿es que está usted malo?

—Ahora sí. Y usted tiene la culpa.

Fué ella la que se puso colorada. ¡Dios santo, y era aquella la mujer corrida, cuyo nombre no pronuncian las honradas sin santiguarse, y que fijamente, sin hipérbole, habría representado aquella escena del amor más veces que pelos tenía repartidos por todo su organismo! ¡Cualquiera da reglas fijas para la psicología de ese arcano con corsé que se llama una mujer!

—Si usted supiera lo que yo he sufrido desde hace más de un año...

—Pero, hombre, ¿por qué me llamas de ueted?

—Es verdad; es que no me doy cuenta. Me inspira usted, o me inspiras tanto respeto...

A eso *Coquito* no supo qué contestar; instintivamente era una mujer de su tiempo, y no comprendía entre hombre y mujer ese lenguaje filosófico-cursi de que tanto han abusado en estos últimos veinte años los autores de comedias, y que en la vida real no se produce más que cuando uno de los interlocutores se ha soplado dos copas de más.

—Bueno; y tú... ¿qué es lo que querías de mí?

—¿Yo?

—Sí; me ha dicho mi madre que querías verme.

—Verte, no: eso ya lo hago todas las noches en el teatro, pero no me basta con eso.

Coquito se estaba fijando en él, casi sin hacer caso de lo que decía; era bonito el zagal. Su rostro, muy pálido y con los ojos azules, era uno de esos rostros intermedios entre el hombre y la niña, por el que suspiran con vehemencia todas las jamonas lascivas; y los cabellos, entre rubios y castaños, tenía en algunos mechones matices de oro, y al caer sobre la frente, nimbaban la blancura del rostro con arreboles de puesta de Sol.

En todo él había ese aire virginal y de primicia que no pierden algunos mancebos aun después de cien noches tormentosas, y con el ensueño de sus ojos, y cierto aire lánguido y suelto al andar, era uno de esos sujetos que, al tropezárnoslos por las noches en calles solitarias, nos obligan a llevarnos instintivamente la mano al final de la espalda, en espera de asaltos ancestrales.

Julito Ordóñez, a pesar de su apariencia de efebo codiciable, era un hombre, todo un hombre: bien pudo comprobarlo *Coquito* al posar su vista—en medio del errar a que la había entregado—en cierta entrevía sexual del cuerpo de él, y notar que un obelisco, levantado en segundos, empujaba hacia el cielo la tela de sus pantalones, con amenazas de ruptura.

Y con qué delicia y con qué terror al mismo tiempo fué ella dándose cuenta, poco a poco, de que aquel niño o niña, o lo que fuese, le gus-

taba mucho y le inspiraba deseos que raras veces sentía.

Para ella, en la mayor parte de los casos, el amor era un mecanismo, algo así como esas máquinas de calcular, en que se hace una suma apretando un botón, o se sabe los sablazos que le van a dar a uno en el año moviendo un resorte; a lo más que llegaba cuando el hombre que estaba con ella era un virtuoso del colchón de muelles, era a, ya metida en faena y con la luz apagada y el cuerpo en dínamo, entregarse sin reservas mentales. Pero este apetito, este deseo anterior al acto carnal, y que se presentaba aun antes de que se hubiese soltado un botón de la bata, no recordaba ella haberlo experimentado más que una vez en Cuba, en que habiendo visto una noche de luna—o sea la letra de una guajira—a un negro bañándose en el río Zapote, vió que sacaba un brazo muy fuerte y musculoso del agua, y luego se dió cuenta de que lo que ella había tomado por brazo era... otra cosa, también de la propiedad del negro bozal. Salió éste del baño... y a la mañana siguiente despertaron *Coquito* y él en un lecho de cañas de las orillas del rio: con aquello sólo tenia la chica bastante para bendecir su viaje a la Gran Antilla, del cual se trajo además quince o veinte mil duros y el secreto de la receta de la rumba.

La noche del Zapote iba, por lo visto, a repetirse a orillas del Manzanares, y con un

blanco que acaso eclipsase al negro del trópico.

Y como estas cosas del gusto se conocen en los ojos, y se contagian, Julio, al notar el efecto que su persona habia producido, se echó a los pies de *Coquito*, y cogiéndole ambas manos le dijo entre sollozos:

—*¡Coquito!* ¡Que no puedo más!

—¿Qué te pasa, hombre, qué te pasa?

Se puso de pie y le ayudó a levantarse: abrazados como dos buenas hermanas omeleteras, salieron por la misma puerta falsa por donde antes había entrado ella.

—Anda, vamos, y no hagas mucho ruido; que aún no se habrá acostado mi madre.

Entraron en una habitación, en la que la nota más saliente de su decorado y mobiliario era una *chaise-longue* amplia, resistente, que estaba allí como un trono vacante esperando al nuevo monarca.

No es la primera vez que el lector penetra en esta estancia, al menos con el vuelillo de la imaginación: la primera fué al principio de este verídico relato, con aquel hombre serio y fornido que pagó con tanta esplendidez la cena pantagruélica de doña Micaela.

No se sabe qué misterio flota en el ambiente de ciertas habitaciones, que le obliga a uno a quitarse la chaqueta y los pantalones apenas penetra en ellas y antes de haber hablado una sola palabra. Así como al entrar en la mayor

parte de los Ayuntamientos de España, lo primero que se le ocurre a cualquiera es abrocharse, en otros mechinales parece que la ropa es un estorbo, y procede uno a desabrocharse aunque se esté muriendo de frío.

Ver Julito la *chaise-longue* y quedarse en mangas de camisa fué un mismo acto inconsciente: sus dedos temblones habían iniciado ya la separación de ambos lados del chaleco, cuando notó que unos brazos fuertes le sujetaban por detrás, y unos dientes de rata se le clavaban en el lóbulo de la oreja izquierda. Pensó otra vez en el huerto del Francés; pero la voz de *Coquito* le libró del mal pensamiento, diciéndole al oído, mientras le dejaba caer al suelo con ella encima:

—No te desnudes aún. Luego, más tarde...

El sentía el peso de ella, oprimiéndole contra la alfombra, y notaba cómo su boca se paseaba en una fiebre de mordiscos por su cuello y por su cara. En un momento en que pudo volverla, vió que la chica estaba aún vestida con su bata, y haciendo un esfuerzo, logró librarse de su prisión, pero no sujetarla debajo, como quería, y ambos hubieron de quedar frente a frente, tendidos de costado contra el suelo.

Como juegan los gatos en Enero en el alero de un tejado, así jugaban aquellos dos chotos al peligroso juego del revuelco amoroso. Ella, más astuta, había sujetado con las suyas las dos piernas de él, y él, en cambio, cogiéndole

las dos manos con su izquierda, metió la derecha por el borde del pecho de la bata, buscando, más práctico, los limoncillos con que se amamantan los nenes.

Se defendía la chica con valor:

—No, no; déjame. Eso luego...

—Anda, los de la rumba, enséñamelos—suplicaba Julito casi llorando.

—Luego... luego...

Todo lo dejaba para luego aquella mujer. ¿Era rubor? Nada de eso: era simplemente conocimiento exacto del valor de cada una de las partes de su cuerpo, y sabia precaución de no entregar al primer ataque lo que más valía. ¡Ahí eran nada los coquitos de la creadora de la rumba! Por rozar con la punta de un dedo cualquiera de sus dos botones, diera antaño el mando de su provincia un gobernador de una de las aragonesas, como Granada Boabdil por un beso de cierta boca.

—Anda, que me voy a morir de sed.

—Luego, luego...

Pero había que hacer algo: el equipo de pantalones del estudiante no era, ciertamente, el de Luis Medrano, y el que llevaba puesto amenazaba con estallar. No en balde se juega por los suelos con una mujer como *Coquito;* ésta, entre otros dones, tenía el de hacerse cargo, y cuando pudo conseguir la libertad para una de sus manos, fué con ella a explorar ciertos parajes del joven, que era donde el estallido amenazaba.

Ahora fué éste el que pegó un salto hasta quedar sentado en el suelo:

—¡No, hija, no, por Dios! No me toques ahí.

—¿Por qué? ¿Es de tornillo y temes que se te caiga?

—No, no gastes bromas; lo que no quiero es... que el tren salga antes de su hora.

Hubo un silencio: los dos respiraban con fuerza. Ella se arregló un poco los cabellos, que habían iniciado un artístico desorden, y sentada también, esperó a que él, por sus pasos contados, y como práctico que conduce la nave al fondeadero entre los escollos de la entrada del puerto, sacase a luz su imperativo categórico, que parecía un faro vigilante entre las borrascas del Océano.

¿Quién ha dicho que la raza española es débil, apocada, feble, como ahora se dice? ¿Ha sido Feijóo? Pues Feijóo era más inculto que una mesa de noche. ¿Quién se ha atrevido a afirmar que entre nosotros, los hombres del Lacio, no se dan ejemplares magníficos de sementales humanos, de esos que derriban una pared de un relincho, y traspasan una fábrica de hierro de un empujon? ¿Lo ha afirmado Ontiveros? Pues Ontiveros es un pesimista que todo, hasta el Montilla, lo ve negro.

No hagan ustedes caso. Esas son afirmaciones gratuitas que hacemos los machos al día siguiente de sufrir un fracaso amoroso. Fíjate, lector—y si no quieres fijarte, que te pasen por

agua un huevo—, en Julito; aprecia en lo que vale el poderío de su conciencia que acaba de exhibir, y dime si en España, como en los ejércitos del kaiser, no hay también su artillería gruesa, para rendir con media docena de disparos el campo atrincherado de Amberes. Y no es sólo Julito: otros que no nos llamamos así... pero bueno, no se trata ahora de hacer propaganda de los productos de la casa. Probad y os convenceréis.

Coquito, arrodillada, miraba aquello con asombro y con temblores de deseo. Como la palma se eleva en medio del desierto, como la Giralda se alza en medio del caserío policromo de Sevilla, como el pico de Teide surge bravío de entre la lujuria de los campos canarios, así aquel imperativo era la antena de una telegrafía sin hilos ideal que hubiese de recoger las ondas hertzianas que circulan por el séptimo cielo.

Y la chica—¡alma mía!—que, a pesar de haber visto muchas cosas en este mundo, nunca las había visto más gordas, pensaba que aquel brazo del negro que ella había visto bañado por la luz de plata de la luna en una noche tropical era un palillo de dientes comparado con lo que ahora tenía como letra a la vista.

A la vista y, por lo tanto, de pago inmediato. Esto era lo que la aterraba y la volvía loca de gozo a un mismo tiempo. ¿Podría ella guardar en el divino estuche de su cuerpo aquella joya,

que parecía fabricada en el país de los gigantes? ¿No tendría un límite la elasticidad de su criterio, ya que ella nunca había oído hablar de ninguna mujer que hubiese albergado en su casa por una noche a un poste del telégrafo público?

Pasifae celebró un coloquio con un buey, según dicen los que lo vieron; pero con una ganadería a un tiempo, ni Pasifae, ni la Chana.

Como el indio se arrodilla ante un ídolo de la orilla del Ganges, así estaba ella postrada ante Julio. Este reía orgulloso y satisfecho, y hasta se acordaba con melancolía de sus mil pesetas, que aún tenía en el bolsillo, pero que dentro de poco habría de entregar en manos de doña Micaela. Había estado torpe: con enseñar su interior a la hija, y aun quizá a la propia madre antes de cerrar el trato, es seguro que se habría ahorrado doscientos duros. Como fenómeno, era a él al que debían pagarle, como le pagan a Juan Belmonte.

Coquito extendió las manos lentamente, como un ceremonial de un rito clásico; y fué a coger con suavidad aquel cetro del imperio del mundo. Mientras llegaban a él sus dedos, iba pensando, ¿por qué no?, en un fenómeno de óptica. Con el tacto saldría de su error, pues no era posible que en un cuerpo tan pequeño hubiese tales amplitudes de conformación.

Un nuevo grito de él casi la asustó:

—¡No!, ¡no! Te ruego que no...

Ya a ella le dió rabia:

—¡Claro! Como que será de cera.

No hizo caso de la burla, y se limitó a repetir:

—Luego... luego... luego...

Ahora era él el que quería una tregua, y contenía con los ojos las impaciencias de ella. El suelo iba a servirles de lecho como en los coloquios amorosos de las edades patriarcales: ella, fué tendiéndose como una pantera que se despereza, y él, ya en postura propicia, cayó sobre ella con el ímpetu de un arroyo que se desborda.

Hubo esos movimientos usuales de todo acoplamiento sexual que los hombres hacemos lo mismo que las bestias: compás de piernas que se abre, falda que se alza, sin que nadie sepa quién la alza, madera que cruje, bocas que se juntan y ruiseñor que canta en un árbol próximo, o encima de un ropero, a falta de árbol.

Coquito sintió que sus carnes se desgarraban, y apoyó la cabeza contra el suelo con el estoicismo obligado del que se somete a una operación quirúrgica sin cloroformo: allí, junto al suelo, junto a la tierra de la que todos venimos y a la que iremos a parar, fué a buscarla la boca de él, con el acero del apéndice lingual en ristre, jadeando, babeando, con las crispaciones del epílogo, y con furia suficiénte para crear un mundo, si la creación de un mundo nuevo no fuera siempre una tontería.

Ella, entregada, rendida, y echándole una de las piernas p or el coxis, se quejaba como una corderilla:

—Ay, ay, Julio..,

—¿Qué te pasa?

—¡Qué sé yo!...

Ya no hablaron más: fué una danza infernal, una convulsión epiléptica de los dos cuerpos jóvenes, en una de cuyas revueltas la mano de él hizo presa en uno de los pechos de nácar de la hermosa. El río vital se salió de madre e inundó los prados ribereños, fecundándolos para la cosecha futura. El último signo de vida antes del marasmo final, fué un mordisco de él en los cabellos de ella, que olían a heno y a violeta.

Y en el mundo, la rueda del amor había dado una vuelta más, camino del infinito.....

.....

.....

En el piso de abajo de *Coquito* vivía una viuda de un comandante, mujer tan virtuosa y de costumbres tan austeras, que no guisaba nunca tortilla de patatas, porque decía que para ello era preciso andar con huevos. Jamás echaba morcilla en el cocido, porque decía que eso era ofender a Dios, y cuando salía de su casa era para oir misa en la vecina iglesia de San Sebastián o para comprar pelotas de fraile en una confitería de la plaza de Santa Ana.

Bueno, pues hay quien dice—y nosotros aco-

gemos el rumor con toda clase de reservas, pues no nos consta su autenticidad de un modo fidedigno—que la noche del coloquio del estudiante y *La Coquito*, la viuda despertó sobresaltada por haber oído un ruido extraño en el techo de su habitación, que caía—¡el diablo las carga!—precisamente debajo del revolcadero de la reina de la rumba.

La viuda encendió la luz y vió que por el techo, haciendo un taladro, penetraba un objeto extraño, terminando en punta, aunque algo roma, y que ella recordaba haber visto alguna vez antes de quedarse viuda. El objeto subía y bajaba en movimientos peristálticos, hasta que acabó por desaparecer.

Ella dijo que aquello era cosa del demonio.

¡El demonio! El imperativo categórico de Julio, después de hacer el traspaso del cuerpo de *Coquito* como el de cualquier lechería, había perforado el piso de la casa que era de armadura de hierro.

Tras de la tempestad vino la calma, tras del delirio el ungüento amarillo de la conversación.

Caídos en la *chaise-longue* como dos náufragos que el mar arroja a la orilla sin ropa y sin dinero, fué ella la que inició el diálogo, ya en plena confianza:

—Oye, y ¿es verdad lo que me contó mi madre?

—¿Qué te contó?

—Lo de las mil pesetas: que las habías reunido duro a duro en mucho tiempo.

—¿Duro a duro? Y perra chica a perra chica. Mira, algunas veces me entraban ganas de comprar un periódico, echaba mano al bolsillo, sacaba cinco céntimos, y cuando se los iba a dar al vendedor me arrepentía, me guardaba el dinero, y al llegar a casa lo metía en una caja de calomelanos en cuya tapa había hecho un orificio.

—¡Calomelanos!

—Pues otro día... bueno, eso hay que verlo. Fué el día de San Antonio, y habíamos cenado escabeche en un puesto de la Florida va-

rios amigos y yo: volvíamos a eso de la una de la madrugada hacia Madrid, y yo llevaba una sed rabiosa: la boca seca, la lengua fuera, la garganta apretada...

—Sí, como yo cuando bailo la rumba más de tres veces.

—Eso. Bueno, pues en un aguaducho de la cuesta de San Vicente había un botijo grande, lustroso, que seguramente para moverlo necesitaría una grúa, y cubierto con un paño mojado, en toda su parte de arriba. Aquello fué para mí como el árbol salvador para el que va huyendo de un toro por un suelo de guijarros. Sin decir nada a los otros me separé del grupo, y me fuí al puesto con una perra gorda en la mano; cuando me acordé de ti, era ya tarde para arrepentirme y guardar los diez céntimos en el sarcófago de los calomelanos, pues el dueño del aguaducho había acudido ya preguntándome solícito: «¿Qué va a ser?» Pero tuve un rasgo, me lancé y le dije al hombre con toda naturalidad: «¿Tiene usted champagne Piper Hiedsick?» El hombre, que era un castizo, se cuadró, me miró de alto a bajo, y echando lumbre por los ojos me dijo: «¿Pero usted se ha creído que a mí esto me lo paga Lardhy?» Yo me gané el sofoco, pero me ahorré la perra gorda; ya no me faltaban más que novecientas noventa y nueve pesetas y noventa céntimos para... llegar hasta ti. Cuando llegué a mi casa me agarré a una botella de barro

que había en el balcón, y traspasé su contenido de Lozoya a mi estómago durante media hora; a la mañana siguiente desperté dando gritos: en el vientre, al moverme en la cama de un lado para otro, se me volcaba el agua como una catarata, o como un salto para mover un molino.

Coquito, no podia remediarlo, en el fondo era una sentimental, y al oir el relato de aquellas hazañas que parecían llevadas a cabo por un héroe de Troya, se echó al cuello del muchacho, que ya ante ella tenía el prestigio de un valiente.

—Y si yo te contara la de corridas de toros perdidas, la de cuartas de Apolo renunciadas, los paseos a pie de casa a la Universidad, despreciando el tranvía como si fuese un carro de perdición. Cada peseta ahorrada me parecía un escalón subido en una escalera que me acercase a ti, y a cuyo final, en el último peldaño, estabas tú, esperándome con los brazos abiertos, y tapándome piadosamente con tu cuerpo la figura de tu señora madre, presta a cobrar las mil pesetas, y a apuntar la partida en el debe de su libro embrujado.

—¿Tantas ganas tenías de verme?

—¡Bueno! No eran ganas, era apetito demente.

La chica callaba extasiada. ¿Tanto valía ella que así se entregaban los hombres a toda clase de locuras por poseerla? Nada, ni aun el

mismo homenaje diario del público, del cual triunfaba con sólo exhibir su cuerpo, a diferencia de otros artistas, en cuyo triunfo ha de colaborar el estudio, le conmovía tanto, le llegaba tan adentro—¡y tan adentro!—como aquel sacrificio del pobre muchacho que, durante tanto tiempo, casi no había vivido para llegar hasta ella.

Julio no quiso que la conversación languideciese y volviese demasiado pronto la pelea del amor. Y aprovechó el momento para saciar una curiosidad que desde hace tiempo sentía:

—Oye: ¿y a ti, quién te enseñó a bailar la rumba?

—Nadie; la aprendí yo sola, viéndola bailar a unas negras en un bohío de Cuba.

—Es curioso. ¿Y cómo fué?

—Pues nada, que estaba yo trabajando en la Habana, y un amigo muy rico, que venía todas las noches a mi cuarto, y algunas me acompañaba después hasta el amanecer, me dijo una vez: «Oye, Adela, voy a llevarte una noche, cuando termines tu contrato aquí, a que veas una cosa que te va a gustar»—. «¿Qué es?»—le repliqué—. Y él me dijo: «no te lo digo; es una sorpresa.» Total, que terminé mi contrato, y la primera noche que me quedé libre, vino mi amigo a buscarme en un coche, y salimos al campo.

—¿Había luna?

—Sí.

—Me lo había maliciado.

—¿Por qué?

—Porque no hay noche cubana, ni en coplas ni en romances, en que no brille la luna en lo más alto del cielo; por lo visto allí ese astro tiene poco que hacer, y sale todas las noches a alumbrar con sus reflejos los retozos de los guachindangos y las lubricidades de las mulatas atacadas de furor erótico. Y si alguna noche, por olvido, el disco lunar se abstiene de cumplir con su obligación faltando en su puesto de vigía celeste sobre los campos de caña, se hacen coplas que dan la vuelta al mundo recordando el fenómeno, como se hicieron aquí cuando la muerte del *Espartero*. Recuerda si no aquello que habrás oído muchas veces al *Mochuelo* en los discos Odeón:

«Una noche en que la luna
no daba su luz tan bella,
solamente alguna estrella
alumbraba mi fortuna.
¡Vida mía!»

Cosa que aquí ocurre cada lunes y cada martes, sin que lo convirtamos en poesía: si acaso, en vez de fiarnos *solamente de alguna estrella,* instalamos el carburo o alguna lámpara Nitra.

—Bueno; pues aquella noche hacía luna. Yo, mientras el coche corría por entre los platanales y los campos de maíz, me iba fijando en el

cielo; yo no habia visto nunca noches como aquella: el firmamento parece que está tan cerca de la tierra, que con empinarse un poco se va a tocar con la mano, y por todos los lados del horizonte se veían unas claridades tan intensas, que yo muchas veces me volvía al amigo y le preguntaba si aquel raudal de luz era el alumbrado de un pueblo o de alguna fábrica. El se reía y me contestaba: A «todos os pasa lo mismo la primera vez; aquello es la claridad natural de la noche». Y el olor, la mezcla de olores que se aspiraba en medio de aquella vegetación era tan intensa, que llegabà una a sentir los ahogos del mareo y, sin quererlo, pensaba lo agradable que sería revolcarse por aquella verdura en compañía de algún hombre que no fuera muy exigente.

—¿Iba tu madre contigo?

—¡Ya lo creo!

—Pues a ella seguramente no se le ocurrirían pensamientos tan poéticos como los tuyos.

—Ella pasaba por allí como por Lavapiés en una noche de verbena; yo apenas la oía, pero puedo asegurar que iba repitiéndole a mi amigo la eterna canción: «Que la chica ha subido mucho, que ya no es lo que era, que tiene cada día una docena de pretendientes...» Es su obsesión.

—Bueno, sigue.

—Pues nada, que después de caminar una hora corta, llegamos a una especie de barraca

que, oculta entre el follaje, no la vimos hasta que la tuvimos encima. Una docena de negros y seis o siete negras salieron a recibirnos, haciéndonos muchas zalemas y besándome todos a mí la mano, y llamándome desde que llegué, amita.

—¡Qué ricos!

—Nos sentamos en la misma puerta en unas butacas de lona, que se movían solas, y al momento la negra más fea de todas, grandota y con unos labios que parecían rajas de sandía, nos fué pasando por delante, dando unos brinquitos, una bandeja en la que había unas veinte copas grandes, llenas hasta la mitad de un líquido negro y espeso, que yo bebí sin saber lo que era, pero presumiendo que no me habían llevado allí para envenenarme. En cuanto tuve la boca llena ya sabía lo que era aquello: era ron, riquísimo ron espeso y caliente, muy caliente, hasta abrasar la boca. Cuando ya el líquido me llegó al estómago, yo noté que aquel ron no era como el que yo había bebido hasta entonces, que tenía un picor extraño, suave y emoliente.

—Sería cazalla.

—¡Cá! Yo me intrigué; quise despejar la incógnita y se lo pregunté a mi amigo. El se reía, se reía mucho, y no quería decírmelo, pero al ver que me enfadaba me descubrió el secreto: aquel ron llevaba una dosis muy fuerte de menta; pero no del licor de la menta adulterado por el alcohol, sino del propio jugo de la

planta, extraído a golpes y vertido en las barricas del propio ron.

—Pues sí que el licorcito era como para decir misa con él.

—Mira; oir yo aquello, y empezar a dar botes en la mecedora fué todo uno. Por todo el cuerpo, como una corriente eléctrica, me corría un deseo feroz de amar a alguien en medio del ardor de la noche del trópico, que se me había a mí trasladado a las venas. El deseo, que en mí hasta entonces había sido una necesidad más o menos perentoria, era ahora un mandato imperativo, una apretura como... ¿qué te diré yo?, como cuando ha bebido una mucha cerveza y tiene en la vejiga un hierro candente que urge expulsar.

—Y ¿qué hiciste?

—Nada; poco a poco me fué bajando la fiebre, y aunque me quedó la gana, ya era una cosa tolerable; mirando al cielo y aspirando el perfume de los campos me di cuenta de que en aquella tierra las caricias del amor tienen que ser mordiscos, y me expliqué después, al ver lo que vi, que sólo allí puede nacer y cultivarse un baile como esa rumba que parece haberla inventado el demonio.

—Y las negras, ¿qué había sido de ellas?

—Yo noté con extrañeza que, apenas nos saludaron a nuestra llegada, desaparecieron; pensé si acaso sería costumbre que en las visitas se retirasen ellas.

—¿Y ellos?

—¿Los negros?

—Sí.

—Allí estaban, sentados a un lado, en el suelo, formando semicírculo, muy calladitos y mirándome de un modo fijo, extático, con un brillo en los ojos que no podía saberse si era deseo o extrañeza, y que a mí me obligaba a bajar la vista cada vez que los miraba. Aquellos hombres daban miedo, con el fulgor blanco de sus dientes, que enseñaban de vez en cuando, como afilándolos para clavárselos a una en el cuello.

—Bueno, y a todo esto, tu amigo, ¿qué hacía?

—Sentado a mi lado, muy cerca, me había cogido una mano y me miraba también muy fijo, sin dejar de sonreir.

—¿Y tu señora madre?

—¡La pobre! Se había quedado dormida en su asiento, después de haberse quejado varias veces de una debilidad espantosa y haber hecho que le matasen un gallo para comérselo con arroz en cuanto despertase.

—Tu madre es una poetisa.

—De pronto sentimos un ruido extraño por detrás de la barraca, algo así como relinchos de bestias, saltos de cabras montadas por el macho, aullidos de hembra que está dando a luz seis crías a un tiempo. Le pregunté a mi amigo: «¿Son las potras en el potrero?» Y él, con toda calma, me contestó: «No; son las ne-

gras que ya vienen para acá» «Y ¿qué van a hacer?» «Ya lo verás, mujer; te gustará...» Los negros, al oir el ruido, se habían puesto en pie de un salto; reian, olfateaban como el galgo ante el rastro de la liebre, y sin estarse quietos, daban unos saltitos en el suelo como si tuvieran frío en los pies y quisieran calentárselos.

—¿Y las negras? No te choque que te pregunte tanto por ellas, pero es que han llegado a interesarme; yo en este lance juego a las negras.

—Pues las negras aparecieron como una tromba, aullando, saltando y en fila de cinco, hasta que al quedar frente a nosotros se pusieron por parejas, dejando en el centro sola a la que pudiéramos llamar capitana o directora de todo aquello. Las negras vestían de un modo muy parecido a como salgo yo en el teatro para bailar la rumba, aunque un poco más... sugestivo; a la cabeza un pañuelo arrollado igual que yo; pero de un color encarnado rabioso, casi fuego, y asomando por debajo de él en grandes mechones, el pelo, negrísimo como el jugo de un calamar; una camisilla también rojo guindilla les caía casi debajo de los pechos, y éstos salían al exterior en toda su plenitud a los primeros compases de la danza; el pie completamente descalzo y la pierna desnuda hasta la entrada del desfiladero sexual.

—Vamos, sí; una indumentaria como para

arruinar a todos los fabricantes de tejidos.

—Es que allí hace mucho calor.

—Pero, por lo que se ve, la gente es bastante fresca.

—El baile comenzó con furia de manicomio; aquellas mujeres bailaban gritando, sin dejar de animarse a sí mismas con voces descompasadas y con chasquidos de lengua, de los que se usan para hacer andar a las caballerías.

—Todo ello bajo el cielo constelado de la plata de las estrellas, ¿no? Muy poético.

—Los movimientos de aquellas mujeres llegaban a ser inverosímiles por lo vertiginosos; parecía que una corriente eléctrica, transmitida por un enchufe en el sobaco, las sacudiese hasta el desmigue, haciendo *confetti* de sus carnes de carbón. Y siendo como eran, indudablemente feas, se transformaban, se embellecían repentinamente, con los labios gordetones y rojos como sandías recién caladas; con los dientes blanquísimos, como fichitas de dominó, o como cápsulas de leche de grilla viuda; y con los pechos macizos, firmes, como grandes pellas de betún.

Coquito se enardecía recordando todo aquello; ella, que en su conversación ordinaria era más sencilla que la funda de un *fagot*, ahora, al remembrar aquellas horas de fiebre y de lujuria cabria bajo el cielo amplio del trópico, se volvía oratoria, adquiría un brillo de Luxol

—no hemos cobrado el anuncio—en los ojos, y matizaba la narración con unos adjetivos de juegos florales, que en su boca parecían bombones.

—Las gotas de sudor que al principio perlaban la piel de las negras, eran pronto chorros que, al resbalar por el cuerpo, daban a éste un brillo apetitoso; le entraban a una ganas de acercarse a aquellas mujeres, y con la lengua irles limpiando el sudor, que debía tener un sugestivo sabor a percebe gallego.

—¿Con la lengua? ¡Por Dios, Adela! ¿Para cuándo guardas los paños de cocina?

—Yo, al principio, no me había fijado en la danzarina del centro; aquella mujer, o no estaba entre las demás cuando nosotros llegamos, o me había pasado completamente inadvertida. Era la más gruesa de todas, pero con una gordura que parecía hecha a torno, como un gigantesco mueble de ébano. Vamos, algo así como si la Cibeles tomase un baño de tinta.

—En las comparaciones se ve que eres una griega.

—La cara, con la proporción de sus facciones, demostraba que en cualquier tipo de las varias razas de la especie humana puede, por deforme que sea, encontrarse la belleza.

—¡Ya lo creo! En los baños de Cestona conocí yo un siamés que encendía los pitillos sin lumbre de bonito que era.

—Bueno; pues yo te aseguro que aquella

negra era hermosa de verdad: los ojos eran dos brasas, y en la cara redonda se abría una boca que daba miedo, majestuosa, gigantesca, como si estuviese mordiendo un plátano monstruoso u otra cosa alargada y redondita, como un plátano humano.

Coquito, al decir esto, lanzó una mirada lánguida a ciertos bajorrelieves de Julio, ahora desfallecidos provisionalmente.

—¡Qué caderas y qué pechos poseía aquella criatura! Las primeras eran de yegua lustrosa y bien criada, y con los saltos de la danza se alzaban al cielo o descendían hasta la tierra, como las aspas de un molino: y los pechos, yo, que he visto muchos en este mundo, te aseguro que son los más grandes que he visto en mi vida.

—¿Tú conoces a la Carmen Fernández?

—¡Bah! Los de esa, al lado de los de mi negra, son dos píldoras de quinina.

—Sigue, que siento vértigos.

—¿Es que te gustan los pechos grandes?

—Te diré: como alimento diario me repugnan; pero para agarrarme a ellos en un momento de apuro, me dislocan. Claro que los de esa mujer de que hablas, siendo tan hermosamente grandes, caerían un poco lacios, al mostrarse ahora en libertad.

—¿Lacios? Aquellas inmensas esferas, que para recorrerlas en toda su extensión, requerían varias horas, parecían tener una armadu-

ra interior; de tal modo y con tal firmeza se erguían hacia adelante; y al moverse de arriba abajo, daban la inequívoca sensación de dureza de un balón de *foot-ball*.

—Y...

—¿Qué?

—Las puntas.

—Dos dátiles aún no maduros, que de un momento a otro parecían iban a abrir sus bocas para soltar un río con el que pudiera nutrirse media humanidad. Imaginate el encanto, el apetito irresistible de carne negra que se despertaba viendo bailar a aquella fiera una danza tan intencionada como la rumba.

De vez en cuando llegaba a nuestras narices una oleada de ese tufillo especial e inconfundible que despide la carne de los individuos de color: es un olor aceitoso, un poco de almizcle, como de carne que suda siempre bajo su capa de negro humo; y aquel olor, que en otro momento hubiera sido molesto, era ahora un incentivo más, como las gotas de bitter que se le echan al vermouth, y que tomadas solas saben a chinches con pulmonia.

En ese detalle se veía que *Coquito* tenía un marcado espíritu de observación. Lector, ¿no has coincidido nunca en el mismo lecho con una negra, o siquiera con una mulata? ¿Que no? Pues has perdido un tiempo precioso. Para satisfacer ese capricho de reyes indios no creas que tienes que tomar pasaje en la Trasatlánti-

ca y marchar a Cuba o al Senegal: con menos gasto y mucho más cerca, sin salir de la calle de Preciados, puedes probar la canela de ese regodeo, y verás cómo me lo agradeces. Por dicha calle, acera de la izquierda, pasea casi a diario su impudicia una pobre hija de Cienfuegos, fea como un paraguas sin el varillaje completo; la mueca que te hace al pasar para invitarte al pecado, te parecerá al principio que es el anuncio de un dentista, con la blancura de dos filas de dientes iguales y apretados; pero no es nada de eso. Acepta el reto y entonces comprobarás lo del tufillo, y te convencerás de que *Coquito*, en su relato, no dejaba libre vuelo a la fantasía.

—Yo me ahogaba a medida que la danza iba avanzando. Hay en ella una figura, que es la mejor, y que yo no puedo practicar en el teatro, porque nuestro público, aunque es de los más amplios, no tolera todavía ciertos avances.

—Como que en España, mientras los maestros de escuela no cobren más sueldo, no podrá intentarse el teatro verdaderamente reformador del porvenir.

—Eso dice mi madre.

—Pues celebro haber coincidido con ella.

—Bueno; pues como te decía, hay un momento en la rumba de por allá, en que las dos mujeres que forman la pareja se ponen de frente, y, sin cesar de bailar, se van acercando poco a poco, hasta unir sus pechos, y entrela-

zándolos como los dedos de la mano cuando se cruzan, empiezan una frotación vertiginosa que no tiene más remedio que hacerles daño: los pechos salen despedidos para uno y otro lado, como esas pelotas de los aparatos para medir la fuerza que hay en todas las verbenas, y cuando ya las que estamos de simples espectadoras no podemos más y llegamos a punto de revolcarnos por el suelo, ellas se agarran con los dedos a los botones pectorales de las compañeras, y aprietan, aprietan, hasta hacerlas sangre, y sólo sueltan cuando un grito de furia, un alarido sádico de leona herida, les obliga a aflojar la presa.

—¿Por parejas? Pero ¿y la gorda?

—Eso lo había dejado para lo último, porque a mí, por lo menos, fué la que me rindió. Ya sabes que ella bailaba sola sin formar pareja con nadie, y al llegar el momento de lo que pudiéramos llamar la frotación teutónica, la pobre, contagiada por la fiebre de las demás, empezaba a echar miradas de horno a derecha e izquierda como pidiendo por caridad un pecho con el que frotarse; sin interrumpir la danza, al contrario, acelerando sus movimientos ya de un modo mecánico, aquella pobre loca de lujuria pedía a gritos un consuelo. La camisilla, de un rojo brillante, se le había escurrido hasta cerca de las caderas y pronto iba a quedar desnuda; los pechazos enormes, parecían ahora más grandes y más firmes, er-

guidos hacia el cielo, como retando a todos los poderes violadores de la creación, y el cuerpo todo ya no era más que una inmensa esponja chorreando sudor brillante por todos sus poros. Hubo un instante en que yo, sin saber lo que me hacía, me puse de pie y me separé violentamente de mi amigo; fué que ella, tirando el pañuelo que tenía cogido con las manos, llevó éstas a los timbres pectorales y empezó a rozarlos con fuerza uno con otro.

—Por ahí debiera haber empezado.

—Se había iniciado ya la tormenta final en el concurso: el negro que tocaba el aire de la rumba en un instrumento muy raro, una especie de sandía hueca, con dos palos atravesados, había tirado ya éste al suelo y se acercaba, con paso de fiera y los dientes afilados, a una de las bailarinas que estaba próxima a caer al suelo. Los demás, con los ojos saltones, le imitaban; pero como eran más ellos que ellas, dos negros habían entablado una verdadera batalla por la posesión de una de las hembras: se pegaban, se mordían, rodaban por el suelo y volvían a alzarse con más furia, hasta que, por fin, el que parecía vencido, se retiraba detrás de la barraca, con el labio caído y los pies arrastrando.

—¿Y las manos?

—No me fijé; pero casi puedo asegurar que no las llevaba en el bolsillo. Ya no quedaba más que un negro para cada negra...

—¿Para la gorda también?

—Para ella, no; como si fuese una diosa, o como si obedeciesen una orden superior, ninguno había intentado ni siquiera aproximarse a ella.

—¡Pobre señora! Siempre le tocaba quedarse en casa... ¡Ah, si yo hubiera estado allí, con lo que me han gustado a mí siempre los bizcochos de chocolate!...

—Aquello iba a terminar: las bailarinas iban cayendo unas tras otras en brazos de sus amantes de una hora. Las nuevas parejas desaparecían muy pronto entre las altas yerbas cercanas; algunas, antes de hacerlo, unían sus bocas en una succión kilométrica, de esas que sirven para explicar los principales capítulos de la historia del mundo.

—¿Y la gorda?

—Yo veía todo aquello como a través de un velo polvoriento; mi cabeza estaba definitivamente perdida, y bien pronto acabé de perder el resto de pudor que yo siempre he poseído como herencia sagrada de mis antepasados. La gorda había quedado sola en escena, sin cesar de bailar; aquella mujer, como picada por una infernal tarántula de siete palmos y cabeza libre, estaba dispuesta a morir bailando, como seguramente morirá mi compañera *La Argentinita*. Ya no había música que la acompañase; y aquello no era más que un conjunto de saltos incoherentes, sin ninguna tra-

bazón rítmica; no cesaba de prodigar sus miradas en demanda de alguien, hombre o demonio, que quisiera tomar su cuerpo por asalto, y su cara ya no era de hombre ni de mujer, sino de diosa de la lascivia, que con los labios y el aleteo de la nariz pide una ducha vaginal o un revólver. De pronto, aquella mirada se clavó en mí, me atenazó para no separarse ya de mis ojos, y noté con espanto y con júbilo que aquella masa de carne ardiendo venía hacia mí. La camisa se le había enredado a los pies, y de una patada se deshizo de la tela roja, extendiéndola en el suelo como un gran charco de sangre; quedó completamente desnuda, y yo la veía, acercándose por momentos como una locomotora que nos viniese encima, sin poder nosotros movernos de la vía. Los ojos, que echaban fuego, eran los faroles de la máquina, y los pechos eran los dos topes enormes con los que iba a empujarme hacia la muerte; el triángulo sexual, en el que por la uniformidad del color no se sabia dónde acababa la piel y empezaba el bosque del vello, era la caldera de aquella Compound de carne humana, y por allí salía la llama del hogar, mezclada con el ascua del deseo. No me di cuenta; fué un encontronazo, y sentí terror de niño al notar que aquellos brazos me caían sobre el cuello y me llevaban casi en volandas a un maizal cercano; el grito que di fué ya de susto y de gozo porque su apéndice lingual había

iniciado un avance por todas las cavidades de mi cabeza; ella misma, con sus manazas, dejó mi cuerpo desnudo en un segundo, y, echándome al suelo, cayó sobre mí con todo el peso de cien toneladas de carbón. Me entregué a ella como se entrega un hijo a su madre; el ajuste de nuestros cuerpos se hizo tan a la perfección, que un papel de fumar, para pasar entre algunos de nuestros órganos, hubiera tenido que someterse a un régimen para adelgazar.

—O hacer unas oposiciones.

—Aquel cuerpo quemaba, ardía como una tea embreada; después he sabido que a todos los negros les pasa igual; pero yo aseguro que aquella pobre mujer, en aquel momento tenía más de cuarenta grados de fiebre. Yo sentí de pronto que a la fuerza me metían un objeto en la boca; creí al principio que se trataba de una bola de billar o de una lata de arenques; pero me di cuenta de que estaba chupando—porque cuando se encuentra uno con algo dentro de la boca, ¿qué ha de hacer sino chupar?—el botón pectoral de uno de los hemisferios de la mujerona.

—Y ella, ¿qué hacía?

—Empezó a moverse de babor a estribor, y yo, a cada uno de sus movimientos, salía despedida para el lado contrario; no tardé mucho en coger el compás, y entonces ya, de pasiva, me troqué en una furia, que le hacía la competencia a la que tenía encima. Yo no he gozado

en mi vida tanto, ni tampoco me he entregado nunca con tanta amplitud; los cabellos de la negra, suaves como de seda, se me metían en la boca cuando ella bajaba el cuerpo en las últimas convulsiones del deleite. Un sufrimiento gozoso, como cuando nos martiriza el sér amado, se apoderaba de mí al sentir el peso de aquella pirámide de carne; el contacto de su piel me hacía el efecto de unos botones de fuego deleitosos, y allá abajo, donde los dos hornos se juntaban, era un sinapismo, ardiente y picante a un tiempo, que me cosquilleaba hasta el vestíbulo de la matriz.

—¿Tardásteis mucho en... redondear la obra de arte?

—Verás: ella, al oído, me animaba con unas palabras extrañas que yo no entendía, pero que no he vuelto a olvidar: «Anda, cucala.» «Vamos, machita.» «No me cantimplore más, que me aplanaco.»

—Sí, camelos del trópico, como la letra de la rumba. Todos los ritos tienen sus rezos y su vocabulario secreto.

—Cuando sentí que el sudor de ella, espeso y oliente a chirimoya soltera, me corría por el cuerpo como el óleo de una consagración, no pude más y abrí el grifo de mis desagües interiores: notarlo ella y empezar unos aullidos de loba, acelerando hasta el infinito el movimiento, fué todo uno: me mordía las orejas, me cosquilleaba en las anfractuosidades anales, y

quería meter en mi boca a un tiempo las dos bolsas gigantes de su pecho, empresa tan vana como pretender que un elefante haga madre a una mariposa. Me sentí clavada en el suelo, y mientras daba lo poco que ya me quedaba de vida, noté que ella se desmayaba sobre mí sin soltar la presa. La obra de arte estaba terminada.

Julito se levantó, sofocado, limpiándose el sudor, y después de dar en silencio unos paseos por la estancia, preguntó a *Coquito,* que había quedado inmóvil en el suelo, como si el relato la hubiese extenuado tanto como la realidad de aquella noche de locura:

—¿Y tu amigo? ¿Qué hacía a todo eso?

—Cuando volví a la vida, después de varios minutos, le vi allí, cruzado de brazos ante nosotras, con el rostro transfigurado por la lujuria y una repugnante sonrisa cruzándole la cara como un latigazo. Contemplaba su obra, porque entonces comprendí que todo aquello lo había preparado él.

—Era un griego de Pericles tu amigo... Bueno, y el cielo tropical contemplaría impasible, y hasta alumbraría con sus claridades todo aquello, ¿verdad?

—Claro; ¡qué iba a hacer el pobre!

—Por ver esas cosas y otras parecidas es por lo que le llamamos cielo. ¡Qué envidia!

Apenas terminada la narración de la noche tempestuosa, alguien, como si hubiese estado tras la puerta del cuarto esperando el final, dió unos golpecitos discretos en las maderas.

Coquito, sin sorprenderse, como quien ve y oye una cosa normal y sabida, hizo, sí, un gesto de asco y fué cautamente a refugiarse en un ángulo de la estancia, junto a una mesita de te; Julio quedó sorprendido; mirando a la chica, preguntó:

—¿Quién será?

Pero desde fuera no dieron tiempo a responder:

—Soy yo, don Julio; haga usted el favor.

El joven quedó helado; su imperativo categórico que, poco a poco, con los esplendores del relato, había cobrado nuevas frondosidades, obedeciendo la ley de la gravedad, rindióse al suelo como el penacho de un jinete herido. ¡La madre! ¿A qué vendría? ¿A pedirle cuentas de lo que había hecho con su hija? Acaso hubiese él caído en una encerrona que pudiese costarle muy cara. ¿Se había desvelado en un insomnio pertinaz, y sólo buscaba un

poco de conversación? ¿O era víctima de uno de esos ataques de famelia que en ella eran cronométricos, y la impulsaban a caer sobre unos riñones a la *broche* o sobre un entrecot, como cayó el Condestable sobre Roma?

Tal vez no hubiese motivo para tanto pesimismo, y la buena de doña Micaela, modelo de madres y de amas de casa, no viniese más que a traerles unos viajes de agua caliente o un juego de toallas pequeñas, tan necesarias para tener limpia la conciencia cuando se ha pecado mucho.

Cobró ánimos, y con voz resuelta pudo decir:

—¡Ah! ¿Es usted?

—Sí, señor; haga el favor de abrirme, que tengo que decirle una cosa.

Era una dama quien lo pedía, y para Julio, ante la petición de una dama, no había más que dos caminos: bajar la cabeza o llamar a un guardia.

Abrió la puerta: doña Micaela, envuelta en una bata plisada, que a todas luces delataba haber pertenecido a la hija antes que a la madre, penetró en la estancia. A aquella hora, y con aquel tocado, estaba más hermosa que nunca; no queremos decir que estuviera guapa, porque la pobre había sufrido demasiado en este mundo para estar guapa, pero... vamos, que estaba menos fea que otras veces.

Al entrar, ni siquiera miró a la hija; se acer-

có a Julito, que aún llevaba los pantalones en su sitio, y le habló en prosa y al tenor siguiente:

—Como a usted le será lo mismo, vengo a decirle que si tiene usted ahí eso, haga el favor de dármelo.

—¿Eso?

¿A qué se refería la noble dama? *Eso* era un vocablo inexpresivo, que lo mismo podía referirse a la cédula que a una prenda de ropa interior. Pero ella, por temperamento, era enemiga de las situaciones ambiguas.

—Sí, las mil pesetas.

Del ángulo de la estancia en que se había refugiado Adela, salió un grito de protesta:

—¡Mamá!

—¿Qué, hija? Tengo que hacer las cuentas del mes antes de acostarme, y a este señor le da lo mismo...

—Completamente lo mismo.

Fué a la percha, donde había colgado la americana, y extrajo de ella una carterita, en la que se veía que no estaba muy acostumbrada a guardar tesoros. Unos billetes de cien, otros de cincuenta y otros de veinticinco: doña Micaela no podría quejarse de lo fielmente que había cumplido su encargo; aquello era un muestrario casi completo de esos papelitos que da el Banco de España, y con los cuales lo mismo se compra un vagón de trigo que el honor de algunas mujeres,

Pero ya *Coquito* salía de su actitud expectante y venia hacia su madre echando lumbre por los ojos:

—Pero mamá, ¿es que no puede usted hacer las cuentas de memoria sin tener el dinero delante?

—Ya sabes que no, hija mía; que me equivoco y se me va el santo al cielo. Mire usted, don Julio, usted, que es hombre de mundo, comprenderá lo que me pasa: yo en una cuenta, cuando apunto cincuenta pesetas, si no tengo delante el billete o los duros, me parece que no apunto nada; y cuando digo, de veinte llevo dos, si no me los llevo de verdad, me da un vahido y me caigo al suelo.

—¡Qué ganas de abochornarme!

—Pero, ¿por qué, tontita? Tu madre tiene razón. ¿No comprendes que es lo mismo?

Doña Micaela contaba el botín y lo hallaba conforme con sus previsiones. Fué a salir, pero antes—¡siempre la madre vigilante y celosa del bien de su hija!—se detuvo para decir:

—¿A qué hora quieren ustedes que les llame mañana?

—A ninguna—rugió la hija medio llorando.

—Bueno, bueno; lo que tú quieras, hija mía, lo que tú quieras.

Y salió, dando las buenas noches, como una matrona romana que entraba en el impluvium.

Coquito estaba roja. Aunque el pudor no era su estado de conciencia habitual, era una mu-

jer, y sentía de cuando en cuando el tirón del sexo.

—¿Ves, ves? Como a una yegua que se vende en la feria.

—Supongo que no irás a llorar por eso. Ya comprenderás que no vale la pena, y que yo no me asusto por tan poco. Por referencias sabía cómo las gastaba tu madre en estas cuestiones, y no tengo más que recordar lo que hizo conmigo la primera vez que tuve el gusto de hablarle, para no sorprenderme. Si quieres que te hable con franqueza, hasta me resulta pintoresca y divertida su manera de ser.

—¡Claro! ¿Qué vas a decir tú?... ¡Pero es asqueroso!

Sin embargo, se equivocaba *Coquito*, se equivocaba Julio, se equivocaban todos al juzgar a la madre de la artista, y nadie tenía razón. Lo que ella hacía al tratar y cobrar la venta del cuerpo de su hija como se trata y cobra una partida de patatas, ni era asqueroso, ni repulsivo, ni siquiera censurable. Era simplemente una cuestión fisiológica.

La persona que ha nacido sin olfato, o lo ha perdido después de nacer, ¿es responsable o merece censura porque al pasar junto a una letrina o a una oficina municipal, no note el mal olor? Lo que doña Micaela hacía no era cinismo, ni alarde inmoral, ni despreocupación de persona que conoce el mal y decide echárselo todo a la espalda: nada de eso. El sentido

moral era en ella un defecto de construcción, un olvido del fabricante que hace nuestros cuerpos y nuestras almas, y que a veces lanza al mundo un cuerpo al que le falta un pie, o un alma a la que le falta la comprensión ideológica del bien.

Puesta doña Micaela en un trono—y por nosotros que la pongan mañana mismo—sería una Catalina de Rusia que firmaba una sentencia de muerte como quien firma una postal para un álbum, o una reina como aquella trágicamente frivola que, cuando el pueblo se amotinaba porque le habían puesto las roscas y las libretas a la altura de una antena radiotelegráfica, preguntaba que por qué ese pueblo no comía bizcochos.

—¿Malas? Nada de eso; la Historia no es justa si las moteja así. Para que personas como Catalina de Rusia y doña Micaela—¡oh, las vidas paralelas!—fuesen malas, haría falta que lo fuese el granizo cuando cae sobre una montera de cristales, o el pepino cuando, en noche de verano, nos obliga a hacer la serpentina en la cama, retorcidos por el dolor de un miserere.

Y luego, colocad a una persona así en una sociedad en que por dinero se ganan las actas de diputado, y por dinero se consigue permiso para abrir una casa de lenocinio, y por dinero se hace canónigo a un sacristán de aldea, y se convierte en Mesalina a cualquier mujer que

iba para Santa Teresa, y decidme si esa persona no ha de creer en el dinero como en un Dios, y no ha de tratar sus asuntos con el respeto de un comentarista de los Evangelios.

¡Oh, doña Micaela! Tienes todos nuestros respetos y todas nuestras simpatías; sólo que, como de dinero no andamos muy pletóricos, pues no podemos tratar contigo más que desde lejos, a distancia, como se trata con las reinas.

A Julio, ya soltada la mosca y calmadas las inquietudes de *Coquito,* tornó a darle vueltas en la cabeza la historia de la noche cubana en que nació la rumba para el aplauso y la admiración de los públicos; lo que hasta entonces había sido baile grosero de negrazos y negrazas, iba a ser, gracias a *Coquito,* danza divinamente infernal que triunfase en los escenarios, sometiendo al yugo de la lujuria a unos cuantos cientos de hombres.

Ahora, que a él no había acabado de llenarle el final de la historia: aquella negra, más bestia que persona, aplastando contra la yerba el cuerpo de marfil y nácar de *Coquito,* mientras el amigo contemplaba embobado los toros desde la barrera, no acababa de llenarle, y él, que era un artista, tenía imaginado otro final para la comedia.

A él le hubiera gustado que mientras la negra y la española planchaban las yerbas de los campos cubanos con el peso de sus divinos

cuerpos, los negros, aquellos cargamentos de carbón que tan bien aullaban poco antes, no estuviesen ociosos y no se contentasen con trabajar en la sombra, allá a las espaldas del bohío.

Uno de ellos, puesto a retaguardia de la negra de las carnes bovinas, podía muy bien cubrir la retirada de la operación que las dos mujeres estaban ejecutando; y otro, cogiendo del revés al amigo de *Coquito,* que ya se le había hecho antipático con su aire zumbón y de hombre experimental, ¿por qué no revivía con él ciertas escenas que en Sodoma y en Gomorra eran tan frecuentes como en Madrid los puestos de agua de cebada?

Allí habia, indudablemente, un gran caudal de fuerzas perdidas; porque, ¿qué hacían aquellas negritas apetitosas que con tanta picardía habían bailado la rumba? ¿No comprendían que estaban perdiendo un tiempo precioso? Unidas por parejas a sus negros de sus almas, debieron ejecutar allí aquel escarceo, la más original de las posturas que el sér humano ha inventado para amar, y que los galos practicaban tanto antes del 70 y aún siguen practicando hoy día, digan lo que quieran los pesimistas, después de haberla exportado a otros países.

¡Cómo aullarían en la hora de la conjunción aquellos cuerpos de fuego! Hasta las estrellas del cielo se acercarían más a la tierra para aprender a amarse unas a otras allá en la ar-

monía universal, que convierte todo conglomerado de cuerpos vivos en una especie de sucursal de la plazuela del Botánico, de una de la madrugada en adelante.

Pero en el mundo no hay espectáculo completo, ni siquiera el que dan los aspirantes a cargos públicos, siempre que se anuncia una nueva combinación de ellos. Julio hubo de resignarse con la realidad que el relato de su amante pasajera acababa de ofrecerle.

Ésta, desde el incidente de la madre, se había quedado triste; sentada en un silloncito de amplios brazos, que en un rincón de la estancia había, apoyaba la cara en la mano izquierda, con visibles muestras de hastío. No se había desnudado; a pesar de la batalla anterior, ni un solo pliegue de su bata había aumentado su surco, y allí estaba, con el pechito medio adivinándose entre los encajes, con el pelo ordenado y con el enorme medallón de brillantes cayéndole por la garganta, como un atractivo más con su brillo de princesa de leyenda, mucho más honesta que en escena cuando salía a representar uno de aquellos entremeses diabólicos.

Julio la contemplaba como a un juguete con el que muchos hubiesen jugado, pero que, fuerte y bien construído, aún estuviese para muchos juegos. Estaba pálida, muy pálida, con un color quebrado, casi enfermizo, que invitaba a colmarla de besos, halagos y caricias.

El estudiante, que a pesar de estar abonado al tendido nueve era un sentimental, la miraba compasivo, y sentía por ella en aquel momento, no lujuria ni deseo más o menos garañón, sino lástima, una profunda lástima. ¡Quién sabe! Aquella mujer, educada de otro modo, salida de otro vientre, acaso hubiera sido una esposa modelo, una madre ejemplar; se habría aburrido mucho, pero hubiera sido todo eso.

Tal y como era ahora, *Coquito* era buena, no con esa bondad exterior de la misa diaria y la aversión al lavado de los bajorrelieves sexuales, sino con aquella otra más firme, que consiste en no asustarse de las faltas del prójimo, aunque éste se asuste mucho de las nuestras. Julio ahora veía en ella, encogida y triste, a la niña que triscaba por las calles vendiendo lotería, y en la que nadie se fijaba, a no ser para burlarse de ella porque tenía la boca muy grande; un día llegó uno—¿quién?, ella misma no lo recordaba, y acaso él tampoco—, le abrió a la chica ese túnel del Canfranc, a cuya salida está la dicha o la desgracia para todas las mujeres, y ya para ella empezó el rodar por el fango y por el bienestar.

Si no ocurre aquello, o llega a ocurrir de otro modo, Adela Portales, al frente de un aparato telefónico o de un colegio de niñas, hubiera sido una santa. La nostalgia de ello le venía a la mente cada vez que se asustaba de algo, como en aquella famosa visita al Depósito de

cadáveres en compañía de *El Duende*. «Yo quiero ser buena, yo quiero ser buena,» Y no sabía que con sólo quererlo, ya lo era, al menos en intención.

De la compasión hacia una mujer hermosa, se pasa muy fácilmente a lo otro: Julio, silencioso, pues sabía que en ciertos momentos las palabras son estorbos, acercóse a *Coquito* y se echó a sus pies como uno de esos galgos de los cuadros ingleses. Ella, como suprema muestra de gratitud, le pasó varias veces la mano por la cabeza, enredando sus dedos en las sortijas de oro de sus cabellos.

Él, después, y siempre muy poco a poco, reclinó su cabeza en las rodillas de ella, y quedóse como dormido; duró poco aquel descanso, pues la mano derecha de él, que, como Napoleón, no sabía estar ociosa, comenzó a acariciar los tobillos de la chica, que eran dos patitas de chota, torneadas por la seda de las medias.

Ella, desde el principio, lo comprendió todo, pues era muy comprensiva, y además tenía una dilatada experiencia de casos iguales: cuando llegaba ese momento adoptaba una actitud pasiva; defenderse hubiera sido necio, y además un gasto de fuerzas inútil. Echó la cabeza atrás sobre el respaldo del sillón, y por encima de ella cruzó los brazos; así, en actitud de gato que se despereza, quedaba como plaza abierta al enemigo, y que se en-

trega sin resistencia. Nada más tentador que una mujer puesta así; hay en ella como una petición de ataque general, sobre todo, cuando, como ahora, se ven asomando por las grutas del sobaco unos bosquecillos vellosos de piel de melocotón, que son nido caliente de lenguas atrevidas.

Julio bajó hasta los pies de su amada, y allí, por encima del charol de los zapatos, fué dejando sus besos como una ofrenda; algunas veces subía con ellos hasta la altura de las rodillas, pero bien pronto bajaba, como pajecillo humilde que en un momento de audacia se internase por las habitaciones reservadas de su reina, y saliese corriendo como un gamo al sentir el menor ruido.

En un arrebato cogió Julio el pie derecho de la artista y lo zambulló con zapato y todo en su boca, hasta la altura del empeine; allí chupó, chupó como de un caramelo gigantesco fabricado con tinta de calamares. *Coquito* dió en su asiento un salto de terror y de placer: se había acordado de pronto del notario trágico con su instinto de limpiabotas, que tan mal fin tuvo. Julio había oído decir que aquel detalle estético lo practicaba mucho el papa Alejandro VI con una de sus hijas, y le pareció que el hacerlo él ahora era una buena prueba de acendrado catolicismo: cuando el zapato salió de allí, parecía sin estrenar, por lo limpio y reluciente.

Arrojado a sus pies, gozaba él lo indecible en rendirse, en entregarse como una cosa a la mujer que así le dominaba. Recordaba las veces que en aquellos últimos tiempos de apetitos rabiosos por la chica, había él sufrido hasta la agonía en el teatro al verla en la rumba dar aquellos saltos, y no poder ofrecérsele como alfombra para ellos. Y recordaba más: una noche que ante el escaparate de una zapatería de la calle de la Montera, y a la vista de unos zapatos de charol con tacón muy alto y un lazo en la punta, había él ejecutado ciertas manipulaciones por debajo de la capa, pensando en los pies de ella metidos en aquellas joyitas.

Con timidez, como quien teme profanar el santuario de una imagen, alzó la bata con ambas manos, y contempló el panorama interior. Hay cosas que no pueden describirse; la pluma de Víctor Hugo puede ponernos a la vista, como si la tuviéramos sobre la mesa, a Nuestra Señora de París, con el alarde de su inspiración genial; pero ni Victor, ni nosotros—que nos parecemos a Hugo en el amor decidido por el ragú de ternera—podemos intentar siquiera presentar al lector el espectáculo radiante de aquel desfiladero, al lado del cual el de las Termópilas es la calle de Alcalá en las proximidades de la Cibeles.

Eran primero unas sombras entre sedas, algo oscuro, de donde salía un perfume íntimo

como de cajón de cómoda, mucho tiempo cerrado, y en el que se hubiesen guardado membrillos y naranjas. Las formas de los muslos no desaparecían, como era uso antaño, entre bosques de encajes y puntillas, que no eran más que un estorbo y una complicación en esa hora febril en que el pulso tiembla y se desea llegar a la meta cuanto antes; unas praderas de seda, color rosa, lisas y plegables a la piel, facilitaban el camino del explorador, y, a su final, una nota de color, una mancha más obscura que las demás, era como botón de rosa que se entreabre para recibir el rocío de la mañana, cerrándose en seguida ante el temor de que el rocío se convierta en temporal.

Avizorando el ojo y dirigiendo la visual hacia abajo, era un canalillo sutil lo que se veía, como arroyo que corre entre montañas, y cuyo final, aunque no se veía, se presentía en un divino remanso de esplendor. Julio, también ahora, recordaba a la artista cuando allá en la escena, para matizar bien una situación, se volvía de espaldas al público y enseñaba los dos hemisferios posteriores, cubiertos apenas por el faldellín de la camisita y en lucha tenaz el uno con el otro. Por llegar hasta ellos, como fuera y con lo que fuera, habría dado cualquier espectador del Salón Nuevo hasta la vida de su propia suegra; y él ahora los tenía allí, al alcance, no de sus manos, sino de algo más... Decididamente, la vida no era tan gris

como aseguran los concejales republicanos.

Fué una labor de ingeniero zapador la de limpiar de obstáculos el camino; no eran éstos muchos: los pantalones y la bata únicamente; pero para la labor de miniaturista que él se proponía ejecutar, un papel de fumar sería una manta de Palencia.

Los pantalones vinieron pronto a tierra, ayudando un poco ella para deshacer los lazos que los sujetaban a la cintura; pero el muchacho se ahogaba bajo la campana de la bata, y aquello ya fué más complicado. El solito, como un hombre, desabrochó todos los botones delanteros, y con mucho respeto, sin rozar siquiera los globulillos de los pechos, que ya estaban casi al descubierto, la fué subiendo a la altura de los hombros de ella.

Ella se reía, se reía, pero sin decir nada; y alzando los brazos, la prenda quedó libre y cayó al suelo como un trapo de cocina. El cuerpo de *Coquito,* aquella figulina de carne, objeto de tantas codicias y de tantas locuras, estaba allí, al aire, casi tendido en la butaca, sin más velo que una camisilla como aquellas que sacaba en escena, que Julio tuvo buen cuidado de arrollar como un paraguas a la altura de los sobacos.

Un globo de luz que había en el techo bañaba ahora con sus claridades la carne aquella, tersa y fina como de nácar. Aunque con la luz de la escena parecía otra cosa, era more-

na, muy morena, y sólo en algunos sitios se tornaba pálida, como antiguos cardenales que con el tiempo hubiesen perdido el morado de su púrpura.

Con unción de peregrino que tras largo viaje llega al ara santa, Julio se arrodilló ante el cuerpo de *Coquito;* en la estancia había un silencio solemne, uno de esos silencios que se producen al empezar *Joselito* una faena, o cuando un poeta americano lee, bailándolos, los versos de uno de sus poemas.

El mozo, que por lo visto ya era viejo para ciertas cosas—que hay quien las aprende instintivamente—tuvo un rasgo de artista de circo; se echó las manos a la espalda, adelantó el busto, y sin más arma que ese apéndice sin hueso que Dios nos ha dado para que pronunciemos discursos y quitemos el pellejo a los amigos, comenzó su faena de maestro.

Fué primero un paseo reposado por las dos carreteras, que desde las rodillas conducían al palacio central de los placeres; ese paseo era así como una fricción de vaselina que suavizase el camino, o como esos riegos que se hacen dos veces al día en las carreteras de las provincias vascongadas, por medio de un carrito que lleva en su trasera un salto de agua.

Pero en este paseo, dondequiera que el paseante encontraba lugar ameno y propicio a detenerse, lo hacía con suma complacencia, y eran esos lugares aquellos en que el terreno se

quebraba, doblándose sobre sí mismo, como en los vallecitos de las ingles, o en aquellas otras planices donde la piel, por estar menos expuesta al sol y al aire, se suaviza, se sensibiliza hasta el infinito. Allí el arma renovaba sus ataques, aumentaba su velocidad y su brío, para volver luego en un pianísimo, que era como una tregua, a su paso habitual por el resto del camino.

Aunque ella, con un espíritu de adaptación al medio, realmente admirable, iba lentamente dando la vuelta a sus muslos, para que el trabajo de él llegase por igual a todas partes con relativa facilidad, el artista, cuando quería recorrer con sus caricias el plano inferior de aquellos miembros, se veía forzado a adoptar unas posturas un poco grotescas con el cuello en alto y mirando al techo, como esos obreros del estuco cuando trabajan en un cielo raso, en eterna oposición a una tortícolis sublunar.

Coquito, dándose cuenta de todo aquello, que, en honor a la verdad, tan a la perfección y con tanto detalle como ahora lo había probado muy pocas veces, comprendía el poder formidable de seducción y hasta de defensa que existe en el apéndice lingual de ciertos animales—no olvidemos que el hombre, a Dios gracias, también lo es—con su suavidad de cierto aterciopelado viscoso y su elástica ductilidad, que le permite colarse por todas partes.

Este músculo, que varía de color según el estado del estómago de su dueño, y que al ser cogido por los dientes nos hace proferir en una maldición aun a los mejor hablados, es un instrumento de gobierno que, manejado con talento, viene rigiendo los destinos del mundo, desde que este anodino planeta salió del caos, donde parará al fin. Este estilete, que en boca de serpiente es alfiler y en la de un senador romano era una palanqueta, ha derribado tronos, deshecho pueblos, cambiado regímenes y formado imperios, ya manejado por Demóstenes y Antonio Maura, ya empleado con astucia en la soledad de los triclinios o de las alcobas, para convencer a las queridas de los Césares, que creían—¡ellos, los muy necios!—gobernar el mundo. No olvidemos tampoco que la lengua, guisada a la escarlata y adornada con zanahorias, tiene lo suyo y puede regir a su modo a un pueblo.

Al principio, cuando en los primeros pases se desliza por la piel, parece un instrumento vulgar que apenas hace efecto; pero poco a poco, a medida que los poros se van abriendo y penetra por ellos el jugo bucal, es un espasmo, un hormigueo que obliga a dar unos suspiritos apagados, como un traidor que se mete en casa suavemente y sin hacer ruido, y cuando se le quiere echar ya ha penetrado demasiado.

Para el ataque final, Julio no soltó tampoco

las manos de su espalda; como un esclavo a quien su señor hubiese amarrado y le obligase a trabajar así por mayor martirio, el chico se disponía a cumplir con su deber, aceptando el daño que aquello le producía como un deleite más. Hay un bosque a la entrada de ciertos desfiladeros de la mujer, donde la sombra es grata y el descanso es orgía; en él, ¿cómo no?, se detuvo el estudiante, después de haber inspeccionado convenientemente todos los alrededores.

A la sombra de sus arbolillos, unos castaños de ramaje rizado y sedoso, riñó el artista una batalla que recordaba aquella o aquellas interminables de aquel otro bosque de la Argona, en las que los guerreros no hacen más que tejer y destejer, pasando varias veces por el mismo sitio.

A lo mejor el explorador, audaz en sus avances, se asomaba al valle profundo que dividía el bosque por el centro de sus dos laderas; pero no hacía más que asomarse, pues se retiraba al punto, considerando que aún no habla llegado su hora, y que, como dice el refrán, cada cosa a su tiempo y los nabos en Adviento.

Por la parte Norte del bosque avanzaba la vanguardia del ejército invasor; parecía que por allí, sitio el más peligroso, como saben los inteligentes, iba a tener lugar el ataque a fondo, pero aquello no era mas que una falsa alarma, pues bien pronto el enemigo se

retiraba para volver a sus paseos de exploración.

Coquito, en éxtasis, inmóvil como la estatua de la digestión pacífica, clavaba los ojos en el techo; parecía mirar allá arriba algo impalpable y extrahumano que le diese la explicación de todo lo que estaba sintiendo por dentro, que era un deseo nuevo, una cosa rara, muy rara y muy distinta de lo que había sentido otras veces en situaciones análogas, ella, que tenía un archivo en aquella rama del placer, a cuyo lado los Simancas y el de Indias eran una colección de *La Hoja de Parra*.

Aquel chico era un maestro: la experiencia, profesora eterna del amor y de la vida, había en él sido suplantada por un fino instinto que le hacía dar a su apéndice bucal vibraciones de arpa eólica. El invasor penetraba en aquella cavidad con timideces de educando al principio, con audacias de piloto noruego después.

Se encontraba allí con uno de esos parajes que la Naturaleza se ha complacido en instalar en ciertos terrenos cercanos al mar o a tierras húmedas, una verdadera cueva de estalactitas, en que el agua, cansada de gotear durante siglos, marcando el paso monótono de la vida, se ha detenido en cristalizaciones poliédricas, que por acabar en punta recuerdan mucho a la mayoría de los dramas de Berstein. La Poesía ha hecho de estos lugares capillas de sus cultos droláticos; en ellos hay que entrar con el

alma en postura lírica y con el cuerpo en cuclillas, pues al menor descuido uno de aquellos picos milagrosos se le incrusta al visitante en el depósito de los sesos.

¡Cosa rara! Aquella gruta, propiedad de *La Coquito*, por la que, sin hipérbole, podía asegurarse que habían pasado más de mil turistas, parecía un lugar recién descubierto, un misterio cuyo velo acabase de rasgarse al conjuro de un aria de tenor, como en las óperas mitológicas. La frescura interior, la misma estrechez del recinto, hablaban de algo virginal, de una primicia de fontana, oculta entre el ramaje de un bosque—del bosque por donde había merodeado poco antes el peregrino,—y que es para el viajero sorpresa y bendición. Y es que la imaginación y el agua de vegeto obran a las veces estos milagros.

Nueva o vieja, primicia o antigüedad, estreno o reprise, el viajero comenzó una detenida inspección por los parajes más reconditos de la cueva milagrosa, que bien pronto surtió su efecto. No hubo recoveco, no hubo alicatado de aquella maravilla del arte moro por donde no pasease con insistencia el estilete que Julito guardaba para estos casos, y para humedecer el borde del papel Jean en que liaba los pitillos.

Había un sitio, allá en lo más alto del techo, y ya donde éste empezaba a curvarse para formar la pared del fondo, que salía y brillaba más que el resto, algo así como esas pepitas de

oro, por encontrar una de las cuales pasan una vida de esclavitud los mineros de California, y por la que luego, ya fuera de la mina, se matan los hombres, como por una hembra que no se entrega más que al amante de manos ensangrentadas. Julito, o mejor dicho, su apéndice, fijóse en ella, y comprendiendo que aquel era el punto flaco del enemigo, donde se ganan o se pierden las batallas, fuese a ella derecho como una bala y empezó una lucha en que todas las probabilidades de victoria estaban de su parte.

Cauto y arrojado a un tiempo, de vez en cuando, en la furia del ataque, repetía el juego de antes, suspendía las hostilidades e iniciaba un repliegue con el grueso de las fuerzas; falsa alarma todo ello, pues sin dar tiempo al enemigo para rehacerse volvía a cargar con más furia, y ya con verdadera rabia.

Coquito, arriba en el sillón, se retorcía como un sacacorchos atacado de epilepsia: los ojos, ni cerrados ni abiertos, sino en un extravío de demencia, eran lo único vivo en el rostro, muerto en un gesto que no se podía llamar doloroso ni gozoso, y con la boca grande entreabierta como un pez que va a tragarse el anzuelo. De vez en cuando una flexión del cuerpo, sobre los brazos, que se apoyaban en el respaldo del asiento, hacía elevar al propio Julio a alturas imprevistas, para no soltar su presa, como si tuviera en las mandíbulas un ascensor ideal.

Todo anunciaba la proximidad del fin: el silencio, que hasta entonces había reinado en la estancia, se veía ya interrumpido por unos quejidos que Adela daba, tenues, suaves, como balidos de recental a quien la madre se le ha fugado con el semental de turno, o como esos ayes monótonos que dan los individuos cloroformizados antes de dormirse del todo.

Él, en cambio, en progresión geométrica, aumentaba el ritmo de sus movimientos, adaptándose de un modo perfecto a los vaivenes de ella; era ya un perro de presa que ha cogido carne, una sanguijuela a la que, para que suelte el agarre, hay que matar a tirones. Sólo que la insistencia hubiera ya sido inútil... *Coquito* acababa de entregarse de veras, sin reservas, como quien hace las diez de últimas, y seguir allí sería tan insensato como tomar un helado con paja y seguir chupando de la paja cuando ya del vaso no quedase más que el cristal.

Casi de un empujón ella lo hizo separarse, y al verse libre, se estiró cuanto pudo en el asiento, hasta casi caer al suelo.

La commedia e finita, diremos con el clasico. Julito, como el que acaba de recibir un golpe en la cabeza, rodó por tierra borracho. No sólo el vino emborracha; el mozo de cara de niña, con la boca espumeante, parecía un individuo que, al salir de una lechería, no hubiese tenido la elemental precaución de limpiarse los labios con la manga de la americana.

Lector amigo, ¿no has pasado tú por esos instantes de la vida, en que, atacado el organismo de verdadera fiebre amorosa, no acertamos a encontrar otra razón a la existencia que la del revuelco?

Puedes ahorrarte la respuesta, pues la conocemos: ¡sí!

Tú, lector, eres un hombre completamente normal; no tienes vicios conocidos, trabajas honradamente seis horas diarias para ganar tu pan y el de los tuyos, y no has escrito nunca nada para el teatro. Eres una persona decente.

Pero tú, lector, sales una tarde de Noviembre, a eso de las seis, de poner un certificado en la calle de Carretas, y te encaminas a la Puerta del Sol. No hace frío ni calor; acaban de encenderse las luces de los comercios y del alumbrado público, y la ciudad se ha echado a la calle con sus molestias y con sus encantos; tú, caminando despacio y con el alma tranquila, vas pensando en aquel juguetillo barato que el menor de tus hijos te pidió que le compra-

ras, adobando la petición con unas caricias, y vas a entrar en el Bazar X.

De pronto, por la acera, cruza una mujer bien puesta, decidida, andando deprisa, mirando a todos con altanería y enseñando una pantorrilla tan vulgar acaso como las muchas docenas de ellas que has visto desde que saliste de tu casa.

Aquella mujer se ve desde luego que no ha salido a la calle a oxigenarse: ha salido a perderte a ti, porque así estaba escrito desde el comienzo de los siglos en el libro mayor del Destino. Al principio te paras, la miras con un poco de apetito, y vas a seguir tu camino... Pero no puedes; echas a andar tras ella; no es que la vayas siguiendo, ¡qué tontería! Tú ya no estás en edad de eso: eso es del primer año de la carrera.

Cruzas a la otra acera, y entonces ella te ve. Casi no te mira; y si lo hace es para despreciarte con la mirada. ¡Ya estás perdido!

A lo mejor la individua vive, o tiene su... vivienda provisional al término de la calle de Bravo Murillo, ahí, a la vuelta. No importa; tú, siempre tras ella, cruzas Madrid, dando primero un rodeo por Atocha y la Bolsa, para volver a la Puerta del Sol por la calle del Correo, y pasas por tres de los diez distritos de la capital, jadeante, atropellando al grupo de charlatanes que te corta el paso o te la va a hacer perder de vista, echándote a los pedrus-

cos del arroyo cuando en la acera hay mucha gente... ¡Tú, que tomas a veces el tranvía para no subir a pie hasta la Red de San Luis!

Llegáis, por fin, adonde ella quiere. En el camino no te ha sonreído, no ha dulcificado en obsequio tuyo la dureza de la expresión, y sólo te ha dejado entrever, con un arte admirable, que al seguirla a ella no sigues a ninguna entelequia. Se mete en el portal, y antes de empujar la puerta de cristales que da paso a la escalera, te echa una última mirada como diciéndote:

—¡Vamos, hombre! que no me como a nadie.

¿No es verdad, lector, que no hay en aquel momento fuerza humana que impida cruzar la calle, entrar en la casa, subir la escalera y... volverla a bajar hora y media después, con las piernas un poco débiles, el busto erguido, entonando una cancioncilla y encendiendo un pitillo?

Por la calle, mientras venías, la gente te ha visto y alguna hasta se ha reído de ti. ¡No importa! Tú vas a lo tuyo. Si entras, se te hace muy tarde, te gastas el dinero, y a lo mejor, te llevas un desengaño. ¡No importa! Tú entras porque hay una voz dentro de ti que te dice que entres. Mira que se te hace tardísimo y no tienes tiempo antes de volver a tu casa de comprarle a tu chiquillo el juguete. ¡No importa! Cuando tu chiquillo sea mayor, hará lo mismo que tú haces ahora.

Bueno, y ¿qué es esa fuerza que así empuja en ciertos momentos, haciendo pasar por todo? ¿Qué necesidad perentoria e inaplazable es esa que, como la del comer y la del beber, exige con imperio la satisfacción? Es lo mismo que hace que se cometa el llamado crimen pasional, porque la hembra no quiere acceder a los caprichos del macho. Es lo que los poetas llaman inspiración, y obliga al pobre vate que vive en una casa de huéspedes de tres pesetas a emborronar unas cuartillas cantando a unas princesas lejanas—¡y tan lejanas!--que descoyuntan los bancos de sus jardines de ensueño, de puro dejarse caer en ellos con el paje rubio, de acometividad legendaria.

Pues eso, lo que sea y llámesele como se le llame, es lo que sentía *Coquito*, apenas vuelta en sí del marasmo en que la sumieron las caricias internas del estudiante.

Acababa de saciar con creces su fuego interior, y no obstante, por una sobreexcitación frecuente en tales casos, notaba que aquello no podía parar allí, y un deseo extraño, morboso, le atenazaba, poblándole la mente de disparates.

Se fijaba en el chico, tendido en el suelo aún, y más pálido que nunca, y al verlo con su cara de seda rosada y sus cabellos rubios, no sabía si para ella aquello era un hombre o una mujer, es decir, no acertaba a distinguir si lo que le gustaba de él, lo que le atraía, era lo que tenía

de niña, con su rostro lampiño y las formas de su cuerpo suaves como las de una tobillera, o lo que tenía de macho cabrío, con la chimenea colosal de su bien acusado sexo.

¿Qué importaba? ¿Ni qué necesidad tampoco de hacer ahora la distinción? Le gustaba, y no había que meterse en más, como aquella vez en Barcelona, cuando se encaprichó de aquel hermafrodita que se exhibía en una de las barracas del Paralelo, y no paró hasta meterse con él en la cama. ¡Desengaño cruel! *Aquello,* ni era hombre ni mujer, y cuando Adela despertó al día siguiente, notaba en el cuerpo ese disgusto especial que trae consigo la aurora, cuando hemos dormido con un saco de paja o con la momia de algún rey godo.

No le extrañaba ahora, al ver al chico con los ojos nimbados por unas ojeras de carbón, y los labios contraídos con un mohín de niña a la que acaba de dejar el novio, sentir por él esa fiebre de posesión que la atacaba también—y como a ella, a la mitad por lo menos del público—cuando veía en un teatro a esos transformistas imitadores de mujeres, que la atraían más que las mismas estrellas a quienes imitaban.

Julito, que, por lo visto, se encontraba muy a gusto tendido en el suelo y con las manos tras la cabeza, iba poco a poco despertando de su éxtasis, miraba a *Coquito* con ojos de carnero en capilla, y, sin hablar palabra, parece que

iba adivinando lo que ella pensaba. Llevaban un rato mirándose fijamente, y por fin, al mismo tiempo, soltaron los dos el trapo, en una risa franca y maliciosa a un tiempo. Él habló primero:

—¿En qué piensas?

—¿Y tú?

—¿Yo?... En lo mismo que tú.

—Pues entonces ya lo sabes.

Así, no iban a salir de dudas. Pero es que ella misma, dándole vueltas a la cosa, no acababa de resolverse tampoco. Posesión, pero ¿en qué forma? ¿En la vulgar y corriente de un hombre y una mujer que se desean? Ya lo habían hecho, y no era cosa de repetir. Entonces...

Tomar a Julito como se toma a una amiga íntima, como ella misma había tomado a la costurera rubia la noche de los memorables terrores notariales, no era cosa que, en aquel momento, tuviese para ella grandes atractivos. Ella quería algo que no fuese nada de aquello, y, como no sabía lo que quería, comenzó a disgustarse consigo misma, y acabó sentándose a derechas en el sillón y volviéndose de cara a la pared.

—¿Estás cansada?

—No... ¿y tú?

—Yo no. ¿Quieres que me vaya?

—A mí no me estorbas.

Él achacó la acidez de la respuesta y el

brusco cambio de humor de la chica a ese depósito de histerismo que todas las mujeres llevan consigo como el bolso de mano, y sin el cual, y sin el afán desmedido por las sortijas de precio, serían verdaderos ángeles de Dios en la tierra.

Lo que estaba visto es que con palabras no se arreglaba aquello. Felizmente, en el interior de la cabecita de la muchacha, había brotado ya la chispa que, convertida pronto en llama, iba a aclararlo todo.

El cerebro humano, lo mismo el del pensador que el del vendedor de camarones, es una curiosa devanadera; es admirable ver cómo dentro de esa ensaimada cefálica que tenemos por corona de nuestro sér se enlazan unas ideas con otras, y de una incongruencia brota una idea genial, y de un chiste de almanaque nace el proyecto de un túnel gigantesco, obra maestra de la ingeniería.

Coquito había recordado, así de pasada, y por incidencia, la noche del notario, el grotesco modo de gozar de aquel hombre, para el cual una suela de zapato era una torta de almíbar. Y después de todo, ¿por qué no? ¿Qué sabía nadie de nada? Todo eso de la anormalidad, del amor natural y del camino recto, ¿no serían trabas que los hombres han inventado, sin darse cuenta, para acortar la pobre ración de placer que a cada uno le corresponde en medio de las tristezas de la vida?

Coquito, además, había sacado de su madre, a más de unos lunares concéntricos en los omoplatos, un horror instintivo a todo lo que fuera filosofar. En aquel momento pasaba por uno de esos estados de conciencia en que uno prevé que acaso va a hacer una tontería, pero también que, si pierde la ocasión y no la hace, va a quedarle un remordimiento enorme para toda la vida.

Y la ocasión iba a ser rarísima en adelante: con los novios de una noche que ella gastaba a diario, era difícil, casi imposible, hacer... lo que ella estaba decidida a hacer con aquel mozo.

Como prueba de que lo estaba de un modo irrevocable, púsose en pie de un salto y echó a andar por la estancia:

—¿Dónde vas?

—Ahora lo sabrás.

En los ojos de Julio, en su mirar dulce y de sumisión, veía ella muy claro que aquel chico se prestaba a todo, y que quizá lo estuviera deseando. Se acercó a él, sentóse a su lado en el suelo, y echándole los brazos al cuello, le habló casi al oído:

—Oye, ¿te atreves tú a una cosa?

—¡Ya lo creo!

—Pero si no sabes de lo que se trata...

—De lo que sea. ¿A quién hay que matar?

—Hombre, ¡por Dios!, no se trata de eso...

—Pues entonces...

—Vámonos a la calle; ¿te atreves?

Julio, que no veía la falta que pudiera hacer la heroicidad para salir tranquilamente a la calle a cualquiera hora del día o de la noche, se asombró un poco.

—¿A la calle? ¿Y por qué no he de atreverme?

—Pues aguarda.

Antes de que pudiera detenerla, se levantó y salió de la estancia, procurando no hacer mucho ruido. En la casa no se oía el aleteo de una mosca; verdad es que en el domicilio de doña Micaela no las había, pues ya tenía ella buen cuidado de instalar en la proximidad de los sitios golosos unos papeles ingleses en los que mosca que caía, mosca que moría en plena juventud.

El chico, aguzando un poco el oído, creía percibir, allá en el fondo del inmueble, algo así como los hervores de un puchero; acaso aquéllos fueran esos ruidos brujos compañeros de la noche, que el espíritu del pecado produce en el interior de las viviendas, o acaso — ¿por qué no? — los ronquidos del sueño de doña Micaela que dormía de ordinario como un justo, como lo que era, después de todo.

En mucho menos tiempo del que se emplea en contarlo, estaba ya de vuelta *Coquito;* se había puesto una falda azul, una blusita sencillísima, un abriguito deleznable y un pañuelo de encaje, a modo de toquilla, que le cubría la

cabeza y apenas dejaba ver el rostro, dándole dos vueltas por el cuello. La cara, recortada así en la pureza de sus facciones, era más bonita, más pícara, con un brillo en los ojos casi sobrenatural.

Al ver a Julio aún en el suelo, le increpó:

—¡Vamos hombre! ¿Aún estás así?

El chico se puso la chaqueta, puso en un orden relativo sus cabellos y... otras cosas, que aún conservaban las huellas de la batalla, y con aire resuelto le ofreció el brazo.

—Cuando tú quieras.

—Vamos por la puerta falsa y procura no hacer mucho ruido.

Salieron al pasillo, ella con todas las precauciones de un ladrón de película, él sin darle mucha importancia a todo aquel misterio que aún no comprendía. Con voz en tono casi natural, pero que en el silencio de la casa sonaba a un cañonazo, dijo el muchacho:

—Siento marcharme sin despedirme de tu madre, pero...

Sintió que ella le ponía la mano en la boca, y tuvo que tragarse el resto de las palabras, de una cortesía versallesca. *Coquito*, en voz bajísima, le dijo:

—¡Calla, estúpido! ¿No comprendes que se va a enterar mi madre?

El estupor le dejó mudo, cosa que ella le agradeció en el alma. ¿Con que aquella salida se hacía a espaldas de la madre? ¡Magnífico y

heroico a un tiempo! No cabía duda: lo raptaba. Buen final de aventura y buena envidia les iba a producir a sus compañeros de Universidad cuando leyesen la noticia en los periódicos.

Abrir la puerta de la escalera fué empresa fácil: el cierre era de resbalón y no habia más que tirar de él. El conflicto se presentó al tratar de cerrarlo sin hacer ruido, pues había que tirar de la puerta y dar un golpe, y aquel golpe, turbando el sueño de doña Micaela, podía convertirse en el principio de una serie de golpes que cayesen sobre el cuerpo de los fugitivos. Y, sin embargo, había que obrar; los minutos eran platino. Ella, que en los momentos de apuro tornaba siempre a ser la niña de la falda corta, le dijo a Julio angustiada:

—¿Qué hacemos?

Estaban ya en la escalera, al otro lado de la prisión; pero, ¡aquella maldita puerta! Y el muchacho entonces tuvo un rasgo genial, uno de esos rasgos que acaso la Historia no consigne en su día, porque es sabido que la Historia es siempre—la escriba Monsem o Saturnino Calleja—una silla a la que le faltan varios palos. Fué una idea hermana gemela de la que deshizo, cortándolo, el nudo gordiano, o de aquella otra de los huevos pasados por agua, de Colón, que después de llevadas a la práctica, a todos nos parecen muy fáciles.

El ruido de aquella puerta al cerrarse era un peligro inminente que hacía falta conjurar en

breves momentos; el chico, viendo el problema de conjunto, dijo a *Coquito* lo siguiente:

—¡Tontina! No la cierres: cuando mañana tu madre note nuestra fuga, ¿qué más da que se encuentre la puerta abierta o cerrada? Si el pájaro ha volado, ¿qué importa que los hierros de la jaula estén intactos?

—Calla; pues es verdad, no se me habia ocurrido.

Y dió un tironcito suave a la puerta, dejándola encajada nada más.

La bajada de la escalera fué una de las bajadas más amenas y pintorescas que se han producido en el mundo, desde que Marco Antonio se lió con Cleopatra y tuvieron que bajar juntos y a cuatro patas la escalera de dos mil peldaños del templo de Osiris. Ella, Adela, como más ducha, pues al fin estaba en su casa, deslizábase por los tramos agarrada a la baranda, con relativa suavidad; pero él, que no tenía dónde agarrarse, como no fuera a los saledizos caderiles de la chica, y que además desconocía el terreno que pisaba..., no lo pisaba, sino que luchaba a trompicones con él, cual si se despeñase por una de las vertientes orientales de los Cárpatos.

Cayendo aquí, tropezando allá, no levantándose acullá ni en ninguna parte, iba el joven apurando el trago amargo, cruzando de una vez tres escalones, y pisando en cambio otras cuatro veces en uno mismo, Y todo ello acom-

pañado con una de ruidos y de taconeos en la escalera, que era de madera, que a *Coquito* la estaban poniendo nerviosa.

—¡Hijo, por Dios! Parece que es la primera vez que bajas por una escalera.

—Y lo es. En estas condiciones, la primera y la última.

—Si yo lo sé, hago que te tires por el balcón.

—Y te lo hubiera agradecido, no creas.

—¡Hay que verte!

Al doblar el último tramo se vió la luz de la calle, muy débil ya a aquellas horas, por el montante de la puerta de entrada. Pero ello no sirvió para disipar las tinieblas en que la pareja se hallaba sumida, sino que fué nuevo tormento, algo así como si al individuo condenado a morirse de hambre en el fondo de una cueva, le enseñasen por arriba un salchichón de ave, atado a la punta de un pan de Viena, o viceversa.

Al final de la escalera, y cuando ya la artista respiraba por pisar terreno firme, Julio se empeñó en que allí faltaba un escalón, y con la pierna comenzó a buscarlo, haciendo en el vacío ese mismo movimiento de cavar la tierra que los cuadrúpedos ejecutan con la pezuña, y que es signo, según los psicólogos veterinarios, de desvarío mental o de melancolía.

Seis o siete flexiones de rodilla llevaba ejecutadas el estudiante, como un afilador que en el espacio sacase punta a un cuchillo imagina-

rio, cuando la acompañante se dió cuenta de la extraña manía.

—¿Qué haces, hombre?

—Nada, que no atino.

—Pero ¿qué buscas?

—A mí que no me digan, este escalón no guarda simetría con los demás. El constructor no midió bien el espacio; pasa lo mismo en el campanario de San Marcos de Venecia, donde...

—Pero si ya no hay más escalones.

—¿Estás segura?

—¡Tú verás! Anda, sigue andando, que ya todo es llano hasta la puerta.

—Habría jurado que antes, al subir, había un escalón, al principio de...

Callóse, pues comprendió que se despeñaba por el terreno de la insensatez.

En la puerta, un llavín salvador que *Coquito* llevaba les puso en la calle. Julio, al verse en la acera, respiró a pulmón batiente, como si acabase de librarse de una pesadilla.

¡Quién al entrar antes en aquella casa, le hubiera dicho que iba a salir del modo que lo hacía! ¡Qué extraña era la vida!

Y Julito, pensando en aquella huída al lado de la mujer que durante tanto tiempo había codiciado, y recordando cómo en la escalera acababa él de jugarse los huesos, pensaba que al lado de ello, la huída a Egipto era un viaje de la Agencia Cook.

La calle estaba vacía. No había en ella más que el sereno, un borracho que se retiraba a su casa haciendo croché con las piernas—el eterno borracho de todas las calles madrileñas en cuanto dan las tres—, una ronda de alcantarilleros en el boquete de la esquina del Pasaje, dos vendedoras de lotería y cinco meretrices de baja extracción. Por eso hemos dicho que la calle estaba vacía.

El sereno, al notar que la puerta se abría, acudió solícito. Por primera vez le pareció a *Coquito* que la institución de los vigilantes nocturnos no era tan admirable como pregonan sus aduladores.

—¿Qué es eso, señorita? ¿Se ha puesto alguien malo?

—No... digo, sí... yo, yo, que no me encuentro del todo bien y voy a ir a comprar una medicina en compañía de este caballero.

—Deme la receta y yo iré.

—No, no: quiero ir yo misma. Es un capricho.

—Bueno, pues entonces, acompañaré a los señores.

¡El delirio! ¿Quién se quitaba a aquel tío de encima con su obsequiosidad de merengue? Felizmente, la chica tenía recursos para todo.

—Oiga usted, Pepe...

El sereno se llamaba Pepe. ¡Qué extraña es la vida!—seguía pensando Julio.

Coquito, en voz baja, dijo a Pepe unas palabras de sortilegio, y al final de ellas le largó un duro. El sereno se conmovió, y con su voz natural, replicó:

—Descuide usted, señorita; seré un *neumático*.

¿Qué entendía aquel hombre por neumático? Al estudiante, al ver y oir las cosas raras que la vida le ofrecía, ya no le cabía duda de que la noche estaba embrujada.

La pareja, cogida del brazo, echó a correr, más que a andar, hacia la Puerta del Sol. Es decir, la que corría era ella; él se dejaba arrastrar, cumpliendo en todo el papel de seducido que desde el primer momento se había adjudicado. La muchacha se había subido el velo casi hasta los ojos; era imposible reconocerla.

—¿Dónde vamos?

Ella no contestó.

—Te advierto, por si no lo sabes, que a esta hora no sale de Madrid ningún tren.

Continuaba el mutismo de ella cuando llega-

ron a la esquina de la Carrera de San Jerónimo. Frente al café de Puerto Rico había parado un coche con el alquila levantada, y *Coquito* fué hacia él. Abrió la puerta, hizo entrar a Julio casi de un salto, y dió al cochero unas señas que el chico no pudo oir.

El cochero, que, al llegar ellos dormía sobre el pescante, se llevó las manos a la cabeza y suplicó medio llorando:

—¡Señorita, por Dios, a estas horas!...

Ella, subiendo ya al coche, segura de ser obedecida, no dijo más que esto:

—Si no quieres ir llamo a un guardia, y si vas, hablaremos a la hora de la propina.

Cerró la puerta de un golpe cuando ya el coche había echado a andar. El hombre del pescante no había dicho más que una frase filosófica:

—Como usted quiera; arre, Pacomio.

Julio se creyó en el caso de averiguar algo.

—Bueno, pero ¿dónde vamos?

—No me lo preguntes, porque no te lo he de decir. Si no estás dispuesto a ir donde yo te lleve, manda parar y baja por ese lado.

—¿Quién? ¿Yo?... Si este coche, sin relevar el caballo, fuera capaz de llevarnos al fin del mundo, hasta allí iría yo al lado tuyo sin chistar apenas.

—Pues entonces, no preguntes más; no vamos al fin del mundo: vamos un poco más para acá. ¡Ay, qué susto he pasado! Si mi madre me

coge, me despedaza. Bueno, te juro que es la primera vez en mi vida que hago esto.

—¿Es posible?

—Como lo oyes. De día, alguna vez salgo sola; pero ¡dejarme a mí mi madre salir de casa, ni sola ni acompañada, a estas horas de la noche!... ¡Como no, gallito!...

—Ella no te dejará, pero tú alguna vez que otra...

—Te aseguro que no. ¿Por qué lo iba a negar?

Respiraba satisfecha de aquella libertad conquistada a fuerza de sobresaltos. La mujer corrida, la arpía de la sensualidad, como la creía el vulgo, fugándose de noche, a escondidas para que no le dieran unos azotes, como cualquier alumna del Sagrado Corazón... Por eso decía Julio que la noche estaba embrujada.

Una cosa comenzó a preocuparle: *Coquito* había salido de su casa con lo puesto, sin un mal maletín, con sólo un bolsillito de plata colgado de la muñeca y en el que forzándolo un poco, todo lo que podía meterse era un real de anises. ¿Había aquella chica renunciado a su ajuar, a sus joyas, a su dinero, por huir con él en una congestión de romanticismo? ¿Tan volcánica era la pasión que le había inspirado, que así abandonaba por su amor, casa, patria, familia, lujo, riquezas, el Salón Nuevo, el automóvil, y hasta las tenacillas de rizar, que se-

guramente se habían quedado en Espoz y Mina?

La cosa le conmovía de tal modo, que estuvo a punto de llorar, y el corazón, por otro lado, se le encogía al pensar que aquel olvido de *Coquito* saliendo de su casa sin recoger siquiera el soberbio pendentif que le caía entre las magnolias de los pechos al bailar la rumba, puede que lo pagase él muy caro dentro de poco, teniendo que colocarse de peón caminero para dar de comer a la amante que, al entregarle la llave de su corazón, no lo había hecho del llavín de su caja de caudales.

Al llegar a la Cibeles, vió Julio que por encima de la puerta de Alcalá aparecían los primeros livores—¡perdón, no lo volveré a decir!—del alba. Tomó el coche por la calle de Olózaga y subió a la de Serrano ¿Dónde iban? ¿A los altos del Hipódromo? ¿Al palacio del *Blanco y Negro?*

El carruaje, torciendo a la derecha, se metió en un zig-zag de calles que acabó de desorientar al mozo. No pudo seguir prestando atención a lo de fuera, porque *Coquito,* cogiéndole una mano y llevándola a su corazón, le preguntó con la voz más mimosa que nunca, y con los ojos entornados:

—¿Me quieres?

—Más que a la salvación de mi alma.

—Pues ya verás.

Le dió un beso, en tan mal hora, que, por

haber cogido un bache, el carruaje hizo un extraño. Lo que empezó en caricia terminaba en trompicón. Julio, filósofo, pensó en aquel amor que sólo tenía unas horas de vida y ya comenzaba a lastimar.

¡Qué extraña era la vida! Afortunadamente, pronto iba a amanecer.

Volaba el coche por el campo: unos hoteles de cartón-piedra que, por lo deleznables, parecían construídos de un modo provisional y para que la primera lluvia los convirtiese en pasta, comenzaban a orlar el camino, al principio de un modo intermitente, después agrupados en montoncitos, como los tacos de un rompecabezas.

Julio y la chica iban callados dentro del coche; él no se había vuelto a atrever a formular la pregunta. ¿Dónde iban? Indudablemente, donde Dios y el cochero quisieran; por aquel camino creía él que no se iba a parte alguna, pero ya, en verdad, lo mismo le daba.

Lo que cruzaban ahora eran ya unas calles con sus serenos y todo: entre casa y casa, un espacio no mayor que un tiesto de albahaca, daba en el silencio de la noche las primeras notas húmedas de la primavera. Seguramente que a aquellos huequecitos le llamarian pomposamente sus dueños *el jardín del hotel*: a Julio ahora, en el reposo del amanecer, le parecían uno de esos cestitos de flores que llevan

las floristas de los teatros para ocultar en ellos las cartas de amor que llevan a los palcos de las golfas.

En una esquina había una tienda de vinos abierta: ¿aún, o ya? En su interior, de pie, bebían unos hombres entre el humazo de un tabaco pegajoso; el cochero, al pasar, echó al establecimiento una mirada de simpatía.

Habían cruzado el barrio de la Prosperidad y, ya en el campo, se detuvo el coche: *Coquito*, sin aguardar a que le preguntasen, sacó la cabeza por la ventanilla, y dijo al cochero:

—¿Ve usted aquel montón de casas que hay a la izquierda?

—Sí, señora.

—Pues una de ellas es: siga usted que yo le avisaré.

El caballo, ya un poco fastidiado de todo aquello, tiró por una hondonada, bajando cada vez más la cabeza al suelo.

Lo del amanecer había sido, por lo visto, una ilusión de Julio; ya en pleno campo, se veía que era noche y noche cerrada. ¡Qué extraño! Jurara él que había visto por Levante unas claridades de aurora, algo así como un mantel que en la mesa del firmamento hubiese empezado a tender una mano previsora, y ahora, de pronto, las tinieblas recobraban su imperio, y en la albura del mantel acababan de volcar un tintero... ¡Cuando él decía que la noche estaba embrujada!...

El hotel que *Coquito* poseía en la Prosperidad estaba ya en pleno campo; en lo alto de una lomita había cinco, y el último de todos era el de la artista. Tenía forma de chalet suizo, y en él el jardín no era la nota grotesca de las cuatro matas de perejil y un rosal tonto, sino un espacio grande, abierto, con sus cañerías de riego, y en el que los magnolieros y las clavellinas crecían con holgura y sin meter sus tallos por la ventana de la cocina.

Volvió a asomar Adela la cabeza por la ventanilla:

—El último.

El caballo, como si lo hubiera oído, hizo un último esfuerzo y subió el repecho. En aquel momento Julio—¿por qué?—se acordó de doña Micaela, de la buena madre de aquella mujer que acababa de raptarle, y que huía con él hacia lo desconocido, sin más ropa que la puesta.

¡Pobre señora! ¿Qué despertar iba a ser el suyo aquella mañana? Seguramente lo primero que haría, después, eso sí, de tomar el desayuno, sería correr junto al lecho de su hija a preguntarle qué tal había pasado la noche; y ¡qué dolor el suyo, qué desgarramiento el de su alma, al contemplar vacío el nido de la paloma, al ver que su hija, aquel pedazo de sus entrañas hecho artista, que ella había dejado allí la noche anterior, acompañada, por más

señas, había volado, como vuela el pétalo de la rosa que el huracán de una noche de Enero empuja hasta las puertas de un depósito de cadáveres! ¡Pobre madre! Su vida aparecería tronchada en un momento: de fijo lloraría, patearía, aullaría como la loba a quien quitan sus cachorros, y no se tomaría unas tabletas de ácido prúsico, porque doña Micaela, entre horas, no tomaba más que cosas calientes; pero, desde luego, caería en un estado tal de desesperación, que Jeremías al lado suyo parecería un profesor de guitarra. Y, como secuela de la catástrofe, perdería el apetito, que para ella era cosa más grave que la pérdida de un imperio colonial.

El coche paró, y la voz de *Coquito* vino a sacar al estudiante de la piscina de sus pesimismos.

—Anda, baja.

—¿Ya hemos llegado?

—Ya.

Echó pie a tierra y ella le siguió: entregó al cochero unas monedas, que no debieron ser pocas, tal fué lo mucho que lo agradeció, y, cuando ya el coche había emprendido el regreso a Madrid, se adelantó a la verja del hotel, metió en ella una llave que extrajo del bolsito de mano, y pasaron. En el jardín hacía frío y pronto el calor de la casa les dió blando acobijo.

El lector ya conoce el inmueble en que ahora

nos encontramos: en él se desarrolló la pequeña tragedia del notario limpiabotas y tuvo lugar la extraña alucinación de la joven costurera que tan delicioso final culinario tuvo.

¿Qué iba a buscar *Coquito* a tal hora y en tal sitio? A ella, desde que ocurrió *aquello,* le inspiraba un miedo insuperable la habitación que sirvió de escenario. ¿Por qué, pues, venía a la casa, poco menos que sola, y a la hora en que, indudablemente, los espíritus del mal y de la muerte tienen vacación para andar por el mundo?

Para explicarse de un modo satisfactorio la contestación a estas preguntas que el lector hallará en líneas posteriores, es preciso conocer aquel capítulo de la Patología sexual que habla del goce por el miedo. Es probado que algunos individuos de esos que han perdido el centro de gravedad de su medula, y que, entre paréntesis, no son tan dignos de compasión como a primera vista parece, necesitan pasar miedo para poder practicar el amor. El terror, para ellos, es un afrodisíaco tan potente como pueda serlo la menta y la estricnina; y yo sé de un mi amigo, que en las noches tenebrosas del mes de Noviembre o de difuntos, siempre que sentía vago deseo de... hacer gimnasia sueca con ciertas partes de su organismo, se iba a uno de los cementerios de Carabanchel, saltaba la tapia, y allí sobre la tumba de un abastecedor de la plaza de la Cebada,

saciaba sus aspiraciones aberroicas. Bien es verdad que en el citado cementerio había una chica, hija del conserje, capaz de galvanizar a todos los difuntos que su padre guardaba, y que esta chica, guapa como un castaño en flor, era la que acompañaba a mi amigo a la tumba... Y ¿qué harías, lector, al lado de una mujer guapa, y sobre una tumba? ¡Tumbarla! Ello es claro.

Pero, por lo que fuera, lo cierto es que aquel hombre extraño que parecia un héroe de Prudencio Iglesias, saciaba en una necrópolis ese anhelo moral que la mayoría de los mortales sacian en la calle de San Marcos o, a lo sumo, en la de Lope de Vega. Y en una crónica de hace veinte años, de la ciudad de Buitrago, se habla de un sujeto que se tendía cuan largo era entre los dos rieles de la vía del tren, y hasta que no pasaba por encima un mercancía no... despachaba; este buen hombre llegó a ser alcalde de su pueblo, y hoy día tiene en él una calle.

¿Pertenecía *Coquito* a este grupo de los anormales del amor? Habitualmente no; pero esta noche, enardecida por las caricias, que parecían femeniles, de aquel hombre niña, había despertado en ella tan extraño capricho. ¡El cuarto del notario! A nada le temia ella tanto como a aquella habitación: pareciale que sólo con poner el pie en ella, iba a echársele encima un espectro, con manos larguísimas y ojos

descomunales, y se la iba a comer con patatas.

Pues entraría en ella, se metería en la cueva del monstruo acompañada de Julio, procuraría que se repitiese la escena de la noche de marras, y descifraría además el misterio de aquel chico, que con su cara de tobillera y sus amplitudes sexuales en el bajorrelieve, se le ofrecía como un fenómeno, distinto de todo lo que ella había conocido hasta ahora.

El interruptor de la luz estaba casi en el centro del pasillo, algo distante de la puerta de entrada. Hasta que la dueña del hotel dió con él, tentando las paredes, transcurrió medio minuto que a Julio se le antojó medio siglo; se veía otra vez en una marcha por las tinieblas, bajando y subiendo escalones, sin más guía que la no muy certera del instinto.

—Oye, tú, que yo no me muevo de aquí hasta que no traigas una luz.

—Espera, hombre, ya voy; ten un poco de paciencia.

La luz se hizo al fin, y la chica cogiendo a Julio de la mano, le hizo atravesar el pasillo y el corredor; junto a él había una puerta falsa, que ella no se atrevió ni a mirar.

—Oye, abre esa puerta.

—Tiene echada la llave.

—Pues quítala. ¡Pareces tonto!

La puerta, al ceder, se quejó en un chirrido largo y desesperado, como el que daría un alma en pena a la que se le presentase en ple-

no Purgatorio un acreedor de los que hubiera dejado en este mundo.

—Entra. ¿Es que tienes miedo?

—¿Yo? ¡Qué cosas dices!

—Ahí, a la derecha, está la luz.

No tuvo que buscar mucho; se iluminó la estancia con el fulgor de seis globos colocados junto al techo; aquello, con sus divanes de terciopelo verde adosados a los muros, y sus espejos decorando éstos, más que cueva de brujos o mansión de espíritus parecía la sala de sesiones de un Ayuntamiento.

—Espérame aquí, que vengo en seguida.

Salió *Coquito* y cerró la puerta tras sí. En realidad, ni se había fijado en el cuarto del misterio, y ya ardía en ganas de penetrar en él y desafiar a sus tenebrosos moradores.

El estudiante, al verse allí solo, hizo lo que hacemos indefectiblemente todos los mortales al encontrarnos solos en una habitación donde hay unos divanes muy amplios: dejarse caer en uno de ellos. Es cosa que no falla; si la habitación tiene ventanas a la calle, puede que antes de echarnos sobre el mueble nos asomemos a alguna de ellas; pero si no las tiene, ¡vamos, hombre!, el diván es con nosotros.

Se desperezó, estiró sus miembros cuanto pudo. La hora, el cansancio de la noche de amor, el mismo traqueteo del camino le fueron entregando insensiblemente al sueño; lentamente, sin dar vueltas, se quedó dormido.

Al poco, de todo su sér no quedaba en la estancia más que el cuerpo, tendido como una piltrafa o como un cadáver. El alma habíase ido donde se van las almas durante el sueño. ¿Dónde? El día que sepamos esto nos vamos a hinchar de ganar dinero.

Lo despertó el ruido de la puerta, que *Coquito* sacudió con estrépito para entrar.

Nada sin embargo de sobresalto al volver a la vida; tan blandamente como se había dormido volvía a la vigilia, y eso que a él la vigilia no le sentaba nunca bien.

Y no había soñado; en él, por lo menos, fallaba el conjuro de aquellas paredes de que fué víctima la infeliz costurera en noche también memorable. Ese fué el primer temor de Adela cuando lo vió despertar, metiéndose los puños por los ojos.

—¿Te habías dormido?

—Como un magistrado de la Sala 4.ª de lo Civil.

—¡Jesús! ¿Por qué has hecho eso?

—¡Ah! ¿pero tú crees que me he dado cuenta?

—¿Qué has soñado?

—Yo, nada. ¿Para qué?

—¿Estás seguro?

—¡Ya lo creo! Por lo menos, no me acuèrdo de nada, y es lo mismo.

Quedóse pensativa. ¿Era posible? ¿Sería entonces un infundio la leyenda de aquella

habitación, y habría en ella la misma vulgaridad que en cualquier despensa o cuarto de la ropa?

Sólo que... si Julio era verdad que no había soñado, también lo era que se despertaba con la mente poblada de una serie de apetitos nuevos y de deseos absurdos. Miraba a *Coquito*, y le parecía más guapa, más dominadora, y a medida que se iba fijando en ella, más ganas le daban de echarse a sus pies como un cojín, y más echaba de menos en su mano un látigo con el que golpease a sus anchas el mundo.

Y luego, ¿por qué de repente le había acudido a la memoria y al deseo, que era lo más trágico, la frase invitativa de aquella pobre meretriz de la calle del Mesón de Paredes? *También lo hago a la italiana,* le había dicho pocas horas antes una especie de esqueleto envuelto en trapos, que, por lo visto, era un aparecido. ¿Qué es lo que hacía a la italiana aquel espectro que estuvo a punto de hacerle perder la noche? ¿El encaje de bolillos? ¿Los versos? ¿El arroz con almejas?

No se había explicado bien la dama, aunque una voz secreta que le bajaba de los riñones al coxis le estaba diciendo ahora muy a las claras de lo que se trataba.

Se emborrachaba con sus propios pensamientos; enloquecía ante la idea de una posibilidad remota de que *Coquito*, aquella joya de todos los placeres, se transformase por un mo-

mento en la visión del Mesón de Paredes, y le dijese, entornando los ojos:

—También lo hago a la italiana.

Por oir esa frase dicha por tal boca, por trocar en realidad su ensueño de manicomio, no hubiera él tenido inconveniente en aquel momento en vender su alma al Diablo, si no fuera porque este distinguido Príncipe de las Tinieblas ha tiempo que había suspendido esas operaciones de compraventa, por no convenirle el negocio. ¡Le colocaban cada mercancía averiada!..

¿Por qué no intentar un sondeo en el pensamiento de la artista, sobre ese particular? ¿No habíamos quedado en que la noche estaba embrujada? Pues a ver si los poderes brujos venían en su ayuda, y se abría un túnel más a la civilización en el mundo.

Fué un movimiento recíproco de aproximación; ella, temblorosa y llena de pronto de grandes miedos, fué a refugiarse en sus brazos; él corrió a ella, a cuatro patas por la estancia, como los monos de la jaula grande del Retiro.

Dos sonoros besos, uno en cada zapato, cayeron a los pies de la artista como dos rosas blancas arrojadas desde un palco proscenio. Había entrado en la estancia sin más ropa, sobre el nácar moreno de sus carnes, que las medias y el calzado; al entrar había dejado en un rincón de uno de los divanes una caja de

cartón en la que podían caber muy bien dos pichones asados. No pierdas, oh lector, de vista esa caja, pues te aseguro que es de las de sorpresa.

Había en los dos, y esta era la verdad, un deseo muy grande de pegar y ser pegado, de sufrir y gozar viendo el sufrimiento ajeno; cuando el amor se aparta del camino real, las veredas por las que se pierde, lo mismo pueden llevarle a un monasterio que a la montanera donde unos cerdos se engordan. Julio, con el rostro convertido en un pimiento, dijo a la chica, en tono de súplica, y abrazándose a sus rodillas:

—¿Tú no has tenido nunca un perro?... Pues hazte cuenta que ese perro soy yo.

Una bofetada, que, para ser cosa de juego, era harto dura, fué la contestación de *Coquito*.

Julio sintió un estremecimiento de placer por todo el cuerpo, una verdadera sensación nueva, que llegó a su cumbre cuando la chica añadió:

—Eso es lo que le hacía yo a mi perro... Y esto... y esto...

Otra bofetada, y un golpe con la rodilla en plena barba, que hizo al chico caer de espaldas. Se levantó a poco, y con voz dulcísima le dijo:

—Bueno, pero ¿y el perro... qué te hacía a ti?

Ella no contestó; mimosa, le ayudó a alzarse, fuese por lástima, o porque se le hubiese pa-

sado la locura. Ya estaba él de rodillas, y abrazado a su cintura, mientras ella reía sin saber qué decir... El momento era de peligro; no había más que decidirse, y las manos sabias de él se decidieron.

Fué una vuelta amplia y suave por todo el contorno de la cadera, un punto de parada en los riñones con frotaciones periféricas, y, desde allí, la derecha se deslizó como por un tobogán hasta el canal posterior.

—¡Estate quieto, que me pones nerviosa!

Con la mano libre la sujetaba para impedir que se escapase; con voz impregnada de humildad, y con toda la angustia del que pide un centimito para completar para un bollo, él no decia más que una palabra:

—¡Anda!... ¡Anda!... ¡Anda!...

Era una canturia, una súplica monótona y vergonzosa que la chica no entendió al principio:

—Pero ¿qué es lo que quieres?

—Anda, mujer, sé buena conmigo. A cambio de eso, haz de mi lo que quieras para siempre: tu esclavo, tu perro, tu administrador, lo que quieras para toda la vida.

—Pero ¿a cambio de qué?

—¿No me entiendes?

Ahora ya lo iba a entender y de plano; uno de sus dedos fué el indicador indudable. Indicó una perforación en el botón floreal que se alzaba en el centro de la roca y...

¡Desdichado! Más le valiera no haberlo hecho. Fué una furia, una verdadera loca escapada de un manicomio, la que cayó sobre él con las manos, con los pies, con los dientes; una lluvia de patadas, arañazos, mordiscos y escupitajos le llenó el cuerpo de electricidad; obligándole a revolcarse como un poseso. Y todo ello mezclado con una sarta de improperios:

—¡Canalla! ¡Asqueroso! Pero ¿qué te has creído tú? ¡Miserable! ¡Granuja! ¡Ateneísta! ¡Eres el primer hombre, ¿te enteras?, el primero que se atreve a hablarme de eso!

Y él, en medio de los golpes, aún tuvo fuerzas para decir:

—Pues eso es precisamente lo que yo quería, ser el primero.

Una patada en la boca le hizo callar; dos dientes de arriba se le bambolearon, como si hubiese mordido en falso un trozo de turrón, o como si leyendo una poesía del siglo de oro tropezase con un ripio. Se vió aplastado contra el suelo por todo el peso del cuerpo de ella, que aunque no era mucho, dejado caer así con rabia y apretando, aumentaba el triple; creyó haber llegado demasiado lejos, pues hubo un momento en que pensó morir de asfixia; pero bien pronto, del seno de todas aquellas torturas, comenzó a elevarse, como un cántico nuevo, una extraña delicia, un placer angustioso que le ahogaba como una dosis fuerte de cloroformo.

Coquito se cansaba de pegar, y se alzó para tomar un respiro; en la habitación se oía el jadear de los dos, como la fatiga de dos locomotoras. La cara de ella era una sola mueca de imperio y de dominio; los que sólo la veían en la calle o en escena no podrían nunca imaginársela así; ante una mujer tan decidida a hacerse obedecer, no habia más que dos caminos: la obediencia o la fuga. Para Julio, la fuga era imposible, y además no la deseaba; como una caricia llegó a sus oídos la voz de ella, ahora bronca y como de matrona.

—¡Levántate y ponte de rodillas!

Lo hizo con toda presteza.

—¡Ahora ven hasta aquí andando asi!

Y echó a andar.

—¡Con los brazos en cruz!

Al chico, para ser la rueda de un molino, no le faltaba más que un aspa; los brazos parecían dos, y la tercera la formaba, ya en plena florescencia, aquella parte empírica de nuestro organismo, que generalmente ocultamos a las miradas de nuestros semejantes, y sin la cual el hombre sería un violín sin arco.

—¡Pídeme perdón!... ¡Besa el suelo veinte veces!...

Y cada vez que la cara del joven bajaba a hocicar en el pavimento, ella, la ofendida, aprovechaba la ocasión para plantarle en plena cerviz la suela de su zapato, como un yugo de servidumbre.

Hubo que descansar, y para eso estaban los divanes; separados, echáronse cada uno en el suyo, y aún bramaba por lo bajo la artista de cuando en cuando, y aún conservaba ensombrecida aquella cara, de ordinario tan dulce y tranquila.

A él la paliza le había dejado deshecho de cuerpo y de alma; no pensaba en nada y sentía en la nuca un vacío desconsolador, como si con un tubo de goma y a fuerza de succiones le hubieran ido sacando del cerebro todo el contenido. Para amortiguar aquella sensación de sombrerera vacía, apretaba la cabeza con las dos manos, por la parte del cogote.

Pero aquello no era más que una tregua, y la batalla tenía que seguir, hasta que uno de los dos quedase fuera de combate. Ella, sin moverse de su sitio, rompió de nuevo las hostilidades.

—Eres un guarro, ¿te enteras? Un solemnísimo guarro... La culpa la tengo yo por haberte tenido lástima y haberte admitido... Mi madre tenía razón: yo no debí nunca bajar la tarifa, mi tarifa de reina, ¿lo oyes?...; y si no

tenias dinero, fastidiarse, que las manos te quedaban libres para convulsionarte al Sol y a mi salud lo que hubieses querido... ¡Feminista! Después de todo, no serías el primer hombre que me desea con hambre desde hace tiempo, y que tiene que contentarse con verme desde lejos... ¡El primer hombre! Pero ¿es que tú eres un hombre?

Volvía la locura, y empezó a hablar para ella sola y como si nadie la escuchase; mientras pronunciaba un río de palabras incoherentes, iba desarrugando el entrecejo, y la mueca del rostro se iba poco a poco trocando en un gesto de triunfo y en un espasmo de alegría feroz. *Coquito* se fijaba en Julio y en su cuerpo desnudo, ahora del todo, pues la batalla y el pataleo habían deshecho sus ropas; aquel chico tenía cuerpo de mujer, que por otra parte casaba muy bien con su rostro de niña rubia y ojerosa; las carnes eran blancas, y en la cadera hasta iniciaban una elevación mujeril, que se disolvía en suave ondulación al llegar a las llanuras del... Transtiber.

Los brazos y las piernas, lampiños y torneados, completaban la ilusión, y, en general, en todo él había esa fragilidad de la chica de doce años que se está abriendo al amor con timideces orgánicas. ¿Qué fenómeno de la Naturaleza era aquél? Ella no había visto nunca nada semejante, y aquello, a costa de lo que fuese, había que probarlo tal y como la Naturaleza lo daba.

A la chica se le acababa de ocurrir algo infernal. Ella acaso no tuviese noción exacta de la pena del Talión, pero la presentía, y la idea de castigar a aquel efebo *por do más había querido pecar,* le produjo un júbilo tan intenso que no pudo contenerse y estalló en una estrepitosa carcajada.

Tan estrepitosa, que Julio se alarmó e incorporóse de un salto en el asiento.

—¿De qué te ríes?

—¡Ya verás!

Y decidida a no perder el tiempo, empezó por llamar al chico por el nombre que ella creía que debía tener, y muy fina, levantóse para acercarse.

—Oye, Julita, rica; ahora vas a hacer todo lo que yo te diga; ¿verdad hermosa?

—¿Por qué me has cambiado el sexo de repente?

—No, tontina; si somos dos buenas amigas. Cámbiamelo tú a mí si quieres. ¡Ya verás! Oye, no hagas caso de lo de antes: todo ha sido una broma. Es que no entendí bien lo que querías; pero ahora ya he caído.

Estaba ya junto a él, y, de cuando en cuando, entre caricia y caricia, le abofeteaba, sujetándole la cabeza con la otra mano. Y le miraba el cuerpo, y comparaba: en algunos sitios, por ejemplo en los costados, la piel de Julio era mucho más tersa y suave que la suya propia, y en el bosquecillo de las axilas era menos po-

blada la fronda que en el suyo; es decir, que ella, la mujer adorable, con su cuerpo libre de opulencias y de redondeces de esas que incitan, parecía más hombre que él.

Puesto que la Naturaleza lo había querido, iba a ser. Se levantó sin dejar de reir diabólicamente y sin dejar de repetir:

—Verás... verás...

Fué al extremo de la habitación, donde al entrar había dejado la caja de cartón, cuya vigilancia hemos recomendado al lector. Ya que su cuerpo carecía de medio físico, ella buscaría suplementos con que perpetrar la divina violación de aquella virginidad tan apetitosa. ¡Las industrias habían progresado mucho en el último cuarto de siglo!

Fué a abrir la caja; pero antes se volvió a Julio, imperativa:

—No mires ahora... ¡Que no mires, te digo!

—Bueno, mujer, no miraré.

—No, no me fío; mejor será otra cosa.

Volvió, y con los propios calzoncillos de él, que yacían en el suelo como un jirón de neblina, le vendó los ojos. El se dejaba hacer encantado de aquello.

—Y ahora, para que no te quites la venda, te voy a atar las manos.

Cogió la camisa, la retorció en forma de cuerda, y le sujetó los brazos a la espalda, apretándolos bien por las muñecas.

—¡Ay, que me haces daño!

—¡Bah! Bueno es que te vayas acostumbrando.

Quedó echado en el asiento como un fardo o como un viajero al que unos bandidos hubieran dejado maniatado a la orilla de un camino.

Coquito, segura de que no la veía, abrió la caja, y sacó de ella, envuelto en papel de seda, un objeto extraño, que, desdichadamente, no puede exponerse en los escaparates de los comercios donde se vende, porque la moral de la sociedad contemporánea es todavia un saco de prejuicios. Es artículo que no puede fabricarse a medida, pues no habría dos iguales, y, además, no hace falta que se acople con exactitud, porque el campo de operaciones donde ha de desarrollar su actividad es de una elasticidad maravillosa.

De fabricación alemana, ¡cómo no!, tiene algo de kolosal, con esa robustez que el pueblo germano da a todas sus concepciones, y que hace que, por ejemplo, los palillos de dientes de Postdam haya que cogerlos con dos manos. El objeto imitaba a la perfección el modelo natural, y estaba fabricado con una pasta de caucho y polvo de mármol, que lo hacía temible.

Con unas cintas de seda, *Coquito* lo sujetó sobre sus riñones. Probó: sí, estaba firme; mientras el pueblo del Kaiser tuviese en su arsenal armas como aquella, podía hipotecar a cañonazos el porvenir del mundo.

Seguramente que si a Julito unas horas antes, al pasar por la calle del Mesón de Paredes, le hubieran dicho que la proposición de la mujer espectro iba a realizarse pero... a la inversa, hubiera acogido el dicho con la más vibrante de las carcajadas. ¿Él, invadido por la espalda, como el Tirol y el Trentino? ¡Locura! ¿Su cuerpo, campo de maniobras a la italiana? ¡Ilusión!

Y he aquí que la locura se cumplía y la ilusión se hacía realidad. *Coquito,* cambiado provisionalmente el sexo gracias a los perfeccionamientos de la industria alemana, venía a él armada de todas armas. Para evitar un golpe en falso preparó un poco el terreno: ella *aquello* no lo había hecho nunca, y no teniendo para la operación más guía que la del instinto, había que tomar precauciones.

—Oye, Julita, ahora harás todo lo que yo te diga, ¿verdad?

—Sí, hija, sí; pero, ¿qué quieres hacer?

—Eso ya lo verás. Por lo pronto, échate al suelo.

Formando un ovillo, y sin poderse valer de

las manos, fué escurriéndose hasta el pavimento.

—Vuélvete de espaldas... así, boca abajo, como si te doliese la barriga... Esas piernas, encogidas... Así... Ahora, veas lo que veas y notes lo que notes, no te muevas. ¡Muy quieto!

—¿Vas a retratarme?

—Pudiera ser. El objetivo ya está pronto.

No era empresa llana lo que la infernal chica tramaba. Hazte cargo, lector, con tu buen sentido tantas veces probado, de las dificultades de la operación. ¿Qué harías tú en caso tal? Clausewitz decía que una de las maniobras más difíciles de la guerra era la de picar la retaguardia al enemigo. ¿Qué diría el célebre teorizante de las batallas ante este caso, en que no se trataba sólo de picar, sino de banderillear y tirarse a matar en corto y por el camino recto?

Además, Julito, o Julita, como tenía las manos sujetas a la espalda, había de apoyarse contra el suelo, con el pecho o con la frente, y ello le fatigaba en demasía; el instinto le hacía torcerse a un lado, buscando en uno de los hombros mejor punto de apoyo. El mismo bulto de las manos allí sobre los riñones no era nada cómodo para la atacante; tuvo un momento de lucidez y le dijo:

—Verás, esas manos las tendrás mejor como yo te las voy a poner.

Soltó el nudo e hizo que la víctima apoyase

la parte delantera del cuerpo en el borde de uno de los divanes; cuando estuvo así, cogió sus brazos, los cruzó como un haz de leña y los ató muy alto al marco de uno de los espejos que decoraban la estancia. La postura era de una bizarría trágica: allí estaba el reo, la pobre víctima destinada al sacrificio, al tormento, entregando sus carnes al sadismo del verdugo, que igual podía quemarlas con un hierro candente que rociarlas con agua helada o con vino de Valdepeñas.

Julio dejaba hacer como un trapo, sin protestar, sin moverse siquiera, convencido de que por brutal que fuese lo que *Coquito* tramase, siempre habría de ser diabólicamente delicioso. ¿Qué le importaba dejar allí la piel o un trozo de solomillo, después de haber dejado en manos de doña Micaela el contenido de su pobre cartera de estudiante? ¿No era *ella* la que lo martirizaba? ¿No era para que *ella* gozase para lo que sus carnes iban a temblar? ¿No había estado meses y meses aguardando esta hora de infierno, de la que, como de un hilo de plata, había estado pendiente su vida?... Y recordaba lo que más de una vez había sentido al verla en escena bailando la rumba, o simplemente oscilando sus pechitos tras la camisa: unas ganas feroces de echarse a sus pies, de ser por ella pisoteado, estrujado, escupido como una rana.

¿Amarla al modo natural? No: eso a las demás mujeres guapas que se encontraba por la

calle. ¿Besarla? ¡Bah! Eso a su novia, aquella chica regordeta del pueblo, que creía que dar un beso en la obscuridad del cine era trasladarse a una orgía de Babilonia... Con ella, con *Coquito,* no; morir a sus manos, o que, por lo menos, con uno de los huesos de su tórax se construyese la criatura el puño de un *en-tout-cas.*

¡Y ella! Seguramente en su vida, que no había sido la de una reina de juegos florales, no habia llegado nunca como en aquella hora a comprender cuánto hay de criminal y de salvaje en el fondo de toda exaltación de la carne. Este pobre cuerpo nuestro, que el Gran Ironista Universal fabricó en un momento de hastío con un poco de arcilla y otro poco de serrín de mojama, encierra en el fondo de su apercalinada vulgaridad unos veneros de perversión inagotable: cuando en el páramo sexual de la vida de un oficinista o de una patrona de huéspedes despierta el cuclillo de la voluptuosidad, no hay pupilera que no se convierta en Cleopatra, ni empleado de cinco mil reales que no se trueque en Sardanápalo. ¡Qué asco, y qué grandeza a un tiempo!

Coquito allí, a la vista de aquellas carnes posteriores del chico, de las que muy bien hubieran podido sacarse tres o cuatro kilos de filetes y solomillos, veía que iba a estropear a un hombre para siempre, y no le importaba; notaba que iba a deshonrarlo marcándolo de un

modo indeleble con el estigma de los sodomitas, y sentía una alegría feroz. ¿Que el chico, en adelante, y si por azares de la vida tuviera que someterse a un examen de su organismo, sería la mofa de esta sociedad, un poco rancia en estas cuestiones del amor? ¿Y qué? Mejor, mucho mejor: ella habría sido la culpable, y esto le llenaba de un orgullo monstruoso.

Por que en el fondo, y aparte el placer, no era más que eso: apetito voraz de gozar las primicias de aquel cuerpo de hombre-niña, que tanto le había interesado con el doble encanto de su ambigua persona. Y como la primicia, la iniciación por la vía natural no era posible —¿dónde estaría ya, con la vida un poco de campamento que hacen en Madrid los estudiantes?—, buscaba, sin darse cuenta, un camino secundario que, a pesar de serlo, no carecería seguramente de encantos, y por el cual, la certeza de ser el primer caminante era casi absoluta.

¿Casi? Esto la llenó de zózobras. Sería grotesco y trágico a un tiempo que aquel mocoso, atrayendo con su carita sonrosada a algún moscardón de los que andan por el mundo y por las plataformas de los tranvías, hubiese ya probado la fruta exótica, como un plátano sin creencias. De menos nos hizo Dios, y era cosa de verlo cuanto antes.

El producto de los talleres alemanes inició un avance por entre dos promontorios, y en

la estancia se escuchó un ¡ay! que aún no era más que de dolor. No era mala señal aquella, y *Coquito*, animada por el primer éxito, siguió adelante.

Perderse por un atajo, por el que nadie ha pasado nunca, tiene sus inconvenientes: el de caminar a ciegas, el de tener que marchar apartando broza y maleza, entre otros, pero tiene también sus encantos, y entre ellos no es el menor el de abarcar con la vista panoramas que nadie ha contemplado, y que se ofrecen a nosotros con todo el encanto de lo virginal. Adela, al segundo empujón, sintió que en sus riñones repercutía el golpe, como aquel beso que, según el poeta, dado en Cantón, se oyó en Cádiz; para ella había de haber también su martirio, como ocurre siempre en esta clase de operaciones; no hay atajo sin trabajo, dice el refrán, y va de citas, y no cabe duda que, como se ha dicho antes, allí había alguien que estaba tomando por el atajo.

Julito, viendo que la cosa se formalizaba, creyóse en el caso de protestar:

—¡Por Dios, que me vas a matar! Yo creo que ya hay bastante...

Ella, enardecida con la queja, dió un nuevo avance, y ya sus dudas se disiparon; por allí, al menos en la dirección en que ella marchaba, no había pasado nadie.

El chico, mordiéndose los labios para no chillar, y haciendo con el cuerpo unas contor-

siones muy raras, como si estuviese cantando una malagueña garganteada, sentía en su interior una cosa muy extraña, desde luego algo nuevo que nunca había sentido—y en estos tiempos en que todos andamos locos detrás de la novedad, no es poca cosa—, una impresión así como si tomando un baño, por un fenómeno de física, empezase a internarse en su organismo toda el agua del mar, con algún que otro percebe de los más gordos. Era una intro-inspección: la piel recogiéndose para dentro, cual un paraguas que se cierra y ya nunca más va a abrirse.

En medio de sus torturas, el chico notaba que algo muy serio se estaba rompiendo allá adentro con rotura definitiva; un plato se rompe y puede lañarse; un pitillo se rasga y se le muda el papel; una pipa de ámbar se quiebra y... se compra uno otra; pero si una pobre flor se troncha por el tallo, ¿qué se hace con ella, Leovigilda?

Esta sensación de algo irreparable, era la que sobrenadaba en el mar de sus impresiones, y la que le hacía quejarse de un modo lastimoso. A cada una de sus quejas, *Coquito,* aumentando la fuerza, contestaba con una crueldad:

—¡Te fastidias!

—¡Aguanta lo que puedas!

—¡Eso es lo que tú querías hacerme a mí, ladrón!

En realidad, el dolor, lo que en términos es-

trictos debía llamarse dolor, casi había desaparecido. ¿Era posible que el organismo humano transigiese tan pronto con sus propias vergüenzas? Julito seguía quejándose, pero ya de un modo mecánico, por el bien parecer, por cumplir con la sociedad, que es por lo que va uno a las visitas de pésame y a las lecturas de poesías... De pronto fué un matiz, un atisbo, algo casi imperceptible, lo que se oyó en el fondo de uno de aquellos ayes, un débil hilillo de complacencia, como si el sufrimiento fuese a dejar plaza a su hermano gemelo el placer y como la mímica de esos payasos que empiezan llorando, y sin dejarlo, acaban en una carcajada, trocando el llanto en risa de un modo portentoso.

¿Gozaba el chico con todo aquello? Aún no; si para ganar Zamora hizo falta más de una hora, para ganar aquella otra fortaleza, virgen de ataques anteriores, era poco el espacio de unos segundos. Seguía quejándose; pero cada vez la gota de miel disuelta en la hiel del sufrimiento era mayor, y, por fin, más del 50 por 100 de la disolución convirtióse en miel pura de abejas. La batalla iba a ganarse.

Acaso antes que él, dióse cuenta de ello *Coquito;* la cosa le produjo un furor sin límites, y ya los dicterios de un repertorio soez y de plazuela empezó a acompañarlos de unos golpes en los costados de la víctima, que sonaban como tambores.

Se acercaba el final; con nuevos bríos y a costa de un gran dolor en su propia cintura, Adela tiróse a fondo como maestra consumada. Oyóse el último grito de queja; los demás fueron ya francas voces de delicia, como un coro angélico. Podría asegurarse que allí ya no cabía hacer más en el sentido del avance; el producto de la fabricación alemana había desaparecido todo él—no medía más que 26 centímetros—de la vista de los mortales, y hubiera sido inútil buscarlo por el suelo, ni debajo de los muebles. ¿Dónde estaba? Adivinanza... Lo cierto era que como el cuerpo humano no se dilatase de pronto, creando órganos nuevos, allí no podía hacerse más de lo que se había hecho.

Convencida de ello, la asaltante empleó toda la fuerza que hasta entonces había dedicado a la marcha, en movimientos de rotación, que Julio no tardó en imitar en sentido inverso para más complicación. La cosa tomaba ya caracteres de lucha; ni cesaban los ayes de él, ni se acallaban los insultos de ella, mezclados con toda suerte de pellizcos, palos y arañazos en las pobres carnes de la víctima, que vibraban de placer; a cada nuevo martirio aumentaba el goce del forzado, y ya en plena locura del momento tanto tiempo esperado, hubiera él querido que aquella mujer inventase un suplicio nuevo, que acabara con su vida entre espasmos de amor.

En un momento de ajetreo cayó al suelo la venda con que habíale ella cubierto los ojos, y él entonces, en el espejo que tenía enfrente, pudo ver algo espantoso que le llenó de terror, y, por lo mismo, contribuyó a acelerar el final. Por lo visto en aquella habitación había duendes, o acababa de penetrar un fantasma; sí, allí estaba, a su espalda, con los ojos en blanco, la boca retorcida como en un ataque epiléptico, los pelos chorreando sudor y cayendo por la cara como sanguijuelas temblonas, y un aire infernal en todo el rostro, que hubiera hecho mudarse de ropa interior al propio don Félix de Montemar. Por lo visto el fantasma aquel era el que le estaba a él haciendo... el padrón, ya que tan encima lo tenía; pero fijándose bien, pudo ver que aquella cara que le había parecido una visión, era el propio rostro de *La Coquito*, transfigurado por la demencia del acto.

Con lo que en aquel momento estaba gozando la chiquilla, sabiamente distribuído por horas, había para veinte años de cachondeo; los pechitos se habían agrandado, y los brazos, de tanto golpear en el cuerpo de Julio, estaban ya morados y próximos a caer exánimes, y todo el cuerpo, de cintura para abajo, hundido para adelante, y como sumido en el de la víctima, no ofrecía más saliente que el frontis póstumo, también temblón como la confluencia de dos flancs; en los hoyuelos de la espalda y en los

de las corvas, la carne se había vuelto más negra. ¡La niña candorosa y lasciva del teatro, que volvía locos a los espectadores con sólo enseñar una pantorrilla, era aquí una pantera de carne pálida, que vibraba hasta por los pelos!

A punto ya de venir al suelo, sin perder el contacto, aumentó la fiebre de los dos; en aquel momento hubiera sido difícil discernir cuál, en aquel acoplamiento monstruoso, era el hombre, y cuál la mujer. La cara de Julio, acaso porque el papel que representaba así lo exigiese, era desde luego más femenina, con unas ojeras del tamaño de un tintero, y los ojos muy entornados, como en éxtasis; los pelos del flequillo, que le caían hasta cerca de la nariz, ayudaban al cambio de sexo.

Una nueva vía de comunicación acababa de abrirse a viajeros posteriores en España, país, según dicen, tan falto de ellas. Un misterio más que se había roto; el día en que los rompamos todos, seremos omniscientes, y seguramente bajará el precio de los comestibles.

Para celebrar la apertura del nuevo túnel, *Coquito* dió tan fuerte mordisco en la espalda a Julito, que los dientes se le mancharon con la sangre de él; un chorrito rojo corrió por la piel abajo, y otro chorro, de color bien diferente, emitió cierta casa de banca de la propia pertenencia del estudiante, liquidando a la vista del público un soberbio superávit. Como las

mujeres son en todo más hipócritas que el hombre, y no hacen esas liquidaciones al exterior, sino al interior, no pudo verse la emisión de *Coquito*, pero ¡debió ser suave!

Vinieron ambos a tierra, unidos aún. El chico, al darse cuenta de lo que acababa de perder para siempre, acordóse de pronto de la visión de la calle del Mesón de Paredes. «También lo hago a la italiana...» ¡Ya lo creo! Indudablemente aquello había sido una profecía de algún poder brujo.

Y al sentirse todo ventilado por dentro, no pudo menos de repetir su frase de antes:

—¡Por algo he dicho yo que la noche estaba embrujada!

Coquito llegó a su casa a las siete y media de la mañana; como hasta las ocho no se levantaban las chicas, y su madre no lo hacía nunca antes de las diez, estaba salvada.

El sereno le abrió la puerta de la calle, y la del piso la encontró tal y como la había dejado: encajada, pero sin cerrar; no tuvo más que empujar con mucha suavidad y entrar de puntillas hasta su cuarto. Diez minutos después, lavada y refrescada, estaba en el lecho hecha un ovillo, como una alumna de las Ursulinas que, pensando en San Luis Gonzaga, se ha quedado dormida con las manitas en la entrepierna.

Hasta la esquina de la calle la había traído un coche, dentro del cual había seguido Julio hacia su casa, y que, para tomarlo a aquella hora, había tenido que venir a pie por en medio del campo hasta la calle del Príncipe de Vergara; en el trayecto apenas habían hablado, sumidos los dos en una especie de letargo, producto neto del cansancio de la noche y del hastío que deja siempre lo gozado. Y al bajar ella del coche, se habían despedido con un

«hasta otra vez» y un apretón de manos que parecía el saludo a la presidencia de un entierro.

Volvía la chica un poco avergonzada, no sólo porque al recobrar la razón veía toda la bestialidad de las locuras de aquella noche, sino porque la última de todas ellas, algo así como un castigo con el que había purgado las demás, la humillaba a los pies de un hombre, por primera vez en su vida.

Efectivamente, la aventura del cuarto del notario había tenido un final lamentable; sabía, al entrar en él, que no saldría sin que el influjo fatal del tio de los zapatos obrase sobre ella. Y ocurrió que, cuando después de un largo descanso por el suelo tras la epopeya del asalto, fueron recobrando el sentido, la chica, invadida por ternuras repentinas, echóse a los pies de él, pidiéndole con vehemencias que la perdonase. Fué en vano que él quisiera alzarla, pareciéndole ridícula aquella Magdalena de última hora, y aunque, para consolarla, insistió en lo que ya era en él una obsesión, diciéndole:

—¡Perdonarte! ¿De qué?... Si no has sido tú, ha sido el poder brujo de la noche... —Ella insistió de tal modo, que Julio no tuvo más remedio que perdonarla.

Pero no era eso lo que *Coquito* quería:

—Haz de mí lo que quieras; pégame, todo lo merezco. Mientras no me des por lo menos dos

o tres patadas, no creeré que me has perdonado.

Tanto insistió y tanto llegó a amenazarle con no salir de allí si no saciaba su apetito de golpes, que Julio, incapaz en su vida ordinaria de molestar a un mosquito, lióse con ella a bofetadas, al principio mecánicamente y por salir del paso, doliéndole los golpes más que si él mismo los recibiera; después, aficionándose al vapuleo, y excitado en la faena por las voces de Adela:

—Así... así... No eres hombre si no me das más fuerte. Así, con el pie...

La escena bochornosa acabó arrastrando Julio a la artista por toda la habitación, cogida del pie derecho, y llorando ella entre espasmos histéricos que la dejaron sin sentido.

Salieron a la calle y cruzaron el campo muy cogidos del brazo, y ella con la cara tapada, entre las nieblas del amanecer, y cuando los trabajadores iban en grupos a Madrid en busca del pan colocado en lo alto de un andamio; al pasar se les quedaban mirando, como bichos raros a tal hora y en aquellos parajes.

A la muchacha le dolía todo el cuerpo, cual si acabase de tomar una ducha eléctrica; y él notaba en el mordisco de la espalda un escozor desconsolado, y más abajo, en el campo de la batalla anterior, algo muy extraño, una impresión de divorcio de sus carnes, como si un paraguas automático se hubiese abierto en el in-

terior de su organismo y se empeñase en salir al exterior sin cerrarse.

Llevaban andando un buen trecho y Julio se volvió a mirar por última vez el hotel de *La Coquito;* por detrás de él asomaba ya la claridad del sol; el chico lo miró como miraríamos el sitio donde hemos perdido para siempre un reloj de oro o un par de guantes. Y no derramó una lágrima, porque se había quedado tan seco por dentro, que ya ni humedad tenía que pudiera trocarse en llanto.....

.....

¡Qué sueño más tranquilo y feliz disfrutó *Coquito* hasta las dos de la tarde, en que su madre golpeó la puerta del dormitorio! Despertó y encontróse en la misma postura en que se había quedado dormida: ni una vuelta en la cama, ni el tormento de haber soñado. Cuando la madre le preguntó, no supo al principio de lo que le hablaba.

—¿Y el pájaro?

—¿Qué pájaro?

—¿A qué hora se ha marchado?

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? Don Julio...

—¡Ah, ya! Pues... se ha ido a las siete y media. ¿No has sentido la puerta?

—¡Hija, por Dios, qué iba a sentir! Si he dormido de un tirón hasta las nueve...

—¡Más vale así!

—¿Por qué?

—Por nada, mamá; ¿por qué va a ser?

—Bien ha aprovechado la ocasión el pollo: sabe Dios cuándo se verá en otra. No dirá que no le ha sacado bien el pringue a su dinero.

—Lo que es eso... No hemos hecho apenas más que dormir en toda la noche...

—¡Ya me lo figuro!... ¿Te vas a levantar o te traigo aquí el almuerzo?

—Me levantaré.

Se arregló muy despacio, con una languidez de movimientos que le recordaba los días fuertes de calor en la Habana, y cuando se sentó a la mesa vió que no tenía ganas ni de abrir la boca. Hubiera sido un martirio intentar siquiera comer un bocado de aquella tortilla de riñones que su madre le puso como primer plato, y por todo el oro del mundo no hubiera podido soportar más tiempo la vista de aquellos pajeles que vinieron después.

Llévate esto, madre, y tráeme una taza de café.

—¿Pero es que te has vuelto loca?

—Luego comeré; ahora no puedo.

—¡Café! Y sin tomar nada desde anoche a las nueve... ¿Lo querrás con media tostada?

Hubiera vomitado, sólo de oirlo, si en el estómago hubiera tenido algo que arrojar. ¡Desde anoche a las nueve! ¡Pues no le habían pasado a ella cosas desde anoche a las nueve! Tomar, era verdad, no había tomado nada;

pero dar... había dado su vida y lo que no daba nunca: su orgullo de mujer.

Era muy raro lo que le pasaba. Se sentía vacía por dentro, como sin objeto en la vida, cual un barco que navegase a la deriva. ¿Era posible que ella, ella misma, volviese aquella tarde al teatro, y trabajase y bailase la rumba para diversión de unos cuantos tíos lascivos que, seguramente, en la alcoba serían tan puercos o más que el candoroso Julito?

Por primera vez acaso sintió hastío, cansancio de aquella vida que llevaba y que positivamente no conducía a parte alguna; gracias a Dios no era una romántica, y tenía de sentimental lo que tiene Luis Esteso de subdiácono; pero por lo visto pasaba por un cuarto de hora triste, y le parecía mentira que ella volviese a ser *La Coquito* de siempre: alegre, revoltosa, y con una funda de gutapercha guareciéndole el corazón, para que no llegasen a él, ni en broma, esas cursilerías de la pasión. ¿Era posible que todo hubiera sido un sueño con pesadilla de una noche de Marzo?

No sólo era posible, sino necesario: la madre vino a recordárselo, mientras le servía el café pedido:

—No olvides que a las cuatro y media tenemos que estar en el teatro.

—¿Para qué?

—Ensayan las chicas el número ese de *Las Irrigadoras*.

—¡Vaya! ¿Por qué no vas tú? Yo quisiera dormir otro poco.

—Iré; pero a lo de esta noche... ya sabes que no puedo ir en tu lugar.

—¿Esta noche?

—¿Ya no te acuerdas? Ay, ay, a ti te ha trastornado la cabeza el mocoso ese.

—¡No digas burradas, mamá! ¿Qué pasa esta noche?

—Mujer, que don Miguel, ese del Tribunal de la Rota, nos lleva a cenar en casa de Camorra y quiere que luego le enseñemos el hotel.

Es verdad: no me acordaba. ¡Con el frío que hará esta noche en la Prosperidad!

—Frío, y hace un día hermosísimo...

—¿Por qué no le mandas un recado diciéndole que me duele mucho la cabeza, y que otra noche...

—Mujer, ya sabes que es un señor que no puede echar una cana al aire siempre que quiere; él dice hoy, y tiene que ser hoy; para eso lo paga mejor que los demás.

—Bueno, bueno; no se hable más, cenaremos, es decir, cenarás tú, porque lo que es yo si tengo las mismas ganas que ahora, con un vaso de leche despacho.

—En eso ya no me meto, ni creo que se meta él tampoco. Nosotras vamos; de la cena yo me encargo, y de lo demás, ¡ay!, bien quisiera poder encargarme yo también...

No cabía duda: a *Coquito* la habían cambiado. No hablaba más que lo preciso, y pasaba largos ratos, en los ensayos, sentada en una silla, con la cabeza apoyada en la mano y los ojos perdidos en un extravío soñoliento.

En el teatro no estaba más que el tiempo indispensable para tomar parte en las secciones de la tarde y de la noche, y en cuanto éstas terminaban, desnudábase más que de prisa y marchaba a su casa a toda la velocidad del automóvil.

La primera que notó el cambio fué la madre, y el notarlo fué para ella motivo de gran alarma. Habían sido inútiles cuantas preguntas y sondeos le había dirigido para averiguar la causa de aquellas murrias: unas y otros se habían estrellado siempre ante la contestación invariable de la hija:

—Nada, mamá. ¿Qué quiere usted que tenga?... Que estoy aburrida.

Doña Micaela se espantaba al pensar en las consecuencias que pudiera tener aquello. Si *Coquito*, la alegre y vivaracha *Coquito*, perdía su alegría y su humor, ¿qué hombre iba a ser

tan abnegado que diese dinero por encerrarse con ella en un cuarto, a oir suspirar y a contagiarse de su aburrimiento? El primer día, por si aquello era del estómago, la madre amorosa entró por la mañana en la alcoba de su hija con un vaso de tamaño natural, lleno de agua de Carabaña; la muchacha apuró aquello con la misma pasiva resignación con que hubiera apurado el veneno de los Borgias: no era cosa de disgustar a la coautora de sus días por purgante más o menos. El desengaño de la noble dama fué atroz cuando vió que Adela pasó el día más triste que nunca y andando de prisa por el pasillo de la casa.

Las compañeras del teatro, mujeres todas de una psicología primitiva y que no comprendían los recovecos de las almas, participaron a doña Micaela sus sospechas. ¿No estaría enamorada *Coquito?* La madre al pronto se alarmó. ¡Sería horrible! Más valiera que un tranvía la hubiera atropellado; pero su alarma duró poco. Conocía a su hija como si la hubiera parido dos veces y sabía que, afortunadamente, su corazón no estaba constituído para el amor; ella amaba con el cuerpo, con sus limoncillos pectorales, con los ojos, con la boca, con todos sus órganos, pero con el corazón... no parecía sino que en el sitio en que los demás mortales tenemos esa víscera tan cursi, ella tenia un paquete de algodón hidrófilo.

Pepe Rodillo, maestro en experiencias, dió a

la madre un consejo que no era ninguna tontería: —*Coquito* lo que tiene—le dijo una noche en que doña Micaela estaba más desesperada que nunca — es una falta de oxígeno que la está matando: llévela usted al campo, que se oxigene, y todas las mañanas, en ayunas, que se beba un cubo de agua puesta al sereno, y luego se dé un paseo al sol de dos horas. ¿No tienen ustedes un hotel en la Prosperidad? Pues váyanse ustedes a vivir a él. Señora, que con el automóvil pueden ir y venir al teatro en diez minutos. ¡Ay, si fuera mío!...

—¿El automóvil?

—No, el hotel.

—Hombre, Pepe, para que tú te bebas todas las mañanas un cubo de agua no te hace falta el hotel: con que te lo pongan delante y te silben, no dejas ni gota.

—No se enfade usted, doña Micaela, que mi consejo es un consejo científico.

—¡El hotel! ¿Sabes lo que me viene diciendo estos días?... Que lo venda por lo que den, que no piensa volver más a él.

La gorda *Rigoleta* dijo algo a continuación que, o era una sandez, o podía ser el principio de una tragedia:

—Una hermana mía se puso así: no comía, no dormía, no quería hablar con nadie...

—Pues ¿qué hacía?

—Sentarse en una butaca y leer periódicos: bueno, pues se le quitó ello sólo a los nueve

meses... cuando nació mi sobrinito, ese rubito que viene conmigo por aquí algunas tardes.

—¡Hija, por Dios, no hables así! ¡Se me ponen las narices de punta!

Pero no, no había cuidado: ni madre en agraz, ni enamorada. *Coquito,* una vez más, había sabido librarse de los dos microbios: el de la maternidad y el del amor. *Coquito* enamorada no sería *Coquito,* porque todo su encanto, todo su prestigio, estaba en eso, en ese don especial con que el Cielo la había dotado, esa insensibilidad para la pasión, que la hacía tomar del amor sólo lo que éste tiene de fisiológico, como una maquina de fabricar espasmos sin consecuencias. Con ella se tenía siempre la seguridad de que el amor de una hora no iba a convertirse en cadena para toda la vida.

Lo que la muchacha tenía era ese fastidio que sigue como secuela obligada a todas las plenas satisfacciones de todo lo que se ha deseado mucho, y luego al poseerlo, nos descubre el lado inevitable de su inanidad: es algo así como remordimiento por haber empleado un tan gran caudal de deseos en cosa que tan poco valía, y lo ha experimentado todo el que ha ido a visitar una ciudad muy ponderada y se ha encontrado llena de chinches la cama del hospedaje, o el que ha empeñado la cómoda o la mesa de comedor para ir a los toros, y luego ve con dolor que los toros no embisten por derecho.

La brutalidad que ella había ejecutado con Julio había creído que iba a ser algo así como un nuevo modo de goce centuplicado que ella hubiese inventado para su uso particular, y al encontrarse con que allí no había más que unos desgarres, un hombre que pierde algo inevitable, y un placer doloroso que duraba dos milésimas de segundo, se llamaba a engaño y le entraba la murria.

Para distraerse de ella había empezado apelando a remedios absurdos, tales como coger un periódico, buscar las noticias de la guerra, y contar las letras que tenían los nombres de los pueblos que la falange alemana iba tomando en Rusia a un paso de caballo desbocado: Novo Georgiesky, Brest Litowsky, Srtabuy. El día de la toma de Varsovia había sido para ella una sorpresa ver cómo en un pueblo de nombre tan llano, y que con tanta facilidad se pronunciaba, habían puesto los guerreros del Kaiser tanto empeño por poseerlo.

Ya por las tardes, y pasados quince o veinte días, dándole miedo quedarse en casa, en aquellas horas tan dulces de la Primavera, se había dedicado a lo que no había hecho nunca: subía en el automóvil, y sola, completamente sola, se marchaba al Retiro y a la Castellana.

Una de esas tardes, a la vuelta, ya cerca de la Cibeles, *Coquito* notó de repente un bienestar que acaso pudiera ser el principio de su curación; la animación portentosa del paseo,

donde los coches iban al paso, pues apenas cabían todos, la había saturado de optimismo. Viendo aquellas gentes de los coches, que la miraban con curiosidad, y que parecían felices, con resignación más que con felicidad verdadera, pensaba ella que todo era lo mismo, y que eso del gozar no era sino un accidente de esta vida vulgar, en la que lo mejor es dejarse arrastrar por la corriente.

Por la calle de Alcalá, ya oscura con la noche que entraba, subían los carruajes por miles, como un rio que remontase su curso; aquello daba una impresión de vida grande y fastuosa que a Adela le confortaba. En un momento miró al cielo, que aún ardía por la calle del Arenal. De Julio no se acordaba ya más que como de uno de tantos: era un *asqueroso,* como todos. Y con esta filosofía, seguiría marchando por la vida.

Y Julio, casualmente en aquel momento, divagando por la acera del Banco, sostenía el diálogo siguiente, con un joven petulante que había llegado hacia dos días a Madrid:

—Hombre, aquella de aquel coche—decía el provinciano—¿no es *La Coquito?*

—La misma.

—¡Lo que me gusta a mí esa mujer! ¿No podría yo... emulsionármela?

Esto lo decía con ese aire terrible del hombre de provincias, que cuando viene a Madrid con cincuenta duros en el bolsillo, cree que

van a abrírsele hasta las puertas de los conventos.

—Hombre, como poder, ¡pse!, no es un imposible metafísico. Pero no se lo aconsejo a usted.

—¿Por qué? ¡Es una mujer divina!

—Tan divina como peligrosa. Al que coge por su cuenta le deja con señales indelebles para toda su vida. ¡Dígamelo usted a mí!

—¡Cómo! Pero usted ¿se la ha... emulsionado?

Julio dió un suspiro, y echándose las manos a la espalda, dijo:

—No, señor; ella a mí...

—¡Gracioso! Usted es un escéptico.

—Es posible; pero hay una cosa de la que ya no puedo dudar en este mundo.

—¿Y es?

—De que hay pérdidas irreparables. Si usted no se opone, vamos a tomarnos unas copas de coñac aquí, al *Lion d'or*. Usted paga.

FIN

BIBLIOTECA HISPANIA

OBRAS PUBLICADAS

COLECCIÓN HISPANO-AMERICANA

Pesetas

Primera parte de la Historia del Perú, por Diego Fernández, el Palentino, tomos I y II, cada volumen en 4.º..... 7,50

Corona Mexicana.—Historia de los Motezumas, por el P. Diego Luis de Motezuma, en 4.º, 512 páginas..... 7,50

COLECCIÓN ROSA PARA LAS FAMILIAS

Genoveva, novela, por Alfonso de Lamartine, 378 páginas en 8.º..... 3,00

La Leyenda Dorada (Vidas de Santos), por Jacobo de Voragine, tomos I y II, cada volumen..... 3,00

SECCIÓN GENERAL

Lámparas votivas, poesías, por Francisco Villaespesa..... 3,00

Como buitres..., por Manuel Linares Rivas. 3,00

La fuerza del mal, por Manuel Linares Rivas 3,50

Obras completas, por Manuel Linares Rivas. Tomo I: *La Cizaña, Aire de fuera, Por-*

18€

Pesetas

que si. — Tomo II: *El Abolengo, María Victoria, Lo posible.* — Tomo III: *La estirpe de Júpiter, Cuando ellas quieren.... En cuarto creciente.*—Tomo IV: *La divina palabra, Bodas de plata.*—Tomo V: *Añoranzas, El ídolo, Clavito,* cada tomo. 3,50

Tapices viejos, por Eduardo Marquina..... 3,50

Frente al mar, por José López Pinillos (Parmeno)..... 3,00

Coplas, por Luis de Tapia..... 2,50

Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras, por José Cascales Muñoz... 4,00

La Política de Capa y Espada, por Eugenio Sellés..... 5,00

La Negra, por Pedro de Répide..... 1,00

El horror de morir, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 1,00

La Garra (tercera edición), por Manuel Linares Rivas..... 3,00

Barrio Latino, por Federico García Sanchiz..... 3,00

La espuma del champagne, por Manuel Linares Rivas..... 3,50

La guerra palpitante..... 3,00

Una mancha de sangre, por Joaquín Belda. 1,50

El Monstruo, por Antonio de Hoyos y Vinent 3,00

La Cocina racional, por Magdalena S. Fuentes..... 3,00

Mi Venus, por Joaquín Dicenta..... 1,00

Fantasmas, por Manuel Linares Rivas..... 3,00

Fatal dilema, por Abel Botelho, tomos I y II, cada volumen..... 2,50

Años de miseria y de risa, por Eduardo Zamacois..... 3,50

Presentimiento, por Eduardo Zamacois..... 1,50